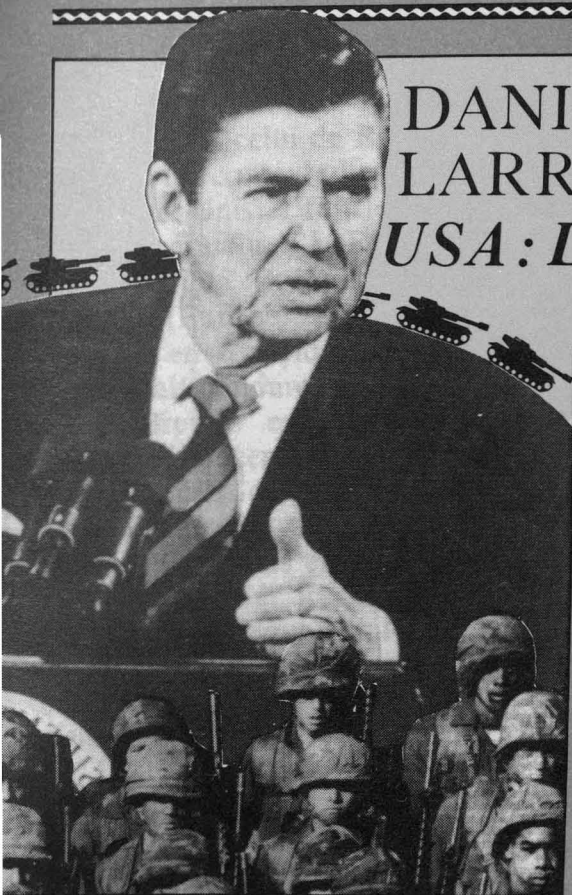


REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



DANIEL YANKELOVICH
LARRY KAAGAN:
USA: La nueva beligerancia



JORGE
SEMPRÚN:
*¿Qué fue del
eurocomunismo?*



JOSÉ LUIS
MARTÍNEZ:
*Sobre Bernal
Díaz del Castillo*

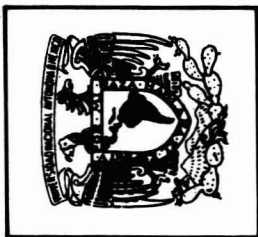
EDWARDS:
Crónica

LEOPOLDO SOLÍS
*Los alimentos
en América Latina*

JULIETA CAMPOS:
*El compromiso
silencioso*

GACETA RADIO UNAM

460 KHZ
96.1 MHz
XEUW AM
XEUW FM
XEUW OC
XEUW 96.00 KHZ



NOTICIEROS
8:00 A.M.
15:00 P.M.
22:00 P.M.

AMERICA: 1970-1980
UNA EMISION
DISTINTA

TEMPORADA 1981
OFUNAM

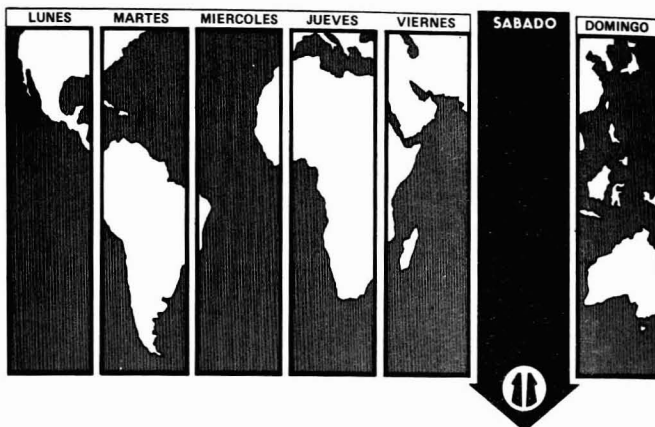
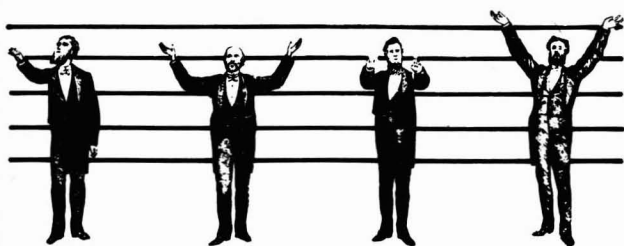
LA OPINION
DE LOS SUCESOS
SABADOS 20:00 HORAS

7 1/2 A LAS 8:30
LA MUSICA A TRAVES
DE SUS GENEROS
SABADOS 20:30

ESTE DIA...
CON ROLANDO DE CASTRO
LUNES A VIERNES
7:05 A.M.

CURSOS MONOGRAFICOS
MARTES Y JUEVES
8:45 HORAS

CONCIERTO MATUTINO
LUNES A VIERNES
9:30 HORAS



ASI FUE LA SEMANA

LA NOTICIA Y EL ACONTECIMIENTO NACIONAL E INTERNACIONAL COMENTADA Y ANALIZADO POR PABLO F. MARENTES, PEDRO OCAMPO RAMIREZ, CRISTINA PACHECO, ANGELES MASTRETTA, LUISA JOSEFINA HERNANDEZ, JUAN HELGUERA, CARLOS ILLESCAS, MARTIN LUIS GUZMAN FERRER, CRISTINA RUBIALES, PALOMA DE VIVANCO, LILIA ARAGON Y JULIETA EGURROLA. TODOS LOS SABADOS A LAS 20:00 HORAS



publicaciones

El Colegio de México

Reimpresión

A propósito del "Diálogo Norte-Sur"

Alcances y límites de la política exterior de México

Mario Ojeda

El hecho de que México haya ejercido una política de mayor independencia relativa frente a los Estados Unidos, significa únicamente que no renunció a la facultad de juzgar conforme a criterios propios ciertos problemas internacionales que eran importantes y que en tal acción se vio en la necesidad de disentir frecuentemente de la política norteamericana y de la actitud de la mayoría de los otros estados americanos.

220 páginas

215 pesos

De venta en librerías y en el Colegio de México, Camino al Ajusco 20, México 20, D.F.,

teléfono 568 60 33 ext. 391

Pedidos a El Gusano de Luz, Copilco 283, México 21, D.F.,
teléfonos 550 99 60 y 550 74 13

SUMARIO

Volumen XXXVII, Nueva Época, número 7, Noviembre de 1981

- Santiago Real de Azúa:** Entrevista a Jorge Semprún: ¿Qué fue del eurocomunismo? : 2
José Luis Martínez: Una muestra de la elaboración de la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo: 5
Daniel Yankelovich/Larry Kaagan: Norteamérica firme: 9
Elizabeth Bishop: Poemas: 20
Julieta Campos: El compromiso silencioso: 22
Leopoldo Solís: Los alimentos en América Latina: 25
Isabel Turrent: Entrevista a Tulio Halperin Donghi: pasado y presente de América Latina: 34
María Luisa Mendoza: Las piedecosas: 36

RESEÑAS

LIBROS

- José Miguel Oviedo:** A la (mala) hora señalada (*Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez): 38
Jorge Edwards: El camino del exceso (*Frente a un hombre armado*, de Mauricio Wacquez): 43
Roger Mirza: Una contraescritura en busca del canto (*Las oscuras versiones*, de Enrique Fierro): 44

ACTUALIDADES

- Julieta Campos:** Toque de queda en Caracas: 45

ARTES PLÁSTICAS

- Lelia Driben:** El arte actual, esa incertidumbre: 47

MÚSICA

- Juan Arturo Brennan:** La UPIC de Xenakis: 50

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Octavio Rivero Serrano / Secretario General: Lic. Raúl Béjar Navarro /
Secretario General Administrativo: C.P. Rodolfo Coeto Mota / Secretario de la
Rectoría: Dr. Jorge Hernández y Hernández / Abogado General: Lic. Federico Anaya
Sánchez / Coordinador de Extensión Universitaria: Lic. Alfonso de María y Campos

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México

Directora: Julieta Campos

Jefe de Redacción: Danubio Torres Fierro

Diseño: Bernardo Recamier

Corrección: Lilia Barbachano / Edna Rivera

Administración: Juan Carlos García Monroy

Oficinas: Avenida Universidad 3002, México 20.

Teléfono 550 52 15 ext 3044

El pago a los colaboradores se realiza en Avenida Universidad 3002, México 20, de lunes a viernes entre las 10 y las 14 horas.
Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el *Diario Oficial* del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar sencillo: \$ 30.00 / Precio del ejemplar doble: \$ 60.00

Suscripción anual: \$ 300.00 (18.00 Dlls. en el extranjero).

Santiago Real de Azúa

¿QUE FUE DEL EUROCOMUNISMO?

ENTREVISTA A JORGE SEMPRUN

Novelista talentoso, guionista cinematográfico, memorialista apasionante, Jorge Semprún es además de todo eso un candidato ideal para una entrevista: alcanza con esbozar una pregunta o sugerir un tema para que su interlocutor comience a ver cómo discurre, ordena sus ideas, busca vínculos entre los distintos asuntos. Por momentos me fastidió haber llegado a su casa con sus libros todavía frescos y con la idea de que abordara tres grandes capítulos, y estuve tentado de jugar a fondo el juego de periodista-fantasma y dejarlo hablar de cualquier cosa, de lo que se le ocurriera. Otra vez será.

I. La política

—¿Le interesa la actual experiencia política francesa?

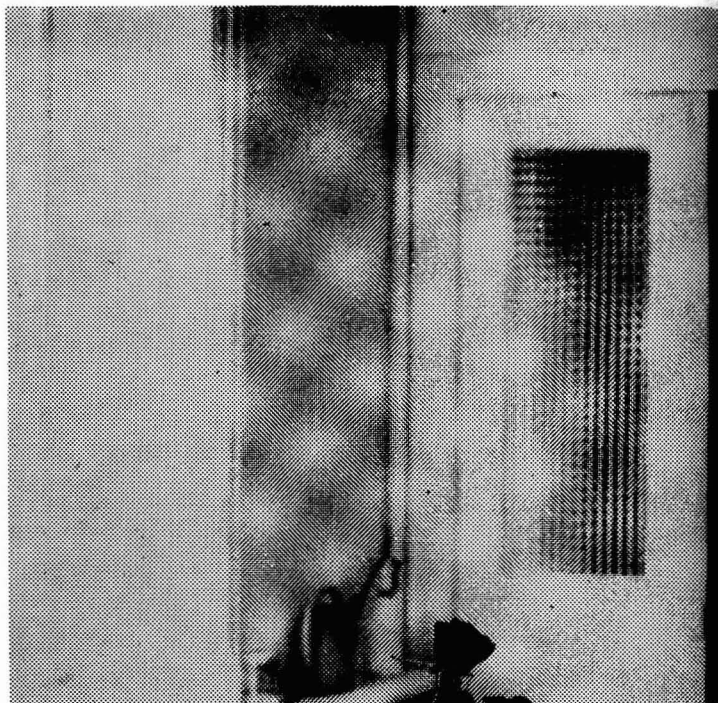
—Me parece que lo que está ocurriendo en Francia en los últimos meses, después de la victoria electoral y presidencial socialista, es un capítulo interesante no sólo de la historia francesa, sino europea por lo menos y tal vez hasta mundial.

Los franceses tienen un hábito muy nacional de considerar que a veces ocurre algo en Francia que es modélico y ejemplar para el mundo entero. Hay una corriente de derecha de esta visión, y otra de izquierda, naturalmente: la primera está representada por figuras como Barres y Claudel. La visión de izquierda se ilustra en la Revolución Francesa, a través de Jaurès, de lo que está ocurriendo ahora... Luego está la visión intemporal, gaullista, de Francia por encima de las clases, que da ejemplos a todos, a diestra y siniestra.

Sin caer entonces en esa trampa que consiste en creer que toda la historia va a cambiar porque la izquierda ha ganado en Francia, me parece interesante cómo el gobierno, el parlamento, el país que ha votado por una mayoría de izquierda, atiende a los problemas de la transformación o de la modificación de una sociedad como la francesa, tan tradicional y arraigada en una corriente de capitalismo liberal, para decir las cosas pronto y bien.

—¿Y el cambio táctico radical del Partido Comunista, sin revisión ni autocritica?

—Este brusco viraje del PCF no es extraño y no hay más que recordar otros cambios bruscos suyos en el pasado. Quizás este sea uno de los más aparatosos de los últimos decenios, pero no hay que olvidar el giro de los años treinta, cuando a partir de la alianza militar, o del proyecto de alianza, entre la Francia burguesa y Stalin, el PCF —que siempre se había negado a votar los créditos militares— bruscamente da el viraje, o el llamado cambio de 1939, debido al pacto soviético con la Alemania hitleriana. Así, el propio viraje no



debe sorprendernos; en realidad, estamos acostumbrados a él. Hay que ver por qué se efectuó...

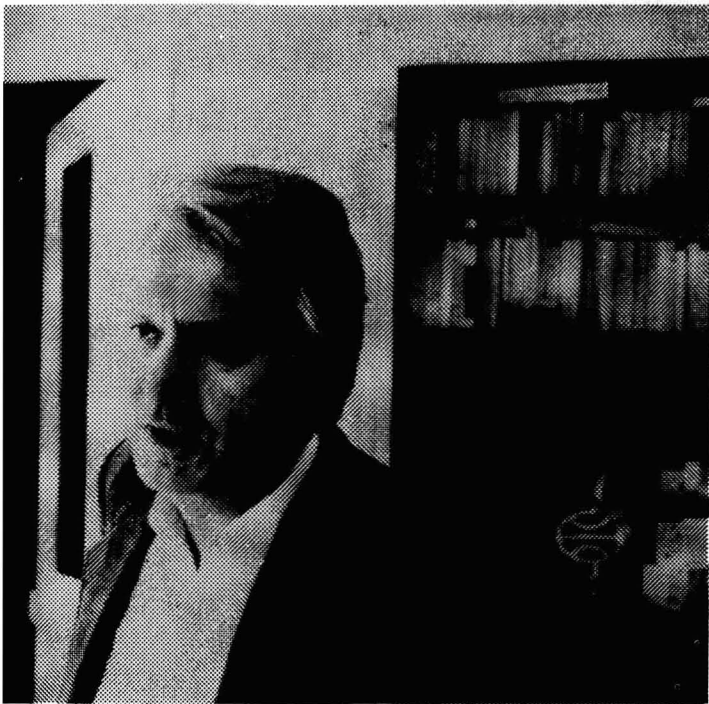
—A eso iba, justamente. ¿Puede hablarse de cambio de estrategia?

—No parece, pues si hubiera habido cambio de estrategia habría crítica del pasado, análisis y búsqueda de errores, sobre todo de su política fundamentalmente antisocialista —más que antigiscardiana. No ha habido cambio de estrategia, sino un acomodarse pragmáticamente a la realidad de la derrota electoral.

—¿Y qué piensa de la tentativa atribuida a Mitterrand de querer “desenclavar” a los comunistas franceses —una fracción importante de la sociedad— del ghetto no sólo político, sino también social y cultural en el que se encuentran o confinan?

—Creo que la política de Mitterrand —independientemente de que se puedan formular objeciones a tal o cual aspecto— es muy coherente. En mi opinión, no se puede separar esta estrategia (o esta táctica que usted acaba de recordar) de rescatar al Partido Comunista de ese ghetto, de la otra, más importante, que es sacarle de su dependencia total

de Moscú. Si la política de Mitterrand fuera de blandura o de concesiones hacia la Unión Soviética, sería muy peligroso, pero en la medida en que esa tentativa de desenclavar o de nacionalizar al PC, se acompaña de una actitud firme ante el hegemonismo soviético en Europa, su acción es coherente y no puede ser considerada ingenua o demasiado benevolente. Se modificará o no en función de los resultados, pero no hay que olvidar que para dialogar se necesitan por lo menos dos interlocutores. Por el momento, en todo caso, la solidaridad gubernamental exige que los ministros comunistas adhieran a una política de defensa que mantiene la realidad de una autonomía europea armada frente al hegemonismo soviético.



—Y dentro de este contexto, ¿qué futuro le asigna al eurocomunismo, si tiene alguno?

—El eurocomunismo —más allá de que haya sido un concepto periodístico que tuvo mucho éxito— ha sido hasta ahora un proyecto de propaganda más que una realidad. La credibilidad del eurocomunismo, capaz de convertirlo en una entidad seria, se jugó en torno a dos puntos, sin entrar a analizar naturalmente las diferencias que existen entre el Partido Comunista español, el francés y el italiano:

- a) ir hasta las últimas consecuencias en el análisis de las sociedades del Este, y no quedarse en una autonomía táctica frente a Moscú, y a la vez efectuar el análisis del tipo de sociedad a que condujo la revolución de 1917. Analizar, también, por qué esa revolución se convirtió en una sociedad totalmente nueva, inédita, pero opresiva. Este propósito no se ha hecho realidad. Por el contrario, el eurocomunismo se ha mantenido en una especie de regateo de autonomías, de críticas que repetían otras que ya se habían hecho sobre el socialismo inacabado, el socialismo imperfecto, el socialismo real o primitivo. Y nada más.
- b) el segundo punto es el del régimen interno de los partidos comunistas, que exigiría todo un análisis histórico. El español, por ejemplo, que parecería que es el

que más lejos ha ido en la crítica de Moscú, es el que menos lejos ha ido en cuanto a su régimen interno. (Esto se vio muy bien en el último X Congreso. Por cierto, los décimos congresos no resultan buenos para el comunismo: fue el X Congreso del PC soviético el que prohibió las distintas fracciones aún en vida de Lenin, y ahora es el X Congreso del PCE el que también resuelve su problema a costa de la liquidación del partido. Supongo que la idea de Santiago Carrillo es que más vale pocos, bien montados y en manos obedientes, que muchos discutiendo y dispersos. Se equivoca por completo, pero eso es problema suyo y no mío).

Los eurocomunistas no han avanzado en el análisis de las sociedades de Europa del Este ni en el examen de la identidad de los PC surgidos del molde del Komintern, y mientras no resuelvan esos dos problemas, ese movimiento continuará siendo un concepto puramente periodístico, que por lo demás está completamente de capa caída, para emplear la expresión madrileña.

—A veces, los medios de comunicación crean entidades que no existen...

—En todo caso, había una demanda social evidente de ese tipo de PC. Ocurre, además, una cosa muy divertida: para la prensa, en Francia, los “buenos” son el PC italiano o el español. En Italia, los antiburlinguerianos decían que los verdaderos eurocomunistas eran los españoles. O sea que el comunista bueno siempre es el del país vecino...

—Una última pregunta, antes de cambiar de registro: ¿cómo percibió, pasado el susto inicial, la tentativa de golpe de Estado del coronel Tejero?

—Dada la forma en que se hizo la transición en España, y el mantenimiento de buena parte del aparato franquista, se podía prever una reacción de ese tipo. La política de la izquierda, el desencanto general, me hicieron pensar que no habría reacción masiva, y así fue. En cambio, pensé que el proceso de transición, de democratización, había ido lo suficientemente lejos como para que una parte del aparato del Estado reaccionara atajando a los golpistas, y eso fue lo que ocurrió. En España, la sociedad, la vida cotidiana y las costumbres son completamente europeas, digámoslo así, simplificando un poco, y eso se ve a todos los niveles. Pero por encima de esa realidad social democrática, abierta y progresiva, existen enclaves franquistas, como la magistratura o el aparato policial, que han cambiado muy poco...

II Literatura

—Gallimard anuncia la próxima aparición de una novela suya: L'Algarabie.

—Es una novela-novela, es decir, totalmente novelesca, totalmente de imaginación, la segunda después de *La segunda muerte de Ramón Mercader*, ya que aunque intervienen personajes históricos reales, la carga autobiográfica que hay en todos los libros de todos los escritores en este caso se enmascara en personajes. Aquí no hablo yo: hablan los personajes. Quizá por eso sea más autobiográfica que los libros abiertamente autobiográficos, pues cuando el escritor se cubre detrás de un personaje puede ir más lejos. Uno siempre es más discreto con las cosas íntimas cuando va con el yo por delante.

-¿La escribió en francés?

-La escribí directamente en francés, pero se llama *L'Algarabie*, palabra que no es francesa, porque es precisamente un juego: lo que no se entiende, el rumor babélico de la vida. El libro juega con una hipótesis histórica totalmente ficticia: se basa en la idea de que el movimiento de Mayo de 1968 termina victorioso, que el general de Gaulle se mata en un accidente de helicóptero al regreso de su visita a las fuerzas francesas en Alemania Federal —se mata o lo matan, ya que no se sabe muy bien si es un atentado de la CIA o del KGB. La novela transcurre en 1975, cuando está terminándose, hundiéndose lo que queda de ese movimiento que es como una pequeña Comuna de París —ni siquiera una comuna, sino un grupo de la orilla izquierda del Sena, rodeado por el muro de Berlín.

-Por lo visto, no se hacía mayores ilusiones sobre la viabilidad del movimiento de Mayo del 68...

-No se trata de eso, ni de analizar lo que fue el movimiento. De hecho es una novela picaresca, de aventuras, que puede simbolizar muchas cosas. Pero no es un análisis.

-¿Concretamente, cómo trabaja usted al escribir?

-Si hablamos de novelas (el trabajo en el cine es diferente: más colectivo, de equipo) siempre me ocurre lo mismo: hay un largo periodo de maduración, que incluso puede extenderse con anchura y en el cual pueden cristalizar varios libros al mismo tiempo. Y llega un momento en que tengo que sentarme a escribir. Lo primero que se me ocurre es la idea de un libro como estructura dramática, y nunca me ha sucedido que aparezcan los personajes, sino ante todo una situación. Después, esa estructura cambia poco. Por ejemplo, cuando concebí *L'Algarabie* pasaron dos años sin que supiera si la iba a escribir en castellano o en francés, e incluso tengo algunos capítulos en castellano que luego escribí en francés. El año próximo tengo pensado publicar dos libros en castellano.

-¿L'Algarabie la pensó primero en francés?

-La pensé al comienzo en francés —y eso significa decenas y decenas de notas tomadas en un cuaderno—, luego en castellano, y al final otra vez en francés. En la etapa inicial de una novela busco el idioma y mientras tanto se hace la estructura, pero —repito— cuando la escribo a veces el resultado es un segundo o tercer libro.

-Uno tiene la impresión de que usted es uno de los pocos escritores bilingües alegres, que no vive desgarrado por el problema de su identidad cultural...

-Totalmente alegre. Tengo clara conciencia de mi condición de apátrida, de bilingüe, de tener dos identidades, de ser esquizofrénico. He intentado mantenerme en esa doble vertiente, enriqueciéndome a través del encuentro de dos culturas. Después de la muerte de Franco hubo un momento en que pensé que había terminado una etapa de mi vida e intenté volver a radicarme en España, pero no resultó. Aquí no soy francés en modo alguno y me hace mucha gracia esa idea que tienen todos los franceses de que Francia es la segunda patria de todo el mundo. No es la mía, en todo caso, pero tampoco lo es España en cierto modo.

III. América Latina

-¿Cómo surgió América Latina en su horizonte de preocupaciones?

-Siendo español, de familia intelectual de izquierda que se planteaba problemas culturales, la relación entre la Madre Patria y lo que fue el Imperio era algo que contó en mi formación. Todos mis mayores, mi padre entre ellos, son en cierto modo de la generación del 98, producto de ella, de la toma de conciencia de lo que significaba la decadencia de España a partir de la independencia de Cuba. Ese fue el trasfondo, pero el descubrimiento de América Latina para mí se hizo en París, y fue a través de su literatura.

-¿Por medio de qué autores?

-Mucho antes del *boom*, por los clásicos, y luego por Rulfo, *La Vorágine*, *Doña Bárbara*, por Martí, que me parece un escritor soberbio como periodista y un poeta malísimo, naturalmente, un horrible poeta que ha heredado todos los vicios de la grandilocuencia castellana. Luego vinieron los escritores actuales, a la mayoría de los cuales conocí aquí, excepto a García Márquez, a quien conocí en Barcelona.

-¿Y su conocimiento directo de América Latina de dónde proviene?

-Se limita exclusivamente a Cuba en 1967 y 1968. No tengo otro conocimiento directo, pero sí muchas ganas de conocer la realidad latinoamericana.

-¿Qué impresión le dejó Cuba?

-Cuba sería un tema para otra entrevista. Digamos, para resumir, que tuve una impresión contradictoria: por un lado, la vitalidad de su pueblo, la interesante mezcla cultural y racial, de ritos y mitos africanos por debajo de la estructura católico-colonial heredada por la burguesía cubana y luego en cierto modo por la revolución cubana, y, por otro, el choque con la retórica revolucionaria, la alergia total a la retórica de Fidel Castro. Recuerdo un discurso suyo en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1967: parecía cualquier discurso de Girón de Velasco —lo digo de muy mala leche, pues Girón es un franquista—, o de cualquier politicastro español, con esa retórica incomprensible para las masas, que no pueden apreciar más que sus aspectos externos. Luego está el proceso inédito, interesantísimo y espeluznante de cómo una revolución libertaria en sus orígenes, pequeño-burguesa, nacional-revolucionaria, se transforma en lo que es ahora, y cómo una revolución que fue hecha contra el PC, inventa y reinventa un PC tan dogmático y sectario, como todos los partidos comunistas de molde konminterniano.

-Sin embargo, para muchos de los intelectuales a través de los cuales usted conoció América Latina, Cuba es otra cosa: un tema casi intocable.

-Se explica perfectamente que sea intocable. Aquella frase de "Primer Territorio Libre de América" fue una realidad. Sólo después de muchísimos años hemos visto cuánto ha costado poder ver con ojos fríos los resultados de la Revolución Soviética. Me temo que costará otro tanto hacer lo mismo con Cuba sin ser considerado automáticamente agente de la CIA por los amigos más entrañables.

París, septiembre de 1981.

José Luis Martínez

UNA MUESTRA DE LA ELABORACION DE LA “HISTORIA VERDADERA” DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

La historia como testimonio. El capítulo 152 de la “Historia verdadera”

Entre las muchas ponderaciones que se han hecho de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, recojo la siguiente, de Carlos Pereyra:

Es el libro de historia por excelencia; el único libro de historia que merece vivir; la historia en su sentido etimológico: el testimoniar de los hechos.¹

Paso por alto el despropósito de acabar con todos los demás libros de historia para que sólo sobreviva el de Bernal, pero me detengo en la observación de que este libro es historia como testimonio de los hechos, con el propósito de intentar una explicación, por “muestreo”, de cómo opera en la crónica este testimoniar.

Hacia la mitad de la *Historia verdadera*, el capítulo CLII, que tiene un largo subtítulo: “De las batallas y reencuentros que pasamos, y del desbarato que Cortés tuvo en su real, y de otras muchas cosas que pasaron en el encuentro de Tacuba, y le llevaron sesenta y seis soldados, que sacrificaron”, refiere lo ocurrido en un momento dramático de la reconquista de la ciudad de México, cuando parece fracasado el intento de los españoles e inminente el triunfo de los indígenas.

Las circunstancias y los hechos, según la versión de Bernal, son los siguientes: las huestes españolas con sus aliados tlaxcaltecas y de otros pueblos, han iniciado el cerco y el ataque a la ciudad de México. El capitán general Hernán Cortés ha distribuido sus tropas en tres reales: en Tacuba, bajo el mando de Pedro de Alvarado; en Iztapalapa, bajo Gonzalo de Sandoval; y en Coyoacán, bajo él mismo auxiliado por Cristóbal de Olid. Cuenta, además, con trece bergantines que apoyan por agua los asaltos a la ciudad, que deben realizarse en las calzadas que comunican a la ciudad isla con la tierra firme. Desde los primeros ataques se ha advertido el peligro de los cortes de las calzadas que, al no ser cegados, inmovilizan a los españoles y los dejan sin retirada ni avance posibles. En una escaramuza reciente, Alvarado y el mismo Bernal Díaz han estado a punto de perecer en una de estas trampas, y han perdido varios soldados que fueron llevados a sacrificar. Así pues, la lucha en los días cercanos a los hechos referidos en este capítulo, ha consistido en una pelea diaria por avanzar en las calzadas, cegando cortes, que al día siguiente abrirán aun más profundos los mexicanos.

Ante la aparente inutilidad de estos esfuerzos, Cortés consulta con sus capitanes y, pese a la opinión contraria de éstos, decide que juntos hagan un intento por llegar a la plaza de Tlatelolco y asentar allí sus cuarteles. Para evitar que los españoles y no los indios se vuelvan los cercados, se insiste en la reco-

mendación de nunca adelantarse sin cegar y dejar protegidos los pasos de agua en las calzadas.

La versión de Bernal del desastre

Con esta presentación de los antecedentes se inicia el relato del desastre que refiere este capítulo. Después de una exposición de los avances que van realizando los tres destacamentos, Bernal, que forma parte del real de Tacuba, y por lo tanto sólo puede testimoniar lo que allí ocurre, se concentra sin embargo en lo que pasa con el ejército capitaneado por Cortés. Este y sus soldados y aliados atacan y van avanzando con victoria. Los mexicanos fingen que huyen sólo para hacer que los españoles olviden el cegar una abertura de agua y atraerlos a “una calzadilla muy angosta” en la que, no pudiendo avanzar ni retroceder, les causan gran mortandad y les toman vivos a 66 españoles, que llevan a sacrificar al gran *cu*. Cortés mismo, herido en una pierna, sin caballo y medio hundido en el lodo, está a punto de ser cogido por seis o siete capitanes indios, y logran salvarlo tres Cristóbal: Cristóbal de Olea, que pierde su vida en ello, y un soldado Lerma; y luego el maestre de campo Cristóbal de Olid, quien le ayuda a salir del agua y lodo y le da un nuevo caballo en que escapa de la muerte, justo cuando llegaba su mayordomo, Cristóbal de Guzmán, a traerle otro caballo, sólo para ser apresado y sacrificado.

Los elementos del relato y su graduación

Además del sombrío dramatismo con que está narrado el desastre, es admirable la precisión y la gradación de los elementos del relato, de manera de presentar el conjunto de los acontecimientos y sus pormenores importantes. El desbarato de los soldados de Cortés y el peligro en que se ve el capitán general mismo, están narrados con las circunstancias menudas que retendría quien todo lo hubiera presenciado. Luego, con igual intensidad y verismo, se narra la reconvención que Gonzalo de Sandoval hace a Cortés por su fatal descuido:

¡Oh, señor capitán! ¿Y qué es esto, estos son los consejos y ardidés de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?

y la respuesta que le da Cortés, “saltándosele las lágrimas de los ojos”:

¡Oh, hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, y no soy tan culpable en ello como me ponen todos nuestros capitanes y soldados, sino es el tesorero Julián de Alderete, a quien encomendé que cegase aquel paso donde nos desbarataron, y no lo hizo...

acusación que rechaza Alderete, lo que provocará palabras dichas entre ambos con enojo, que “se dejarán de decir”, anota el prudente Bernal.

Refiere también la fuerza atemorizante de los recursos de “guerra psicológica” que empleaban los mexicanos, no sólo con la gritería continua e insultos personales que les eran habituales, sino además, en este caso, mostrando a los de cada real las cabezas ensangrentadas de los españoles capturados y sacrificados, y diciéndoles que eran de los capitanes de los otros reales: a los de Alvarado les gritan que son las de “Malinche y Sandoval”; a los de Cortés les pregonan que son “del Tonatío, que es Pedro de Alvarado, y Sandoval y la de Bernal Díaz y de otros *teúles*” — escribe Bernal, dudosamente mentado, pero que se incluye entre los capitanes supuestamente sacrificados para darse importancia —; y a los de Sandoval les afirman que las cabezas son de “Malinche y del Tonatío y de otros capitanes”. Y si los españoles disimulan el terror ante los hechos ominosos, los aliados tlaxcaltecas y otros, se atemorizan e inician, según Bernal, la desbandada.

En fin, Bernal rememora con eficacia patética, en el hecho mismo y en su asociación con un ruido, el “más triste sonido”, los rituales que los españoles podían ver desde lejos, del sacrificio de sus compañeros capturados:

Como nos íbamos retrayendo oímos tañer del *cu* mayor, que es donde estaban sus ídolos Uichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altar de él a toda la gran ciudad, y tañían un tambor, el más triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oyera a dos leguas, y juntamente con él muchos atabales y caracoles y bocinas y silbos... y mirábamos al alto *cu* en donde los tañían, vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante de Uichilobos, y después de que habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras, algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a los ídolos que allí presentes tenían, y los cuerpos dábanles con las gradas abajo...

Ahora bien, todas estas precisas rememoraciones de los hechos ocurridos en aquel 30 de junio de 1521, aniversario de la Noche Triste: de los nombres y condiciones de los soldados, de las palabras graves que se dijeron, del esfuerzo, la fatiga y el terror, parecen estar contados cuando los acontecimientos eran aún recientes. Sin embargo, sabemos que Bernal los escribió unos cuarenta años después de la conquista, y cuando ya era viejo. Sabemos, además, que Bernal Díaz era un hombre cuyo padre había sido regidor en su pueblo, que no tenemos ningún indicio de su instrucción formal, que fue soldado constante y sufrido hasta su madurez, que aprendió a leer y escribir no sabemos cuándo, y que sólo tenemos constancia de que leyó tardíamente las historias de la conquista, que luego refutaría, y alguna novela de caballería. ¿Cómo pudo realizar, después de este larguísimo intervalo de cuatro décadas, ya en la ancianidad, y con recursos literarios rudimentarios, esta obra maestra de rememoración y de recreación artística que es la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*?



Las fuentes de Bernal y la versión de Cortés

Respecto a los apoyos o fuentes de que Bernal pudo disponer para la composición de su obra —prescindiendo de relaciones menores que pudo leer y de múltiples conversaciones que debió tener con viejos conquistadores—, los más importantes, en el caso concreto de este capítulo CLII, y en términos generales, son las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés, y la *Historia de la conquista de México*, de Francisco López de Gómara.

Aunque no existe constancia de ello, puede suponerse que Bernal haya leído las tres *Cartas de relación* de Cortés publicadas poco después de que se escribieron, y concretamente la tercera, fechada en Coyoacán, el 15 de mayo de 1522 —e impresa por Cronberger, en Sevilla, 1523—, donde se refiere a Carlos V la conquista de México. De todas maneras, he aquí la confrontación en ambas versiones de los hechos ocurridos el 30 de junio de 1521.

Cortés dedica a esta derrota algo menos de la mitad del espacio que Bernal le concede; no finge hacer creer a sus lectores, como Bernal, que la conquista está casi perdida, pues para él se trata de un descalabro circunstancial; expone los hechos de conjunto aunque vistos principalmente desde su propia perspectiva; puesto que escribe un informe o parte militar a su soberano, omite la mayor parte de las anécdotas y “complementos circunstanciales” que dan sabor y encanto al texto de Bernal: parlamentos de Cortés y Sandoval, triste sonido de los atabales del gran *cu*, exhibición de las cabezas sangrientas; y discrepa de la versión de Bernal en los siguientes puntos:

- Mientras que Bernal dice que quien promovió y decidió el asalto a Tlatelolco fue Cortés, éste afirma que fue idea del tesorero Alderete y que recomendó insistentemente que se cegaran los pasos de agua.
- En cuanto al paso no cegado, causa de la derrota, Cortés

reconoce que se “había echado en ella (la quebrada) madera y cañas de carrizo”, y aunque se podía pasar “pocos a pocos y con tiento”, no resistió la carga enloquecida de muchos que allí perecieron.

- Entre quienes se empeñaron en salvarlo, Cortés sólo menciona por sus nombres al capitán Antonio de Quiñones y a su criado Cristóbal de Guzmán, que fue muerto. No recuerda a los otros dos Cristóbal, Olea y Olid, ni a Lerma, que consigna Bernal.
- Para Cortés, que quiere reducir pérdidas, “en este desbarato mataron los contrarios a treinta y cinco o cuarenta españoles y más de mil indios amigos”; para Bernal, dado a cierta exageración, los indios tomaron vivos a 66 españoles.
- Cortés refiere, al igual que Bernal, el sacrificio de los capturados, pero lo sitúa en los cúes de Tlatelolco y no en el Templo Mayor, y dice que pudieron verlo “los españoles del real de Pedro de Alvarado” en Tacuba, en lo que concuerda con Bernal.
- Respecto a la exhibición de cabezas, Cortés no dice que se las mostraron a los españoles de los tres reales, sino que llevaron a las provincias sujetas a México “las dos cabezas de caballos que mataron y otras de algunos cristianos”.

La versión de López de Gómara

Las relaciones de Bernal Díaz del Castillo con Francisco López de Gómara y su *Historia de la conquista de México* son bien conocidas y han sido precisadas. En cuanto a la narración del desbarato ocurrido en el aniversario de la Noche Triste, la de López de Gómara consta en el capítulo CXXXIX que, fiel a la concisión que es gala de su autor, se extiende en no más de un tercio del espacio que tiene el correspondiente de Bernal. No es este pasaje de los más felices de la *Historia de la conquista*. Resulta un poco seco y se advierte su propósito de restar importancia a la derrota e ignorar el dramatismo de la acción. Como es costumbre en Gómara, sigue la versión de Cortés, con algunos añadidos e imprecisiones; el tesorero Alderete fue el promotor de la iniciativa y el culpable del descuido; en el salvamento de Cortés, menciona a Francisco de Olea, que se llamaba Cristóbal según Bernal, y añade el dato de que “cortó las manos al (mexicano) que le tenía asido”; enreda lo de las cabezas de españoles diciendo que se las echaron de una casa al tesorero y a sus compañeros y que luego las anduvieron enseñando por toda la comarca; los españoles presos y sacrificados fueron 40, más cuatro del real de Alvarado; y, cuando vieron de lejos el sacrificio de los cautivos, “quisieron los nuestros ir allá a vengar aquella crueldad”, lo que no hicieron sino protegerse a sí mismos.

Las discrepancias de la versión testimonial tardía de Bernal con la versión testimonial inmediata de Cortés, y con la recreación de ésta que hace Gómara, son ciertamente de poca monta: con éste u otro responsable inicial de la derrota, con tales o cuales salvadores de Cortés, con más o menos españoles sacrificados, con las exhibiciones de cabezas aquí o allá con parlamentos reales o imaginarios, con el desbarato visto con angustia o como un episodio circunstancial, los hechos sustantivos siguen siendo los mismos. No hay, pues, por una parte, una verdad, y por otra, una falsedad, sino que hay una misma verdad vista con diferentes ojos, recordada o recontada con diferentes matices y perspectivas mentales. Y, en el caso de Bernal, lo que a fin de cuentas es lo importante, hay una verdad recordada, imaginada y compuesta con un arte literario-narrativo más eficaz.



Los recursos retóricos de Bernal

Bernal tenía una idea precisa de la historia: para él, es el registro de los hechos famosos cuya única preocupación debe ser la verdad. Le repugnaban las palabras levantadas y con primor, y afirmaba como su lema que “la verdadera policía y agraciado componer es decir verdad”. Y cuando no fue testigo de hechos en los que no participó, le preocupaba consignar noticias ciertas de ellos.

Si éste era su lema, uno de sus recursos principales fue una memoria prodigiosa, y tuvo conciencia de ello. En uno de los capítulos finales (CCXII, borrador) de la *Historia verdadera*, refiere que cuando acabó de sacar en limpio su relación, fueron a verlo dos licenciados que le pidieron se las prestara dos días para saber lo que pasó en las conquistas de México y Nueva España. Añade que aceptó prestarla “Porque de sabios siempre se pega algo de su ciencia a los idiotas y sin letras como yo soy” y, que cuando se la devolvieron, uno de ellos, muy retórico y presumido, le dijo:

después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa alguna de todo lo que pasamos desde que venimos a descubrir... Y volviendo a mi plática, me dijeron los licenciados que, en cuanto a la retórica, que va según nuestra común habla de Castilla la Vieja e que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni de afeiterías que suelen componer los coronistas (que) han escrito en cosas de guerras, sino todo a las buenas llanas, y debajo de decir verdad, se encierran las hermoeadas razones; y más me dijeron, que les parecía que me alabo mucho de mí mismo en lo de las batallas y reencuentros de guerras en que me hallé...

En este precioso pasaje, en el que tras de echar por delante la

rústica mala opinión que fingía tener de sí mismo, Bernal Díaz se enorgullece de su capacidad para recordar los hechos ocurridos durante más de medio siglo —desde 1517 en que vino en la expedición de Fernández de Córdoba hasta 1568 en que pone fin a su *Historia verdadera* se encuentran algunas de las claves que explican la calidad excepcional de su obra: su gran memoria, su lengua de Castilla la Vieja usada “a las buenas llanas”, su preocupación por la verdad y su confianza en que verdad y llaneza bastan para lograr “hermoseadas razones”.

¿Estaba en lo justo? Sólo hasta cierto punto. El no tener letras formales de universidad y figuras retóricas, no lo hacían por cierto un idiota. Acaso le exasperaría saber que, si tenía los recursos de una memoria prodigiosa y una lengua popular en su culminación creadora, ya sabía también mucho de retórica porque buena parte de ella la aprendió con un maestro excelente, su malquerido y vilipendiado Francisco López de Gómara. Como observó Ramón Iglesia, la *Historia de la conquista de México* ayudó a Bernal “a dar forma a su obra, a distribuir los capítulos”, “le sirvió de pauta a su relato”² y le enseñó a decir las cosas con precisión. Los estudios acerca de los procesos de la memoria señalan que “el recuerdo consiste en suscitar ciertos elementos a partir de un todo, llámesele esquema, estructura o larva.”³ Además de sus enseñanzas retóricas, la historia de Gómara ofreció a Bernal precisamente ese esquema o estructura que, aunque lo irritara por sus inexactitudes y sus deformaciones, suscitó en su mente la salida del caudal de su memoria.

El caudal de la memoria y su recreación

Aun así, la magnitud de su memoria —aunque arrastre fatalmente otras inexactitudes y determinaciones, sobre todo en las cifras y en los nombres—, la capacidad para recordar centenares de episodios, situaciones y peligros; cientos y cientos de personajes, con sus nombres, orígenes, apodos y rasgos de carácter, los extraños nombres indios de personas y de lugares, que fonetizaba como podía y a veces enredaba los parlamentos dichos en cada ocasión —así los invente y se sirva de ellos como un recurso retórico, al modo de los clásicos—; las imágenes visuales y los ruidos, y la impresión que provocaron; la variedad y extrañeza del nuevo mundo que maravillaba a sus descubridores; y aun la pelambre, condiciones, nombres y sucesivos propietarios de cada uno de los caballos iniciales de la conquista, representa un caso excepcional. ¿Cómo pudo hacerlo en una crónica que cubre muchos años, sin desfallecimientos ni confusiones mayores? La historia de Gómara le proporcionaba el punto de partida y versiones de los hechos principales que podía enmendar y ampliar, pero la fluencia continua de recuerdos, intensa, rica de calor humano e individualidad en cada momento, ¿cómo pudo sostenerse? Un pasaje de Bergson puede explicar este proceso.

La verdad es que jamás alcanzaremos el pasado si no nos colocamos en él de golpe. Esencialmente virtual, el pasado no puede ser captado por nosotros como pasado a no ser que sigamos y adoptemos el movimiento mediante el que se abre en imagen presente, emergiendo de las tinieblas a la luz.⁴

En los años que siguieron a los de la conquista y a la expedición a las Hibueras, Bernal Díaz del Castillo, que además de gran memorista debió ser un conversador magistral, debió vivir inmerso y obsesionado en sus recuerdos y debió contar cada episodio muchas veces según los auditorios; debió discu-

tir con otros conquistadores si tal cosa fue así o así y quién hizo esto o aquello, y con ese sentido retórico innato del buen narrador, debió ir componiendo cada relato en la forma que producía el mejor efecto en su auditorio. Luego, cuando decidió escribir su testimonio, y la lectura de la *Historia de la conquista de México* lo movió a poner en su sitio cuanto consideraba falso y a oponer a aquella su *Historia verdadera*, se situó de golpe en aquel pasado ya remoto y fue recreando ordenadamente la sucesión de los acontecimientos. En los años que van de 1551 a 1568 —en que suponemos que compuso su crónica—, el ya viejo Bernal Díaz debió volver a vivir mentalmente su gran aventura del descubrimiento y conquista, y cada día se encontraba de nuevo en el episodio que escribía. Así lo dice el mismo Bernal en un pasaje del comentado capítulo CLII:

Saber yo ahora decir con que rabia y esfuerzo se metían (los soldados indios) en nosotros a echarnos manos es cosa de espanto, porque yo no lo se aquí escribir que ahora que me paso a pensar en ello es como si ahora lo viese y estuviese en aquella guerra y batalla.

Recapitulación

En resumen, la elaboración de este capítulo CLII analizado, y extensivamente la de toda la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, tiene su apoyo inicial en los esquemas previos que ofrecen a Bernal Díaz la *Historia de la conquista de México*, de López de Gómara, y probablemente las *Cartas de relación* de Cortés que suscitaban en su mente la salida del flujo de recuerdos. Bernal ofrece un panorama de hechos, circunstancias, imágenes y reacciones emotivas considerablemente más rico que el de sus fuentes. Al escribir, Bernal volvía a vivir intensamente sus recuerdos, con una memoria imaginativa, auditiva y de nombres y pormenores menudos prodigiosa. Contó con un instrumento de expresión en su plenitud creadora, el castellano del siglo XVI, que él, hombre del pueblo con algunas letras, escribía con soltura y nobleza que parecen espontáneas. Como historiador, su preocupación principal es la de consignar la verdad, y en segundo lugar, mantener la llaneza. Revisando las correcciones que hizo a sus primeros borradores, sorprende que todas son para evitar imprudencias, desmesuras o juicios sobre personas de las que ha mudado de opinión. Son, pues, esfuerzos de precisión. Ninguna de sus correcciones tiene una intención de mejorar el estilo, si no es en cuestiones menores. Su obra vivirá ciertamente por su calor humano y por el caudal de su rememoración vívida; pero también por las gradaciones dramáticas, las suspensiones, la precisión, las sabias alternaciones de tonos y temas, la retención sentimental para dejar que los hechos transmitan por sí mismos las tensiones, en suma, por la eficacia retórica y del estilo, que en parte fueron sus dones naturales pero que también, en buena parte, aprendió a contrapelo de López de Gómara.

Febrero de 1981

Notas

1. Carlos Pereyra, “Bernal Díaz del Castillo y su obra”, Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, Virtus, Buenos Aires, 1914-5, 1920; Espasa Calpe, Madrid, 1928, 1933, 1942 y 1955.
2. Ramón Iglesia, “Francisco López de Gómara”, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, El Colegio de México, México, 1942, p. 151.
3. Jean-C. Filloux, *La mémoire*, Que sais-je? 350, Presses Universitaires de France, Paris, 1949, p. 46.
4. Henri Bergson, *Matière et mémoire*, P.U.F., Paris, 1896, 54, ed., p. 150.

Daniel Yankelovich / Larry Kaagan

NORTEAMERICA FIRME



I

Entre la elección de Jimmy Carter en 1976 y la victoria de Ronald Reagan en 1980, se produjo en la opinión del pueblo estadounidense uno de esos cambios decisivos que los historiadores generalmente califican de "parteaguas". En 1976, la nación sufría aún las secuelas de Watergate y Vietnam: insegura de sus límites como superpotencia, devorada por la duda moral respecto a la guerra de Vietnam, aterrada con verse envuelta en compromisos externos de alguna manera semejantes a Vietnam, preocupada por problemas económicos domésticos, empeñada en restaurar la integridad de la Presidencia hasta los niveles propios de los días previos a Watergate, y, merced a la *detente* comprometida con la Unión Soviética a aligerar lo mismo el presupuesto de defensa que las tensiones internacionales.

En cambio, a finales de 1980, una serie de acontecimientos había conmovido nuestro ensimismamiento espiritual y generado un nuevo estado de ánimo orientado hacia afuera. El público se sentía crecientemente escéptico respecto a la distensión y desamparado ante la impotencia de contrarrestar la invasión soviética en Afganistán de diciembre de 1979. Se sentía embestido por la OPEC, humillado por el Ayatola Jomeini, engatusado por Castro, rebasado por Japón en materia de comercio y por los rusos en materia de cañones. En el momento de la elección presidencial de 1980, temiendo que los Estados Unidos estuvieran perdiendo el control de sus asuntos exteriores, los votantes estaban más que dispuestos a exorcisar al fantasma de Vietnam y cambiarlo por una nueva posición de firmeza.

Los estadounidenses se han hecho sorprendentemente explícitos respecto a cómo los Estados Unidos debieran procurar reconquistar el control de su destino. Y en el cuadro de las inquietantes realidades de los ochentas, estas ideas constituyen para la presidencia de Reagan un mandato de política exterior nuevo, diferente y complejo. El honor nacional ha sido profundamente herido. Los estadounidenses están ferocemente decididos a restablecer el honor y el respeto externo. Este estado de opinión le simplifica al gobierno de Reagan ganar apoyo en favor de iniciativas intrépidas, afirmativas; pero no ayuda a construir un consenso en torno a políticas que reclaman transacciones, sutileza, paciencia, gestos temperados, consultas previas con aliados, y las hábiles maniobras geopolíticas necesarias cuando ya no se es el *locus* preeminente del poder económico y militar.

En una revisión de las implicaciones del nuevo punto de vista en materia de política exterior, examinaremos primero

de qué manera los acontecimientos de 1980 transformaron la psicología pública. Inmediatamente después intentaremos un análisis del mandato público que Reagan ha recibido, acentuando sus contrastes con el de Carter, e indicando en dónde el nuevo mandato estimula nuevas iniciativas en política externa y dónde obstruye las acciones que el gobierno pudiera desear emprender.

II

Algunos de los nuevos elementos de las actitudes estadounidenses hacia las relaciones exteriores han estado madurando por varios años; sin embargo, 1980 acentuó muchos desarrollos que en su conjunto compusieron un mensaje integrado respecto al poderío y la debilidad, el honor, la eminencia y la posición de Estados Unidos entre las naciones. Algunos de ellos repercutieron en el público norteamericano con una fuerza asombrosa.

Aunque los rehenes fueron secuestrados en Teherán desde finales de 1979, una revisión de la reacción pública ante las relaciones exteriores en 1980 debiera iniciarse con Irán y los 52 funcionarios estadounidenses detenidos ahí a lo largo de todo el año. Este episodio continuo de angustia nacional, humillación y ultraje, atrajo la atención pública simultáneamente sobre las complejidades de la política en el Medio Oriente, la facilidad con la que los militantes pudieron tomar la Embajada norteamericana y secuestrar a sus ocupantes, y la incapacidad del gobierno norteamericano de tomar medidas adecuadas para obtener su liberación. Mientras las encuestas de opinión pública realizadas en distintos momentos después de la toma de la Embajada no arrojaron ningún consenso perdurable en apoyo a cualquier medida militar, diplomática u otra en particular, un decisivo 65% del público estaba de acuerdo en que tanto la toma de los rehenes como el manejo de la situación por parte del gobierno estadounidense habían "disminuido el prestigio de los Estados Unidos en el extranjero".¹ Y una mayoría aún más amplia de 80% aceptaba que la situación iraní había congregado al pueblo norteamericano y ayudado a unificar a la nación.²

Cuando los acontecimientos iraníes estaban siendo digeridos, Afganistán proporcionó a la atención pública un nuevo blanco. Mientras la nación observaba a los tanques rusos maniobrando en las calles de Kabul, el Presidente Carter confesaba su asombro ante la temeraria agresión soviética. Aunque el presidente fue criticado en algunos ambientes por exagerar, su pretensión de que la invasión soviética constituyó "la amenaza más importante a la paz mundial desde la II Guerra Mundial" dio en el centro de sensibles fibras del público estadounidense. Si no para los diplomáticos, al menos para el público, la invasión confirmó temores, que tenían

Traducción y nota de Fernando Pérez Correa

© Foreign Affairs

años creciendo, acerca de la fragilidad estadounidense para consolidar su posición en el Medio Oriente. Encuestas emprendidas a continuación de la invasión revelaron que el 50% de los estadounidenses pensaban que "los rusos sienten que ahora son militarmente superiores a los Estados Unidos y pueden hacerla" con semejante iniciativa. Y una mayoría de 78% mantenía que, sin el contrapeso del poderío estadounidense, los soviéticos se sentían motivados por la oportunidad de ganar "más influencia entre los países productores de petróleo del Medio Oriente".³

Afganistán representa un tipo especial de reacción pública frente a un acontecimiento externo. Más que tratarse de una repentina llamarada de indignación, rápidamente disipada, la opinión pública desplegó, después de la invasión,



un haz de ansiedades respecto a la beligerancia soviética, un haz de ansiedades que tenía largo tiempo de estar presente y súbitamente se cristalizó en una visión "más áspera" de cómo responder. La nación estaba lista, como no lo había estado durante muchos años, "para cerrar filas y hacer lo que deba hacerse" para reafirmar la credibilidad militar y económica de los Estados Unidos. Las palabras del Presidente constituyeron un grito aglutinante de esta nueva determinación; sin embargo, pronto resurgió el desencanto. Las medidas militares, ya fueren de los Estados Unidos o de sus aliados de la OTAN, fueron rápidamente desechadas, mientras la mayoría de las sanciones diplomáticas y económicas impuestas a los soviéticos parecieron suaves o incluso contraproducentes. El *boycot* a los Juegos Olímpicos, en el verano, y

la explosión de orgullo por la victoria del equipo estadounidense de *hockey*, en los Juegos Olímpicos de Invierno de Lake Placid, en febrero, constituyeron un insuficiente sustituto a una contramedida apropiada a la agresión militar. La frustración fue inmensa; no obstante, ni explotó ni se disipó: habría de expresarse muchos meses después en la campaña presidencial.

Mientras tanto, surgieron otros acontecimientos, de escala de algún modo inferior a la corrosiva situación de los rehenes en Irán, o a la amenaza de una invasión soviética sin contrapeso, pero suficientes para recordar al público que una posición estadounidense externa débil era humillante y, acaso, peligrosa.

Poco después de la invasión de Afganistán ocurrió lo que podría llamarse una votación rutinaria en las Naciones Unidas. Cuando se sometió al Consejo de Seguridad una resolución pidiéndole a Israel el desmantelamiento de sus asentamientos en la Ribera Occidental, los Estados Unidos votaron a favor del texto propuesto. La conmoción fue instantánea; en votaciones previas de naturaleza análoga, los Estados Unidos habían apoyado la posición de Israel o bien decidido abstenerse. Y cuando dos días después el Presidente Carter repudió el voto y ofreció, junto con el embajador Donald McHenry, la explicación de un error de comunicación, la salva de críticas vino no sólo de Israel y de sus simpatizantes estadounidenses, sino también del Presidente de Egipto, Anwar Sadat, y de la mayoría de la comunidad diplomática. Inquiridos sobre la opinión que el episodio les inspiraba, 64% de los estadounidenses pensaron que el verdadero "error" fue el manejo presidencial del voto y de sus secuelas. Los estadounidenses pensaron sólo por un estrecho margen (42% contra 38%) que el Presidente estaba diciendo la verdad cuando afirmó desconocer que los Estados Unidos votarían en favor de la resolución del bloque árabe.⁴

La Cuba de Fidel Castro se destacó en dos ocasiones, al menos, durante el año, cada vez para suscitar preguntas vejatorias respecto a la determinación estadounidense. En agosto de 1979, una brigada soviética de combate fue localizada en Cuba por fuentes de inteligencia. Durante varios meses esto no constituyó ningún problema. De pronto, con la llegada, en mayo de 1980, de miles de refugiados cubanos en una "flotilla de la libertad", el asunto cubano se hizo abrasador. El público estadounidense se vio obligado, en primera instancia, a preguntarse si la nación contaba aún con "el pero" que había exitosamente retirado de Cuba los cohetes soviéticos en la crisis de 1962. Saber, merced a fotografías de inteligencia y declaraciones oficiales, que la significación de dicha fuerza era limitada, alivió apenas la preocupación pública respecto al avance soviético, indiferente a cualquier respuesta estadounidense. Inicialmente, la llegada en primavera de cerca de 100 000 refugiados cubanos, en medio de una revuelta caótica de lanchas, suscitó una humanitaria respuesta de simpatía. Con todo, el balance final del episodio en el ánimo público, fue una impresión negativa. Estando yuxtapuesta con la preocupación creciente por el desempleo interno y con la reiterada desconfianza frente a la Unión Soviética, la ola migratoria produjo lo que Louis Harris llamó "una sensación generalizada de que los Estados Unidos fueron sorprendidos por el régimen de Castro". En una encuesta Harris/ABC, una mayoría de 62% estimó que "Castro nos hizo quedar como tontos", al forzar a los Estados Unidos a aceptar no sólo a un número substancial de refugiados, en un momento inoportuno, sino también a un gran número de cubanos "indeseables". Un porcentaje aún



mayor (75%) aceptó que fue un error admitir a tantos refugiados cubanos "con verdaderos problemas económicos en casa y el crecimiento del desempleo".⁵

Pero hubo cosas más desesperantes que las torceduras de muñeca que Castro ha aprendido a administrarle magistralmente a los Estados Unidos: las trágicas aunque simbólicas catástrofes acontecidas al ejército estadounidense, primero, con la abortada misión de abril para rescatar a los rehenes en Irán y, enseguida, con la desintegración, en su silo, de un cohete con carga nuclear en septiembre, a resultas de una explosión de combustible. El primer episodio, lastimosamente vinculado a la angustia con los rehenes mismos, reintrodujo la seria preocupación acerca de la disposición de las fuerzas militares norteamericanas y la efectividad de nuestros planeamientos tácticos. Aún conmovidos por el fracaso de la misión de rescate, los estadounidenses sufrieron adicionalmente el desalentador espectáculo de la renuncia del respetado Secretario de Estado, Cyrus R. Vance, motivada por su desacuerdo con el Presidente. Y, como secuela de la explosión en el emplazamiento del cohete, en el campo de Arkansas, una vez más estalló la controversia sobre la confiabi-

lidad y el posible desarreglo del aparato militar estratégico estadounidense.

Junto con estos reveses militares y diplomáticos llegó una interminable lista de malas noticias económicas confirmando cambios, para mal, en la posición relativa de los Estados Unidos en los asuntos mundiales. Los graves desequilibrios comerciales, el desempleo creciente, la inflación, los tropezones recurrentes del valor del dólar, y la posición erosionada de las industrias estadounidenses frente a la competencia extranjera, constituyeron, a lo largo del año, las notas de un himno ominoso. Los problemas económicos domésticos eran crecientemente asociados con desarrollos externos y, distinguiendo entre ciclos financieros y problemas económicos sistemáticos, una mayoría de 68% del pueblo estadounidense juzgó que la economía sufría una "crisis real", a diferencia del 32% que sintió que se estaban confrontando solamente cíclicos "problemas menores".⁶

III

¿Qué significó, para el público estadounidense en el cuadro

NOTA DEL TRADUCTOR

Como es sabido, las encuestas de opinión son un termómetro sistemáticamente usado en Estados Unidos para registrar las temperaturas del clima político. También es sabido que describir la opinión y las actitudes políticas y, más aún, anticiparlas, es un ejercicio con frecuentes intenciones y constantes consecuencias políticas. En efecto, los "gallups", expresión que confunde los pañuelos desechables con los "Kleenex", representan lo mismo una herramienta política que una herramienta de análisis. En todo caso, hoy constituyen un inevitable recurso que ha suscitado, naturalmente, un mercado de talentos y de servicios.

La opinión pública constituye un flujo invisible. Es el sustrato invisible que se esconde y se manifiesta detrás de comportamientos verbales suscitados, registrados y medidos por inquisidores sistemáticos. Lo que la opinión pública piensa, siente, cree, se infiere del balance que arroja la contabilidad de respuestas puntuales, y por lo mismo "homogéneas", a preguntas precisas: "¿conteste sí o no...", "¿escoja de las cuatro siguientes respuestas la que mejor exprese su punto de vista...". Las respuestas de la nación, del pueblo, de la opinión, las aporta una muestra representativa del público. Así, las respuestas de la muestra encarnan a la opinión pública. Pero las respuestas cambian no sólo en función de los tiempos sino también en función de la estructura de las preguntas. De ahí que sea un saber reservado a los enterados crear el espacio de manifestación en cuyo interior pueda expresarse la opinión pública. De ahí, también, que periódicamente sea preciso consultar a este huidizo oráculo de la democracia.

Yankelovich, Skelly and White es una empresa neoyorkina especializada en investigaciones de opinión pública y actitudes políticas. Su presidente, Daniel Yankelovich, es coautor, junto con Larry Kaa-

gan, investigador de la misma empresa, del texto que ahora publicamos. Los autores se proponen ofrecer el panorama del estado actual de la opinión pública estadounidense en materia de política exterior. En rigor, la tesis central que sustentan afirma que se han operado, en materia de opinión pública, cambios a tal extremo profundos, que estamos ante un "parteaguas". De acuerdo con los datos disponibles, según los autores, el cambio en cuestión puede ser descrito de dos formas complementarias.

En primer lugar, el mandato presidencial que Reagan recibe, en contraste con el que recibió Carter, es un mandato con un contenido nuevo. Diferenciar los mandatos presidenciales, especial pero no exclusivamente el de Carter y el de Reagan, constituye un buen camino para localizar profundos rompimientos. Pero esto no constituye necesariamente un verdadero parteaguas. Lo fundamental, en segundo término, es que la actitud predominante hoy, que corona la evolución de una década, se caracteriza por ser esencialmente beligerante. El relevo de Reagan sobre Carter estaría pues inspirado en el final de fiesta para el pacifismo, el escrupuloso cuidado de los derechos humanos, el localismo, la subordinación de los medios militares (superioridad en armas) a los medios políticos (*déjente*). Los tiempos nuevos reclaman un internacionalismo beligerante, militarmente arropado, codicioso y vengador, liberado del "puntillismo moral", eficaz y despiadado. Ha sonado la hora de una "Norteamérica Firme".

Cabría discutir, desde luego, si la política de Carter se caracterizó tan inequívocamente como resultante del embarazo post-Watergate y post-Viet Nam. Como cabría discutir también si las tendencias que los autores disciernen, el contenido del nuevo mandato, y la política efectiva de Reagan son, en efecto, tres sinónimos intercambiables. Como quiera que sea, ha sonado una nueva hora.

Los tiempos nuevos son, en primer lugar, tiempos de eficacia y de

de un año de elección presidencial, este perturbador conjunto de noticias? ¿Cuáles fueron los efectos acumulados de éstos y de otros acontecimientos, y de qué modo hicieron vibrar el día de la elección al cuerpo político?

A ojos del público, las fatigas estadounidenses en la arena mundial constituyen sólo parte de una preocupación generalizada con lo que podría llamarse "pérdida de control". La ansiedad respecto a la pérdida de control era la constante evidente en una amplia colección de conflictos domésticos y externos en 1980. Los estadounidenses, con incertidumbre y aprensión, ansiosamente tanteaban el modo de controlar las cosas de nuevo.

Entre las múltiples formas de pérdida de control, ninguna alcanza tan serias consecuencias en materia de política exterior como la preocupación de que la nación es ahora "más débil". Aunque sin constreñirse a una definición puramente militar, la percepción de unos Estados Unidos estratégicamente más débiles ha crecido recientemente, hasta alcanzar proporciones mayoritarias, a resueltas de una tendencia de inquietud creciente sostenida durante varios años. A mediados de 1980, una mayoría de 53% concedía que "estamos atrás de la Unión Soviética en asuntos de fuerza militar". Apenas un año antes, los ciudadanos seriamente inquietados por una relativa debilidad estadounidense estaban en minoría (38%).⁷ Las incertidumbres con la seguridad nacional confirieron a las relaciones exteriores una nueva importancia. A principios de año, 42% de estadounidenses calificaron a la política exterior, por encima de la economía y, substancialmente, por encima del problema energético, como "el problema más importante al que hoy se enfrenta el país". Desde 1972 no habían cobrado los asuntos externos semejante prominencia; apenas siete meses atrás, en 1979, antes de la captura de los rehenes y de la iniciativa soviética en Afganistán, los asuntos externos habían sido evocados solamente por un 3% como la preocupación mayor del país.⁸

La visible incapacidad de "controlar" nuestra posición

externa, evidente en el asunto de los rehenes y en el *impasse* afgano, ha dejado a la nación frustrada y enojada. La percepción de que nuestro cuidado con los derechos humanos ha permitido que nos engañen, nos "usen" y nos inunden con refugiados cubanos, fue particularmente amarga. Incluso el potencial norteamericano en el mercado mundial era visto con aprensión. Por ejemplo, la percepción de que Japón y otros países han establecido barreras comerciales en desfavor de productos estadounidenses era compartida por una mayoría de más del 60% del público en 1980.⁹

La preocupación con la pérdida de control tuvo su impacto no sólo en asuntos de política externa: penetró la vida cotidiana de los estadounidenses. Cada año más estadounidenses responden con inquietud a su inhabilidad de ahorrar para el futuro (57% en un estudio reciente)¹⁰, y la mayoría expresa serias dudas respecto al pago de la renta o del mantenimiento de sus casas. Esta sensación de control escapándose de las manos incluso de los más eminentes ciudadanos no exagera las cosas: mientras 50% de las familias estadounidenses podían permitirse comprar una casa regular en 1970, sólo 20% podía hacerlo en 1980.¹¹

Más allá de la economía casera, el impacto creciente de los impuestos, las invasiones a la intimidad y los cambios en la moralidad social, suscitan imágenes de procesos "fuera de control". La fusión del conservadurismo político con el fundamentalismo religioso refleja la profunda angustia entre los estadounidenses de que la vida familiar en el país, la moralidad sexual y las normas sociales están tan fuera de control como nuestra política exterior o nuestra economía, infestada por la inflación. El sociólogo Richard Sennet ha descrito movimientos tales como el de la "Mayoría Moral" como la expresión de gente "que se siente deslocada ahora en los Estados Unidos, temerosa de que la sociedad en la que creen está desapareciendo o ha desaparecido".¹²

Abofeteados por dudas respecto a la economía personal y nacional y alarmados por las tensiones internacionales, los

afán, de trabajo competente en todos los frentes, en el económico y en el político, y particularmente en el internacional. Hay que suprimir para siempre los deplorables espectáculos de un imperio que, para castigar a sus enemigos, no puede ir más lejos que a concebir dudas agobiantes, maniobras fallidas y escarnecedoras disensiones. El nuevo tono reclama que a partir de hoy no se repitan nunca más Angola, Etiopía, Yemen del Sur, Afganistán y, sobre todo, Irán.

Enseguida, ha sonado la hora de imponer y de ganar respeto, de restaurar la temible imagen de un imperio irascible. En este plano, lo que no podrá ser tolerado nunca más son "las torceduras de muñeca", el quedarse en la boca con el gusto de haber sido "burlados". Para ello es necesario contar con una capacidad de respuesta inmediata, eficaz, liberada de escrúpulos y, dado el caso, echar mano de ella. La venganza es, finalmente, una bandera dominante. El texto menudea en alusiones a la "determinación fiera a restablecer..." el respeto nacional, subraya, "el poderoso elemento del mandato...: el deseo de vengar el honor estadounidense..." y destaca la decisión de ajustar cuentas por "las quemadas" y los "empujones" sufridos.

Como todos los diseños imperiales, la atención a este nuevo internacionalismo vengador es presentada como la apremiante alternativa cuyo fracaso no podría suscitar otra cosa que el diluvio. En efecto, los autores previenen que el fracaso de la política propuesta equivaldría a abrirle la puerta a un "derechismo faccioso", "con sus villanos, sus cabezas de turco y sus llamados al autoritarismo ultramontano".

La intención formal del artículo (presentar el balance del estado actual de la opinión pública estadounidense) es pues devorada por su intención política: obligar a escoger entre esta "Norteamérica firme" o el diluvio.

El planteamiento es grave. Según los autores la situación internacional está llena de peligros. La opinión pública percibe la amenaza

soviética que gravita sobre Estados Unidos. Ello se traduce, sucesivamente, es un mandato de firmeza, en una amenaza electoral y, en última instancia, en un posible colapso institucional. El peligro genera miedo en la opinión pública. Este genera un mandato irresistible, que debe atenderse a riesgo de la pérdida del cargo electoral o, dado el caso, a riesgo del diluvio. Ya se sabe a dónde conducen los nacionalismos asustados dirigidos por líderes asustados.

Esta cuestión suscita tres observaciones. La primera se refiere al medio. *Foreign Affairs* no es ni un instrumento sin coloración, ni un medio que disfrute de excesivas credenciales académicas. De hecho, con razón, ni una ni otra cosa parecen interesarle esencialmente. Se trata de una revista política de pedigree concebida más como fuente de inspiración para el mundillo washingtoniano de consejeros y asistentes, responsables de conformar y barnizar respetablemente las iniciativas del senador o del diputado, que como severo manual académico. Es un objeto más familiar en el despacho de un abogado enterado de Nueva York o del asesor de un "lobby", que en la mesa de trabajo de un estudiante del M.I.T. Una tesis importante de *Foreign Affairs* se comenta en el *New York Review of Books* o incluso en *Commentary*, según las afinidades del interesado, no en *Daedalus*. De hecho, es una revista editada por un consejo presidido por D. Rockefeller.

La segunda observación se refiere al trabajo. Se trata de un texto que rebasa la descripción y el análisis de hechos para adelantar posiciones propias. Obra del aparato de una empresa de opinión, responsable de una encuesta anual, las constataciones del texto, sus "análisis de datos", incluyen, además, ominosas reflexiones sobre las oposiciones y mediaciones entre "la geopolítica" y sus exigencias y la ira del pueblo estadounidense. A decir verdad, los autores retienen, como esencial, en un cuadro de constreñimientos que pesan sobre el gobierno estadounidense actual, el "margen de maniobra"



estadounidenses que sienten que el país “está metido en problemas graves y serios” alcanzaron en 1980 un 84%.¹³

IV

A finales de 1980, la visión del público estadounidense se había cristalizado en una forma que resultó conflictiva, agresiva, ruda y resentida. Para bien o para mal, la Unión Soviética podía reclamar una buena parte del “crédito” por dicho cambio. Los líderes soviéticos que planearon la invasión de Afganistán —confiando en un cálculo crudo de poder— probablemente no atribuyeron mayor peso a la opinión del público estadounidense. El cálculo se fundó, al menos parcialmente, en la idea de que, con relación a los Estados Unidos, poco tenían que perder. No temían mayores castigos, ya que sabían que los Estados Unidos estaban severamente limitados en su capacidad de presionarlos; complementariamente, las ganancias de una actitud temperada parecían magras en la medida en que ya les habían sido negadas preferencias comerciales cruciales y asistencia tecnológica de gran escala y la probabilidad de que el senado ratificara el tratado de limitación de armas estratégicas (SALT II) parecía reducida.

Después de la incursión soviética, los Estados Unidos

adoptaron la política de convencer a los soviéticos de que tendrían que pagar cara su agresión, tan cara que el costo sería mucho más grande que la ganancia. Con todo, a la fecha los soviéticos han sufrido apenas inconvenientes menores. Las relaciones distendidas entre Europa Occidental y los soviéticos, por ejemplo, apenas han sido modificadas. De hecho, como ha declinado nuestro relativamente pequeño comercio, las relaciones de Europa Occidental, más importantes, han crecido. Sin embargo, desde una perspectiva a más largo plazo, la historia bien podría enseñar que al despertar la animosidad y el resentimiento del pueblo estadounidense, en términos que no se borrarán pronto, los rusos pagarán un precio mucho más alto del que habían imaginado.

El escéptico puede preguntar, “¿y entonces? ¿En qué cambia las cosas el humor volátil del público? El público no define la política exterior. En todo caso sus opiniones realmente no le pertenecen: son manipuladas por la prensa o por influyentes élites”. Por varias razones, este punto de vista —lugar común en algunos círculos de la política exterior estadounidense y extranjera— constituye una lectura profundamente equivocada de las realidades políticas norteamericanas. En materia de política exterior la opinión pública no

que reclamará de Reagan una habilidad florentina y, por lo mismo, dejan después de todo abierta la puerta a variadas reconciliaciones entre mandato y política.

La tercera observación se refiere a la tesis de fondo. Describir el nuevo mandato, explorarlo, exorcisar con sus perfiles a la clase política, sin distinguir entre opinión pública y voluntad electoral no es satisfactorio. Primero porque convertida en mandato, la opinión pública ha perdido su condición de flujo y ha cobrado el estado de cuerpo. Ello, malo para los negocios de Yankelovich y malo para el tipo de democracia representativa que los conservadores defienden, constituye una indefinible identificación entre la voluntad general y las respuestas de una muestra. Y enseguida porque la voluntad electoral no se expresó en los términos decididos que los descubrimientos de los autores harían esperar. En efecto, una cuarta parte del electorado estadounidense votó por el nuevo gobierno, inspirada tanto por las banderas conservadoras cuanto desilusionada con los límites del liderazgo de Carter. Triunfar con el voto de una cuarta parte del electorado no produce un parteaguas; constituye una mayoría razonable, nada más.

Se trata, pues, de un artículo político, escrito para un medio político por quien podríamos llamar un especialista en mercadotecnia política con ideas propias, empeñado en vender el mandato de un imperialismo áspero a la clase política norteamericana.

En efecto, con cargo a la opinión del pueblo estadounidense, y con la idea de prevenir a representantes electorales contra el peligro de ofender irreparablemente una actitud estructurada del electorado, no una moda pasajera, los autores proponen sus propias actitudes políticas. Ello, legítimo, responde al orden de las acciones políticas, no al orden de los análisis objetivos y desinteresados.

¿No es, en efecto, contradictorio subrayar que los cambios no son

pasajeros y, al mismo tiempo, verse obligado a describir la precariedad del “nuevo consenso”? ¿No está muy lejos de los “datos” decretar que si las cosas no resultan al gusto, está en peligro el mismísimo “futuro de la política de partidos” en Estados Unidos?

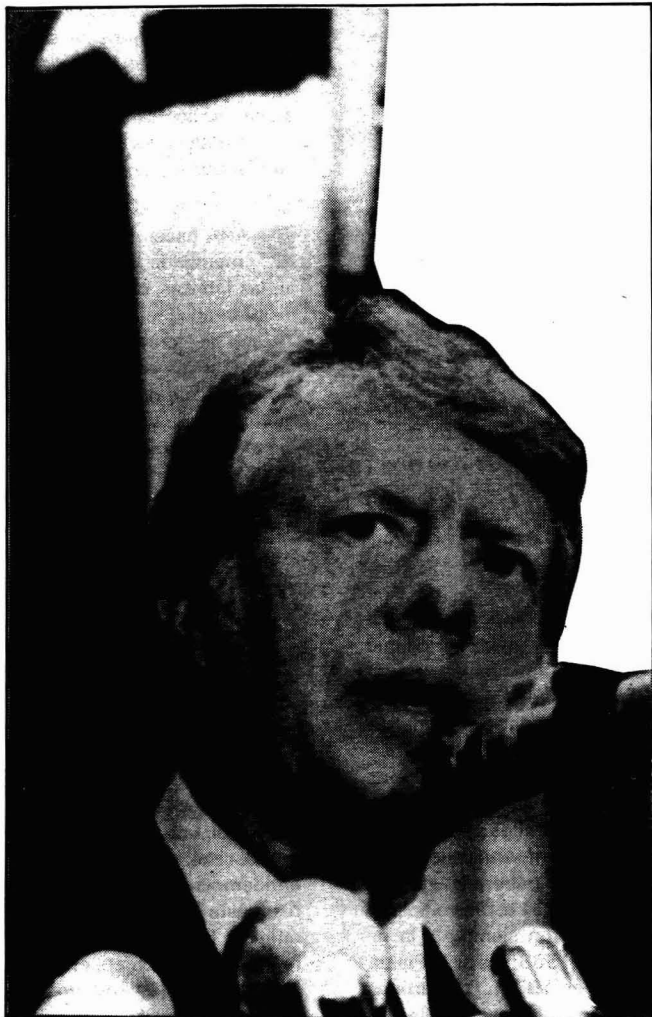
Más que un análisis, tenemos pues ante nosotros un documento político. ¿Qué representa esta acción política? Por su contenido, por sus aliados, por sus simpatizantes, las ideas de Yankelovich forman parte del manifiesto al que se adhiere una ala tardía del reaganismo que no está segura de tenerlas todas consigo. Se trata de viejos intelectuales que cambiaron de filas ante la indiferencia de Carter, y ofrecen a un Reagan cada vez más reticente la organización ideológica del reaganismo como “nuevo consenso” nacional conservador. Sus voceros están hoy sumados circunstancialmente a otros sectores afligidos por el “peligro actual” y por el “peligro futuro”, y aliados a los beneficiarios de sus denuncias al desequilibrio militar y de sus llamados al esfuerzo de rearme. Se trata de la versión mercadotécnica del temor de que el pragmatismo republicano pese más que el fundamentalismo alarmista, cuyas versiones intelectuales también han venido denunciando la fragilidad del nuevo consenso (I. Kristol N. Podhoretz, V. Kirkpatrick). Para ellos, la política de dureza se sigue no sólo de la lógica que imponen inminentes peligros; se sigue también de la voluntad de la opinión pública, voluntad sancionada, dado el caso, por la acción de los electores.

Aunque las acciones concretas de múltiples norteamericanos, en el caso de El Salvador, no confirman los atributos asignados a esta entelequia reificada “la opinión pública”, el juego de los medios de comunicación y de los líderes políticos está en curso. Ahí se inscribe el artículo en cuestión. No estamos ante un argumento dirigido esencialmente al público. Estamos ante una acción tendiente a prevenir inesperados golpes de timón.

es para nada volátil. En el período posterior a la II Guerra Mundial ha gozado de un orden, una lógica interna y de principios con una fundamentación tales que ha sido, si acaso, más estable y coherente que la propia política estadounidense.

Es cierto que las opiniones del público no surgen espontáneamente. La prensa y el liderazgo nacional ejercen una gran influencia en el público, pero su sentido es diverso y frecuentemente la respuesta de aquél ante los acontecimientos no es idéntica a la de los líderes. Respecto a Irán, por ejemplo, el público fue mucho más agresivo y más propicio a acciones riesgosas que la mayoría de los comentaristas periodísticos o políticos.

En la conducción de la política exterior, un Presidente



parte de diversas grandes fuerzas: su mandato público, el poderío militar del país, su vitalidad económica, sus recursos geopolíticos. Todos son importantes, pero el mandato público —el factor menos tangible— puede ser también el más potente, como descubrieron los gobernantes durante la guerra de Vietnam. La opinión pública conforma enormemente el contexto en cuyo interior trabajan los gobernantes. Hay una amplia latitud para el libre arbitrio en la decisión política porque en una democracia representativa la ciudadanía juzga básicamente los resultados y no se ocupa mayormente de políticas y acciones específicas. Dado un importante margen de maniobra, un determinado Presidente puede siempre oponerse al mandato público, o aun proceder indirecta, se-

creta o furtivamente, aunque esto último es ahora más difícil que en el pasado.

Es útil plantear dos preguntas respecto a un mandato público: ¿hasta que punto es restrictivo? y ¿qué tipo de acciones impulsa o inhibe? En un artículo anterior intentamos demostrar que en años recientes los mandatos públicos para la conducción presidencial de la política exterior se han hecho más restrictivos. En el período anterior a Vietnam, el público suponía que el Presidente tenía acceso a información de la que nadie más disponía; por ello, el Presidente “sabía mejor”.¹⁴ Desde Vietnam, sin embargo, hubo una notable reducción en el apoyo automático que un presidente recibe en los asuntos exteriores. Las malas calificaciones que obtuvo la política exterior del Presidente Carter hacen improbable que su gobierno haya logrado restaurar algo de la antigua áurea de prestigio y confianza ciega en la conducción presidencial de los asuntos exteriores. Por ello, el gobierno de Reagan deberá aprender a convivir con un tipo nuevo de mandato público: escéptico, informado, crítico, impaciente, escrutador cuidadoso de toda iniciativa y dispuesto a concluir que, aunque el Presidente pudiera ser bien intencionado, es posible que no sepa qué es lo que está haciendo.

En este sentido, el mandato de Reagan es semejante al que condujo a Carter a la Presidencia. Pero, en todos los demás aspectos, el mandato de Reagan —es decir, el modelo de acciones impulsadas o inhibidas— es sorprendentemente diferente del de su predecesor. Carter fue elegido en un espasmo de angustia resultante de Watergate y Vietnam, y una parte esencial de su trabajo era restaurar la capacidad de la Presidencia de simbolizar el valor moral de los Estados Unidos (como lo había sido, antes, de Ford). La promesa de la campaña de 1976 de Carter fue constituir un gobierno “tan bueno como el pueblo estadounidense”, que atrajo profundamente a los votantes al alentarlos respecto a sus propios estándares morales.

A pesar de todas sus limitaciones, el Gobierno de Carter coronó la tarea que había iniciado el Gobierno de Ford: satisfizo la parte de su mandato que reclamaba el restablecimiento del sentido de honestidad y buena intención propios del cargo presidencial. Los estadounidenses pueden tolerar una concepción de sí mismos como gente buena que ocasionalmente falla, pero no pueden tolerar una imagen de sí mismos como un pueblo inmoral, motivado por la mala fe. Gracias a los presidentes Ford y Carter, la tarea de restaurar nuestra propia imagen como la de un pueblo bueno y decente ya había concluido desde antes de la campaña de 1980 y, por lo mismo, poco tuvo que ver con el mandato de Reagan. La Presidencia de Reagan ha recibido una encomienda distinta: restablecer el control de nuestras relaciones internacionales y de nuestra economía hoy en desorden.

Reagan inició su Presidencia con un firme voto de confianza ciudadana de que concluiría la primera parte de su tarea y conquistaría ganancias substanciales en el cumplimiento de la segunda. Encuestas posteriores a la elección muestran que una aplastante mayoría del público estima que el gobierno de Reagan “incrementará el respeto externo hacia los Estados Unidos”. En materia económica, con márgenes más estrechos, muchos piensan que Reagan abreviará el desempleo, aliviará la inflación y reducirá el tamaño y el costo del Gobierno Federal. La expectativa pública de que Reagan será capaz de acumular ganancias substanciales en el frente de la política exterior es mucho más alta que la confianza en su habilidad de restablecer el control sobre la economía. Este alto grado de confianza confiere al nuevo go-



bierno un buen margen de maniobra, aunque también le impone una pesada carga.

V

De acuerdo con nuestro análisis de los resultados de encuestas, el público estadounidense sostiene ideas vigorosas y claras sobre cómo pueden los Estados Unidos reconquistar el control sobre su política exterior y vengar el honor nacional. Las acciones impulsadas por la nueva disposición pública incluyen: sostener una actitud más dura en el trato con la Unión Soviética; sumar fuerza a nuestros recursos defensivos; hacer gala de la determinación de ayudar a nuestros aliados, incluso de ser necesario con fuerzas militares, en caso de una agresión soviética; deshacerse de los puntillosos escrúpulos morales que disminuyeron la efectividad de la CIA; emplear el comercio como un arma legítima, en apoyo a nuestros intereses nacionales, y en general actuar más vigorosamente en contra de nuestros enemigos y en apoyo de nuestros amigos.

Conviene subrayar que aunque es la reacción pública ante los acontecimientos de 1980 la que ofrece la evidencia más palmaria de una posición "endurecida", diversas tendencias de opinión, favorables a una política exterior más afirmativa, habían empezado a moldearse desde mediados de los setentas. En 1976, William Watts y Lloyd Free mostraron que la nación había empezado a expresar "una sensación de estancamiento en nuestros tratos con la Unión Soviética; un incremento substancial de inquietud ante la amenaza de guerra... y una visión más pesimista de las perspectivas de futuras relaciones con la Unión Soviética".¹⁵ Incluso antes de la captura de los rehenes en Irán o de la invasión soviética de Afganistán empezó a disiparse la ambivalencia post-Vietnam respecto a la determinación estadounidense. Así, en la primavera de 1978, una mayoría de 53% aceptaba que los Estados Unidos debían ser "más duros" en su trato con la Unión Soviética.¹⁶ Después de la invasión de Afganistán, una mayoría aún mayor (67%) apoyaba una posición más dura.

Dado el crecimiento en los últimos años de una corriente de opinión beligerante, sería imprudente ignorar la actitud pública de 1980 como si fuera una moda transitoria que desaparecerá después de algunos meses de reducción de la belicosidad soviética. Sentidos por haber sido "quemados" por la Unión Soviética, merced a la relación de *détente*, los estadounidenses van a conservar sus sentimientos durante los próximos años.

Aunque la opinión pública es más cautelosa y selectiva hoy que durante las cruzadas de los cincuentas y principios de los sesentas, y aunque la contención no es vista como el objetivo primordial de la política externa, la determinación

nacional de endurecerse será, probablemente, una constante en las actitudes públicas hacia las relaciones EUA-URSS de los próximos años.

El gasto militar es uno de los más visibles instrumentos de una acentuada posición de endurecimiento, y en ninguna parte la corriente de beligerancia en las actitudes públicas ha sido más concluyente o dramática que en el apoyo creciente al incremento en el presupuesto militar de los Estados Unidos. En 1971, con la guerra de Vietnam aún pendiente, sólo 11% del público deseaba incrementar el gasto militar. En fecha tan tardía como diciembre de 1978, las mayorías se oponían aún a un gasto militar más alto. Con todo, a mediados de 1979, meses antes del secuestro de los rehenes en Irán, un 42% pensaba que el gasto defensivo debía ser incrementado. Desde entonces, mayorías crecientes han venido apoyando mayores gastos defensivos; los acontecimientos de Afganistán incrementaron hasta el 74% el apoyo a un presupuesto militar mayor, el punto más alto desde los primeros días de la guerra de Vietnam.¹⁷ Así, en apenas una década, ¡el apoyo al incremento en el gasto militar brincó, de uno de cada nueve, a tres de cada cuatro!

La mayoría del pueblo estadounidense concordó con Carter cuando éste argumentó, en enero de 1980, que reactivar el mecanismo de reclutamiento constituía un medio de mostrar la determinación estadounidense frente a la invasión soviética de Afganistán. También en esta delicada cuestión, un sentimiento lentamente ascendente, a lo largo de los últimos años, encontró de pronto, en los acontecimientos de 1980, un catalizador que condensó una nueva voluntad de demostrar el poderío estadounidense. A principios de 1977, una mayoría del 54% se oponía, según una encuesta de Gallup, a la conscripción, con un 36% en favor de su reestablecimiento. Un año más tarde, Gallup registró sobre este punto una división casi equilibrada de la opinión: 45% apoyando el reclutamiento y 46% opuesto a semejante iniciativa. Afganistán forzó la consolidación del sentimiento público, y desde febrero de 1980 la conscripción en tiempos de paz ha recibido un apoyo mayoritario.¹⁸ Y una encuesta de ABC/Harris encontró un apoyo al extremo de un 78% al llamado de Carter en favor del reclutamiento.

Una cuestión conexas es la disposición de los estadounidenses a usar la fuerza militar en diversas situaciones internacionales. Después de la indecisión post-Vietnam de emplear las tropas estadounidenses en cualquier situación que pudiera complicarnos en un conflicto más amplio, los estadounidenses responden ahora a un mundo más amenazador, con una cautelosa disposición a proyectar la fuerza armada, especialmente en defensa de nuestros aliados. Aunque los acontecimientos de Irán y Afganistán atizaron esta nueva manifestación de firmeza, las tendencias en apoyo al



La fuerza militar estadounidense se habían desarrollado en los acontecimientos.

El indicador clave —la disposición a intervenir en Europa Occidental— en 1974 sólo 39% de los estadounidenses apoyaba la implicación militar directa en caso de una invasión soviética. En 1978, ese apoyo alcanzó el 59%, una vez que la invasión a Afganistán creó una inquietud pública con la agresión soviética, una mayoría de dos tercios (67%) favorecía ya el uso de las fuerzas estadounidenses para repeler dicha invasión.¹⁹ Sin embargo, esta voluntad renovada de defender a los aliados, no debe interpretarse como una precipitación indiscriminada a la confrontación bélica. Incluso en los casos de Irán y Afganistán, después de un escape inicial de ira nacional, las mayorías eran partidarias a “esperarse por ahora” o preferían el uso de presiones diplomáticas o económicas.²⁰

La CIA, después de algunos años bajo los poco halagadores reflectores del Congreso y del público, resurgió repentinamente bajo una nueva luz a resultas de los secuestros en Teherán. Palmeteada por un juicio negativo (49% contra 32%) en el ánimo público, después de las repugnantes revelaciones relacionadas con sus operaciones interiores e internacionales, la CIA reconstruyó gradualmente su apoyo hasta el nivel positivo de 59% en 1978 para fortalecer los intereses de los Estados Unidos en el exterior y “debilitar las fuerzas que trabajan contra nosotros”.²¹ Un año más tarde, como resultado de los acontecimientos de Irán, la agencia recibió un apoyo de 79% para “incrementar e impulsar” sus actividades, y durante el torrente de irritación que siguió a la toma de la Embajada, fue señalada como el brazo del gobierno estadounidense que debiera “deponer al Ayatola Jomeini en Irán”.²²

También en materia de comercio internacional predominaba una postura pública nueva, más afirmativa. Aunque al corriente de que una ruptura de relaciones comerciales con un país ofensivo puede tener un impacto negativo en la balanza de pagos norteamericana y en las perspectivas de empleo, una mayoría del 56% del público favorece el uso del comercio como un arma diplomática. Y aunque existe el claro consenso para restringir la exportación de armas y equipo, incluyendo la tecnología nuclear, una mayoría de 50% también suscribe la idea de que “entre los primeros” productos suministrados a un país ofensor estén los granos y los alimentos.²³

En su conjunto, pues, estas tendencias de apoyo al endurecimiento geopolítico, al incremento tanto del gasto como de la preparación militar, a menores escrúpulos morales en el plano mundial de las operaciones de inteligencia, y la nueva disposición a usar la graduación del comercio como un arma de los intereses nacionales, equivalen a la exigencia de una nueva firmeza estadounidense en los asuntos mundiales.

El mensaje al gobierno de Reagan queda, al menos parcialmente, telegrafiado por la mayoría de 77% que confía, en una encuesta hecha por CBS/*New York Times* después de la elección, entre votantes registrados, que el nuevo Presidente “cuidará que los Estados Unidos sean respetados por otras naciones”.²⁴

VI

Hay tres sentidos fundamentales en los que el mandato de Reagan difiere del de Carter. El primero se refiere a los usos del poder militar. Los estadounidenses han recorrido un largo camino desde 1976 en la superación de sus ambivalencias respecto al poder militar. Los críticos han acusado frecuentemente a los intelectuales estadounidenses de creer que el poder militar es inherentemente inmoral y, consecuentemente, que el incremento en el gasto militar y en los sistemas armados debe ser automáticamente rechazado. Ecos de esta misma impresión han sido también detectados en un público más amplio, aunque de manera más diluida. Sin embargo, como hemos observado, la reticencia moral al uso del poder militar se ha abatido. La indecisión pública respecto al poder militar estaba asociada a su uso en Vietnam: muchos estadounidenses terminaron por sentir que la fuerza que allí usamos contradecía nuestra pretensión de ser un buen pueblo. Aunque ésta es aún una cuestión controvertida, su influencia se ha reducido en la mente pública y, al menos en términos morales, la inmensa mayoría de los estadounidenses apoya hoy entusiastamente un poder militar más fuerte al servicio de nuestros objetivos nacionales.

Al principio del gobierno de Carter predominaba una ambivalencia similar respecto al internacionalismo (el grado hasta el que los Estados Unidos debieran tomar fuertes medidas externas para apuntalar su papel como líderes mundiales). La ambivalencia del público respecto al internacionalismo tenía un origen distinto al de los sentimientos encontrados respecto al poderío militar. En este caso, la preocupación era práctica. Vietnam constituyó el primer tropiezo estadounidense como poder mundial; dejó a la nación contusionada y, al mismo tiempo, profundamente convencida de que no debíamos llevar nuestros compromisos a extremos que rebasen nuestras posibilidades.

El punto más bajo del internacionalismo, después de la guerra, llegó en 1974, en las postrimerías del embargo petrolero y de la recesión subsecuente. En ese momento, la idea dominante era que los Estados Unidos debían ocuparse de sus propios asuntos, reconocer sus limitaciones y concentrarse en sus problemas domésticos. Esta actitud ha sido bien documentada por estudios dirigidos por William Watts

y Lloyd Free, usando un índice de "internacionalismo/aislacionismo". De acuerdo con esta medida, en 1974 sólo una minoría del 41% de los estadounidenses sustentaba una postura internacionalista firme, con la idea de que debíamos tomar en cuenta los problemas de otros países, apoyar concretamente a nuestros aliados y aportar ayuda militar a nuestros aliados europeos y japoneses, en caso de que la Unión Soviética los ataque. Dos años más tarde, en el momento de la elección de Carter, el internacionalismo, medido por el índice Watts-Free, permanecía virtualmente en el mismo nivel: 44%. Sin embargo, a partir de la elección de Carter los sentimientos estadounidenses internacionalistas han venido creciendo sostenidamente, y hoy una mayoría de 61% sustenta actitudes internacionalistas. Se trata de un incremento apreciable en un periodo breve. Aún más, el internacionalismo se correlaciona con la educación y la abundancia; en otros términos, quienes lo sostienen son los ciudadanos estadounidenses más conscientes y activos.

La tercera diferencia entre los mandatos de Reagan y de Carter es la menos tangible aunque acaso la más importante. En el mandato de Reagan hay un fuerte ingrediente, ausente casi totalmente en el mandato de Carter: el deseo de vengar el honor norteamericano. Claramente, incubar introspectivamente en el período Ford-Carter la angustiosa cuestión ¿somos un pueblo bueno?, que difícilmente podría constatar más agudamente con la pregunta impaciente de hoy: ¿por qué nos estamos dejando atropellar? Psicológicamente hablando, la primera cuestión tiene que ser resuelta antes de que pueda ser planteada la segunda. Mientras la gente no esté segura de estar en el lado ético de un conflicto, no podrá interpretar las acciones de otras gentes como esfuerzos por atropellarla. Al contrario, dirá cosas tales como: "Tal vez ellos hacen bien y nosotros no", "Tal vez *hemos* dañado a los norvietnamitas; tal vez le *hemos* impuesto una grave injusticia al pueblo iraní; tal vez *hemos* traicionado al pueblo chileno".

Este tipo de juicio moral es creíble para los estadounidenses sólo en momentos de duda respecto a nuestra bondad como pueblo. Pero es probablemente imposible para cualquier nación sustentar este tipo de dudas durante mucho tiempo; pronto se hacen intolerables y son convertidas en otros sentimientos. Los individuos pueden percibirse como indefinidamente culpables; las naciones, en cambio, pronto desechan semejantes dudas.

La duda que caracterizó al período Ford-Carter ha sido reemplazada ahora por una poderosa afirmación de orgullo nacional. La convicción de que en años recientes nos dejamos manipular, embestir, humillar y atropellar en otras formas, ha hecho surgir la urgencia impetuosa de defender el honor nacional. Esto constituye una parte apreciable del mandato de Reagan y, de algún modo, como indicamos antes, deja al nuevo gobierno en libertad de tomar las acciones necesarias para reestablecer el control sobre nuestros asuntos externos. Pero, en otro sentido, las convicciones públicas sobre cómo restaurar el honor nacional chocan con las realidades geopolíticas de los ochentas.

Varios años serán precisos para que podamos medir adecuadamente las resultantes de las tensiones entre el mandato de Reagan y los constreñimientos de la geopolítica moderna. Pero pudiera no ser prematuro ilustrar en esta etapa tanto las oportunidades como las inhibiciones que el nuevo mandato público implica para la política exterior de Reagan.

En su propio marco, el gobierno de Reagan podrá emprender iniciativas vedadas a gobiernos previos. Por ejem-

plo, muchos pensadores políticos extranjeros concuerdan con Henry Kissinger en que nuestra incapacidad de contrarrestar el uso soviético de subrogados militares cubanos en Angola, en 1975, condujo directamente a la invasión soviética de Afganistán y a la amenaza soviética contemporánea en el Golfo Pérsico. Los estrategas que sostienen esta opinión advierten un vínculo directo que conecta a Angola con Etiopía, con Yemen del Sur, con Afganistán, como partes de un movimiento soviético sistemático de pinza dirigido hacia los recursos petroleros del Medio Oriente, con un brazo de la pinza en África y el otro en Afganistán. Políticamente, en 1975 era imposible tomar una iniciativa estadounidense audaz para contrarrestar la influencia soviética en Angola. La situación recordaba demasiado la de Vietnam para suscitar



el necesario apoyo, fuere del público, fuere del Congreso. Ahora, a la luz del mandato de 1980, Reagan encontrará muy poca oposición pública a sus acciones para impedir nuevas Angolas.

Considérese, por ejemplo, la situación en el Medio Oriente. En su visita a la India, en diciembre de 1980, Leonid Brezhnev propuso un "pacto de no agresión" en el área del Golfo Pérsico, anticipando parcialmente las tentativas estadounidenses de establecer bases militares en la región. En los términos de los acuerdos de Campo David, entre Egipto e Israel, los israelitas desocuparán este año sus bases en la península del Sinaí en Etzion y en Editam. Desde el punto de vista estadounidense, estos desolados y despobla-

dos lugares son ideales para establecer bases militares, desde las cuales podrían defenderse los intereses estadounidenses en el Golfo mucho más efectivamente que desde localidades más remotas. Los cálculos que podrían conducir al gobierno de Reagan a intentar la maniobra dependen de muchos factores. Con todo, un hecho político dominante, que no existía en los años de Ford y de Carter, es el enorme potencial de apoyo público a dicho movimiento, dado el caso.

Otras iniciativas son imaginables, como conferir un apoyo masivo a Pakistán; apoyar el esfuerzo del Presidente Sadat por someter al conflictivo Coronel Kadhafi en Libia; ponerse pesados con Cuba en el asunto de la brigada rusa en su territorio y de sus 40 mil soldados en diversas localidades africa-

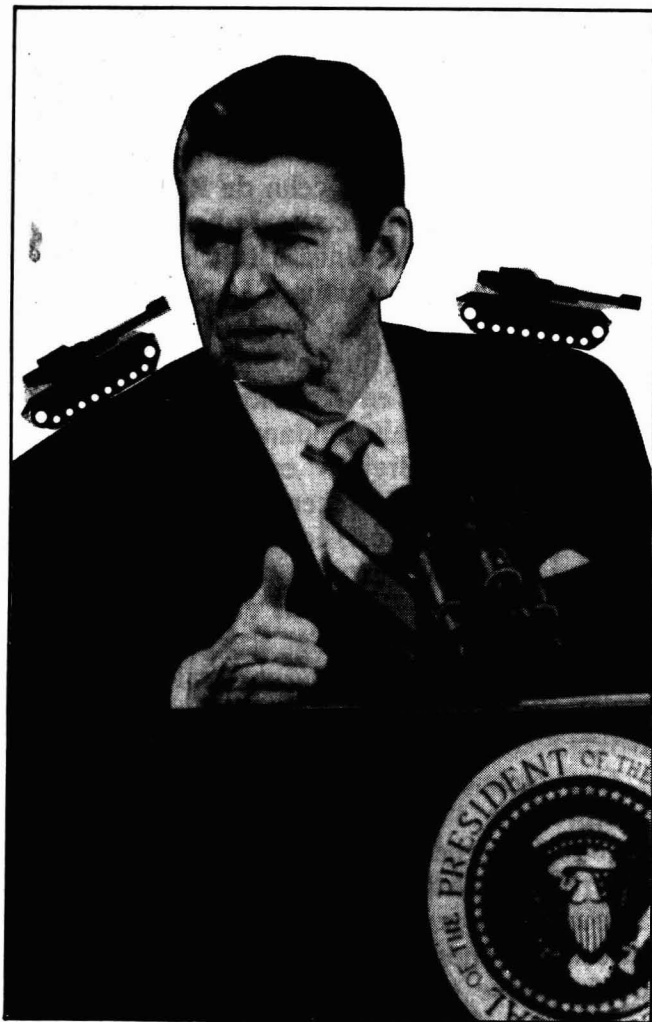
que apenas hace algunos años eran virtualmente impensables.

Irónicamente, el ánimo público actual se hubiera acomodado mejor a nuestra posición en el mundo en los cincuentas y en los sesentas que a nuestras actuales circunstancias. En aquel tiempo, nuestro dominio económico y militar no tenía rival (dábamos cuenta de aproximadamente la mitad del total de la producción industrial mundial). Entonces podíamos permitirnos adoptar una actitud más despreocupada con relación a las sutilezas de la política de equilibrio de poderes, la voluntad de otras naciones y los límites de la economía estadounidense. Pero en el mundo de los ochentas puede resultar extraordinariamente difícil ejecutar iniciativas audaces y simples que defiendan el orgullo estadounidense.

El mundo está ahora lleno de países poco dispuestos a seguir ciegamente la dirección estadounidense. Mucho del desencanto de los años de Carter vino de la percepción, en otros países, de que los Estados Unidos habían perdido la capacidad de apoyar a sus amigos, paralizar a sus enemigos y cumplir con su papel como líder mundial responsable. A continuación de Afganistán, los pakistanos empezaron a preguntarse si en el mundo de hoy era siquiera seguro tener de aliados a los Estados Unidos. Durante los años de Carter los japoneses y los alemanes se preguntaron frecuente y ostensiblemente si los Estados Unidos sabían lo que estaban haciendo, y terminaron por pensar que resultaba más prudente concebir programas de acción independientes. Llegó incluso a darse un momento en el que los sauditas se preguntaban en voz alta ya no se diga si sabíamos defender sus intereses, sino al menos los nuestros. Algunos de estos cuestionamientos a la capacidad estadounidense sobrevinieron como consecuencia de nuestra inhabilidad para sostener a los sectores iraníes que hubieran hecho posible una transición ordenada del régimen del Sha a un gobierno menos hostil a Occidente que la dominación del Ayatola Jomeini y los Mujahs.

En los años que siguen, los Estados Unidos se verán obligados a ejecutar maniobras geopolíticas múltiples, delicadas y hábiles, que puedan ofrecer a los ojos más escépticos algunos signos de competencia. ¿De qué manera, por ejemplo, reaccionarán la prensa y el público en general si de pronto nos vemos obligados a reconstruir a Irán? Hasta ahora, la Unión Soviética ha buscado, con su actitud ante la guerra irano-iraquí, preservar su posición con ambos países sin comprometerse mayormente con ninguno. Pero si la guerra continua, o si repentinamente se extinguiera, los líderes soviéticos podrían estar tentados a emprender acciones dirigidas a ganar más influencia en Irán o, incluso, a incorporarlo al campo soviético. Corresponde probablemente a los intereses vitales de los Estados Unidos impedir que esto ocurra; y la competencia por ganar influencia pudiera reclamar de los Estados Unidos un enorme apoyo a Irán, incluso bajo el régimen actual o bajo uno similar. Semejante vuelco pudiera crear una inconformidad enorme entre algunos de los simpatizantes de Reagan. En última instancia, la impresión de cara-doble respecto a Irán pudiera fácilmente confundir al público, a menos de que el gobierno de Reagan muestre una habilidad exquisita y pueda sutilmente explicar sus políticas y sus acciones.

En otro frente, algunos de nuestros más estimados aliados europeos perciben la distensión con la Unión Soviética desde una perspectiva diferente de la nuestra. Para los europeos la distensión no es simplemente una relación bilateral entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Se trata más bien de



nas; presionar más fuertemente a fin de obtener contribuciones japonesas y europeas más substanciales a la defensa mutua; desarticular los grupos estudiantiles iraníes en los Estados Unidos favorables a Jomeini, etc. No estamos recomendando estas acciones; ni siquiera indicando que tengan sentido; estamos simplemente apuntando que son iniciativas típicas que recibirían un fuerte apoyo popular bajo el nuevo mandato.

Desde luego, algunos riesgos políticos perduran. Si, en respuesta a la firme disposición del público, el nuevo gobierno emprende acciones que reboten, o resulten imprudentes, tendrá que asumir las consecuencias políticas. Con todo, a diferencia del estado de ánimo prevaleciente durante los últimos gobiernos, existe hoy un apoyo generalizado a acciones



una compleja trama de relaciones entre Europa Occidental y Oriental, relaciones que permiten a Europa Occidental alcanzar autonomía, prosperidad y unidad. Hay pues una diferencia de intereses que es fácil explotar. Incluso al margen de la problemática Polonia, el gobierno de Reagan tendrá que trabajar duro para negociar con nuestros aliados europeos diferencias de percepción de la relación de distensión para encontrar una base común de acción. Tendrá que emprender estas negociaciones con socios que crecientemente reclaman igualdad, piensan con sus propias ideas, difieren entre sí y, desde la perspectiva estadounidense, sostengan frecuentemente posiciones incorrectas. El género de paciencia, firmeza, espíritu de toma y daca necesario para sostener semejantes negociaciones se situa en el extremo opuesto al que aloja a quienes reclaman acciones audaces y simples en nombre del honor nacional.

Es posible que el balance entre oportunidades y constreñimientos resulte harto productivo. Mucho depende de la habilidad del nuevo gobierno para la diplomacia y para la comunicación colectiva con el pueblo estadounidense. El gobierno de Reagan tiene una buena probabilidad de responder a las altas expectativas públicas. Lo que se juega difícilmente podría ser mayor: las recompensas al éxito serían impresionantes, pero el precio de un fracaso sería igualmente alto.

Si un nuevo programa nacional, forjado en el polo conservador del espectro político estadounidense, responde a los intensos deseos públicos de una "Norteamérica firme", alcanza en una medida substancial el éxito, los conservadores habrán ganado una gran victoria en un momento crucial. Veremos entonces, probablemente, un nuevo consenso conservador fluir en el vacío político dejado por el desmembramiento del consenso liberal que ha dominado nuestra vida política durante los últimos 50 años.

Sin embargo, si el gobierno de Reagan fracasa en su esfuerzo por reconquistar el control, de ahí no se sigue necesariamente que la posición liberal resultará beneficiada. Si Reagan resulta incapaz de forjar un programa apropiado para el mundo de los ochentas, y no se ha materializado un programa de oposición constructivo, es menos probable que el país pendulee de vuelta hacia el liberalismo, a que se mueva aún más hacia la derecha, hacia una derecha inmersa en la ideología, con sus villanos, sus cabezas de turco y sus llamados al autoritarismo ultramontano.

Un fracaso del gobierno de Reagan en el frente económico podría desestabilizar a la sociedad estadounidense durante años; los efectos corrosivos de la inflación galopante, añadidos a las otras tensiones de la vida estadounidense, podrían desatar el caos social. Y un fracaso serio en el frente de la política exterior pudiera dejar a los Estados Unidos no sólo

económicamente debilitados, sino con una seguridad nacional tan vulnerable que pudieran resultar conducidos por el pánico a una desesperada aventura militar conducente a una confrontación nuclear.

En suma, es enorme lo que se juega en los esfuerzos del nuevo gobierno para reconducir a una situación controlada nuestros asuntos internos y externos. El ánimo nacional de 1980 aún no refleja el tipo de consenso claro que existió, tanto en materia de política externa como interna, desde finales de los cuarentas hasta mediados de los sesentas. Pero no es alarmista sugerir que si dicho consenso no puede ser recreado ahora, o si los problemas mayores son enfocados en términos excesivamente partidistas o con ánimo beligerante, la política partidista misma de este país puede estar en cuestión.



Notas

1. *Time*/Yankelovich, Skelly and White, mayo 14, 1980.
2. *Ibid*, diciembre 12, 1979.
3. ABC/Harris, enero 22, 1980.
4. ABC/Harris, marzo 24, 1980.
5. ABC/Harris, mayo 24, 1980.
6. Penn and Schoen, por cuenta del Garth Report para The New York Stock Exchange, citado en *Public Opinion*, junio de 1980, p. 30.
7. Encuesta YSW, 1980.
8. CBS/*New York Times*, enero 9, 1980.
9. Encuesta YSW, 1980.
10. *Time*/Yankelovich, Skelly and White, mayo, 1980.
11. National Tax Shelter Digerst, citado por *The New York Times*, enero 1, 1980.
12. "Power to the People", *The New York Review of Books*, septiembre 25, 1980: para una discusión más detallada de este tema, cf. Daniel Yankelovich: *New Rules: Searching for a Self Fulfillment in a World Turned Upside Down*, New York, Random House, de aparición próxima, 1981.
13. *Time*/Yankelovich, Skelly and White, marzo, 1980.
14. Daniel Yankelovich, "Farewell to President Knows Best", *Foreign Affairs*, "America and the World 1978", pp. 670-693.
15. William Watts and Lloyd A. Free, "Nationalism, Not Isolationism", *Foreign Policy*, otoño, 1976, pp. 3-26.
16. CBS/*New York Times*, junio 1978.
17. NBC/Associated Press, enero 1980.
18. Gallup Index No. 178, junio 1980.
19. ABC/Harris, No. 25, febrero 26, 1980.
20. CBS/*New York Times*, enero 1980.
21. Gallup por cuenta del Chicago Council on Foreign Relations. Véase John E. Rielly, ed., *American Public Opinion and U.S. Foreign Policy*, Chicago: The Chicago council on Foreign Relations, p. 16.
22. ABC/Harris, diciembre 3, 1979.
23. YSW/Encuesta 1980.
24. CBS/*New York Times*, noviembre 16, 1980.

Elizabeth Bishop

POEMAS

EL MAPA

La tierra yace en el agua; está sombreada de verde.
Se sombrea, o se submerge quizás, a los lados
marcando la línea de largos, yerbosos acantilados
donde las algas cuelgan, desde el azul puro hasta el verde.
¿O es que se inclina la tierra a levantar el mar desde abajo,
imperturbado, ciñéndolo a su costa?
¿A lo largo de la rubia concha arenosa
está la tierra jalando al mar desde abajo?

La sombra de Terranova yace lisa y quieta.
El amarillo del Labrador, allí donde lo aceitó
el esquimal alunado. Podemos acariciar
estas adorables bahías bajo el vidrio
como capullos prensados
o como limpias peceras de invisibles peces.
Los nombres de los pueblos costeros se salen al mar,
los nombres de las ciudades cruzan montañas vecinas.
—Aquí el impresor sintió el mismo júbilo
de cuando la emoción por mucho sobrepasa su causa.
Estas penínsulas toman el agua entre el pulgar y el índice
como las mujeres tocan la suavidad de las telas.

Las aguas demarcadas, más quietas que la tierra,
dejan a la tierra la conformación de sus olas:
La liebre de Noruega corre hacia el Sur nerviosa,
perfiles investigan el mar desde la tierra.
¿Están ya asignados o los países pueden escoger sus colores?
Según convenga al carácter o a las aguas nativas.
La topografía no tiene favoritos; tan cercano el Oeste como el Norte.
Más delicados que los del historiador son los colores del cartomancista.

PREGUNTAS DE VIAJE

Hay aquí demasiadas caídas de agua; los acumulados arroyos
se apresuran demasiado al mar,
y la presión de tantas nubes en la cima de las montañas
los hace derramarse a los lados como en suave cámara lenta,
volviéndose cascadas ante nuestros mismos ojos.
Pues si esos hilachos brillantes, llorando a lo largo de millas,
no son todavía cascadas,
en una era veloz, o algo así, como las que aquí ocurren
lo serán.
pero si los arroyos y las nubes siguen viajando, viajando,
las montañas parecen los cascos de buques volcados,
llenos de lama y de lapas.

Traducción de
Verónica Volkow

Piensa en el largo viaje a casa.
¿Debimos quedarnos allí y sólo pensar este sitio?
¿Dónde estaríamos ahora?
¿Está bien ser espectadores de una escena
en éste —el más extraño de los teatros?
¿Qué infantilismo nos apresta, mientras nos queda aún aliento,
a mirar el sol del otro lado?
¿El más pequeño picaflor verde del mundo?
¿Mirar una vieja e inexplicable obra de piedra,
inexplicable e impenetrable,
desde cualquier punto de vista,
sólo instantáneamente vista y siempre, siempre, asombrosa?
¿Debemos soñar nuestros sueños y además tenerlos?
¿Hay sitio aún para un nuevo atardecer doblado,
bastante cálido todavía?

Pero hubiera sido una lástima sin duda
el no haber visto los árboles a lo largo del camino,
exagerados realmente en su belleza,
no haberlos visto gesticulando
como mimos nobles, vestidos de rosa.
—El no haberse detenido a cargar gasolina y escuchado
la tonada triste de dos notas
de disparatados zuecos de madera
distráidos golpeando
el grasiento piso de la gasolinera.
(En otro país los zuecos habrían sido probados,
y cada par allí tendría idéntico sonido).
Una lástima el no haber escuchado
la otra música menos primitiva del gordo pájaro pardo
que canta sobre la bomba rota de gasolina
en una iglesia de bambú del barroco jesuita:
tres torres, cinco cruces de plata.
—Sí, una lástima, el no haber
borrosa e inconclusamente elucubrado
sobre las conexiones que pudieran existir por siglos
entre el calzado más burdo de madera
y las cuidadosas afectaciones
de las fantasías talladas en las jaulas de madera.
—El no haber estudiado nunca historia
en la débil caligrafía de las jaulas del canto de las aves.
—Y el no haber escuchado nunca la lluvia
tan parecida al discurso de los políticos:
dos horas de oratoria incesante
y luego un súbito silencio dorado
en que el viajero saca un cuaderno y apunta:

“¿Es una falta de imaginación la que nos lleva, acaso,
a visitar lugares imaginados y no quedarnos en casa?
¿O puede que Pascal no acertara del todo
al permanecer tan sólo sentado en silencio en su cuarto?
Continente, ciudad, país, sociedad:
la elección no es nunca amplia, ni es nunca libre.
Y aquí, o allá... No. ¿Debimos quedarnos en casa,
dondequiera que ésta se encuentre?

Julieta Campos

EL COMPROMISO SILENCIOSO

Una oscura ansiedad pesa sobre la imaginación contemporánea. La literatura combina símbolos y, mediante una trasmutación que no es mecánica, organiza y da sentido al caos del mundo. Lo ha hecho desde el principio, preservando un espacio donde el escándalo de la muerte puede ser rescatado para la vida. La violencia, la opresión y el horror han acompañado, también desde el principio, el destino de los hombres. La literatura nunca los ha ignorado, pero su alquimia siempre permitió buscar en el espacio de lo literario, como decía Freud, "una compensación al empobrecimiento de la vida". Innumerables han sido los recursos de los escritores de todos los tiempos para reconciliar, en las visiones de su imaginación, el contradictorio desorden de lo real y acaso toda la literatura sea, como quiere Lévi-Strauss del mito, una fórmula para conciliar la oposición esencial entre vida y muerte. Si la literatura ha podido hacerlo es porque su reino no es de este mundo. O, mejor, porque el Otro Mundo que instaura, el de lo Imaginario, crece a expensas de éste, lo corrige, lo altera, lo impugna. La invasión de las vidas individuales por una historia trabajada, como nunca antes, por la pulsión de muerte es responsable de esa oscura ansiedad que pesa sobre la imaginación contemporánea. La amenaza de exterminio total, que ha desplegado en nuestro siglo múltiples modalidades, modifica esencialmente a la sensibilidad. Más acá de ese nuevo factor inevitable para cualquiera que viva en esta época, las múltiples circunstancias concretas proporcionan otros muchos que también estarán presentes, a veces por su ausencia, en la obra de los escritores de nuestro tiempo. Pero los caminos de la imaginación son misteriosos y nunca podrán reducirse a esquemas ni a recomendaciones moralizantes o utilitarias.

Hablar de la "responsabilidad social" o del "compromiso" del escritor puede volverse —y de hecho así suele ocurrir— un desaprensivo manejo de carnadas demagógicas y, en el mejor de los casos, un ejercicio más de retórica huera, una inútil repetición de lugares comunes. Si he elegido este tema para mi ponencia en el Segundo Congreso de Escritores de Habla Española lo hago con la preocupación de evitar esos riesgos y de procurar devolver el tan traído y llevado "compromiso" a los límites y dimensiones que podrían justificar el uso de esa palabra para aludir a una función propia del oficio de escritor.

Me parece evidente que las obras de creación, incluyendo a la literatura, son pulmones para la sociedad que, sin ellas, respiraría cada vez con más dificultad hasta languidecer asfixiada. La necesidad del arte es la imprescindible necesidad de lo prescindible, de lo innecesario. La civilización descansa, en buena medida, en el reconocimiento al artista —incluyendo al escritor— de la vital utilidad de su inutilidad. Vivimos en una época que difícilmente acepta el valor de algo

que no sirva "para otra cosa", para venderse y consumirse como mercancía o para venderse y consumirse como propaganda. Quizá por eso las obras plásticas son más codiciadas en el mundo donde priva el valor-mercancía y las obras literarias son objeto a la vez de sospecha y de afán de orientación en el mundo donde la ideología se ofrece como el principal objeto de consumo.

Quizá nunca como ahora haya sido tan válido mirar hacia los orígenes del hecho literario y recordar su naturaleza gratuita, su parentesco con el juego. Un juego muy serio, sin duda, del que dependen notablemente la preservación de la cultura y del espíritu. Un juego que consiste en ir llenando los huecos de lo real y en descubrir un diseño que organice lo disperso del mundo. Un juego que convierte a Aldonza en Dulcinea y en temibles guerreros a los molinos de viento. Un juego que nos induce a leer el mundo como si fuera un libro de una manera tan convincente que los demás, al leer el libro resultado de aquella lectura, estén dispuestos a aceptarlo como la lectura más veraz del mundo. Un juego que sólo puede jugarse si al escritor le es dado preservarse un sitio un poco al margen que le permita darle a la palabra un uso lúdico y no moralizante.

El texto literario filtra lo más indecible, esos movimientos muy profundos que ni el lenguaje cotidiano ni el discurso reflexivo registran. Es verdad que no sólo eso dirá el texto porque en el proceso de creación se irán añadiendo los proyectos de la conciencia que razona y racionaliza. Pero sin aquel núcleo el texto nacería muerto. Siempre han sabido los escritores (y pocos lo han hecho explícito con tanta precisión como Flaubert) que no eligen ni sus temas ni sus personajes sino que, al revés, son elegidos por ellos, que se aparecen sin avisar, a lo mejor (como cuenta García Márquez de un cuento que todavía no escribe) mientras el escritor mira cómo el electricista se las arregla para componer un desperfecto de la instalación que ha venido a estropearle una reunión con amigos. Lo que aflora, por supuesto, se había venido sedimentando pero ese limo asentado, hecho de estímulos del mundo y de respuestas del sujeto, no sale a la superficie por mandato de la voluntad, ni de la conciencia que razona, ni de la conciencia moral: brota por caminos secretos y por motivos imponderables a los que no hay por qué tratar de inmovilizar con el alfiler de un hombre científico.

En los cuentos maravillosos, acaso los relatos más arcaicos, todo sucede a partir de una carencia y tiende a repararla: las aventuras del héroe llenan los huecos que la realidad no había sabido llenar. Todo cuento maravilloso es una metáfora de la literatura: es el deseo el que moviliza la fantasía y luego moverá la mano del escritor para que llene de signos el vacío de una página. La imaginación es el puente entre la carencia y su reparación. Lo que colma lo imaginario no po-



dría colmarlo la realidad. Lo imaginario es el encuentro imprevisible de vínculos que la vida cotidiana había escamoteado. Y se constituye porque el artista, incluyendo al escritor, goza de un privilegio inquietante e inquietador: los vasos comunicantes entre el magma donde se gestan el deseo y los sueños y la vigilia de la conciencia no se han obturado y por ellos circula la savia que germina la obra. Lo que dice el texto viene a impugnar lo que dice esa instancia vigilante que instaura prohibiciones y que representa a la imagen paterna: triunfo del principio del placer sobre el principio de realidad, toda obra de arte es un acto de rebeldía, una disidencia. Lo que el creador organiza con la imaginación es lo que permanecía reprimido en el inconsciente: lo que no se constituía como lenguaje, lo que hasta entonces había sido lo indecible, lo que no era discurso. Eso es lo que aflora en la obra. El escritor, como cualquier artista, es siempre un impugnador. El arte realiza el deseo en el espacio simbólico de lo Imaginario y el deseo (sería iluso ignorarlo después de Freud) impugna a la Ley. Por eso, justamente, resulta ineficaz cualquier intento de establecer controles, desde afuera o desde arriba, sobre la creación.

Es verdad que el arte es un hecho social porque es un hecho de cultura pero es, dentro de la cultura, el que asume la soberanía del deseo y el imperativo de la transgresión. El escándalo del arte y la literatura es que siempre revelan la insuficiencia del mundo. Si se pretende dictarles lo que deben decir es justamente para impedir que lo hagan. No se equivocaba Nietzsche cuando suponía que ningún artista tolera lo real. Thomas Mann aludía a esa "especie de oposición a la realidad, a la vida, a la sociedad" que es propia de quienes se han consagrado a la palabra. Lo imaginario se constituye con muchos fragmentos de lo real pero combinados de otra manera. Y en esa pretensión de abolir la realidad que impulsa a la creación está implícita la desconfianza que tiene el creador de la posibilidad de una transformación real del

mundo real. Por lo menos, de su propia capacidad para intentar esa transformación.

Las ideologías, que son racionalistas y tienen que ver con lo que el psicoanálisis llama el Super-Yo, pretenden "recuperar" a la literatura, que es impugnación porque tiene que ver con lo reprimido, para quitarle su carga de profundidad. La manipulación ideológica, que propicia una toma de posición manifiesta, en la denuncia o en la apología, desconoce la esencial ambigüedad del arte. El texto literario, porque es poético, irradia una constelación de significados y será tanto más rico cuanto pueda desplegarse a partir del texto una cauda de ecos más amplia. Si la obra de arte tiene tanto de enigma o de adivinanza, como advertía Adorno, la respuesta al enigma o a la adivinanza no es jamás una sola. Es un enigma que reclama y admite respuestas múltiples.

Algunos escritores describen el fluir de la escritura hacia la página como un "dictado". Pero ese dictado procede del mismo reservorio donde se compone el argumento de los sueños. Cualquier dictado de otra procedencia se vuelve, lastimosamente, dictadura. La situación del poeta dentro de la República ha dado muchas vueltas desde que Platón, en aras de lo que luego daría en llamarse "razón de Estado", optó por rendirle todos los honores y enviarlo al exilio. Platón sabía lo difícil que puede ser reconciliar las razones del poeta con las razones del Estado: si las del poeta nunca están libres de sospecha es porque la palabra poética siempre ha sido, en alguna medida, el "discurso prohibido". ¿Cómo podría ser de otra manera si es lo que consigue filtrarse y decirse de lo indecible del deseo?

La desconfianza hacia una u otra forma de expresión artística es tan antigua como la cultura. El teatro desapareció durante siglos al advenimiento del cristianismo y si los espartanos prohibían música, danza y poesía, Islam y judaísmo rechazan por igual las representaciones plásticas. La censura absoluta es la expresión más grave de las demandas

impuestas desde afuera al creador y su obra. Parte de un malentendido: el arte puede corromper o moralizar. Y desconoce lo más íntimo de su naturaleza: que su dominio es lo Imaginario, su economía la del placer y las únicas reglas a las que sabe obedecer son las reglas de su propio juego.

Las pretensiones de rescatar al poeta para los fines de la República son peligrosas. Imbuido de un tentador mesianismo que lo solicita por todas partes para instarlo a constituirse en "conciencia moral" de la sociedad, puede olvidársele también a él que la obra surge de ese espacio interior donde se imbrican misteriosamente Eros y la Muerte. La experiencia de la literatura abarca todas las manifestaciones de la vida y cada escritor vive a su manera ese movimiento pendular entre la belleza y el dolor que era para Camus la esencia de su vocación. Escribir sería transitar entre la soledad de la experiencia estética y la solidaridad de la experiencia ética. La intensidad con que se acentúa una u otra vivencia puede variar pero la literatura dejaría de ser arte para pasar a ser moraleja si consintiera en volver explícita su denuncia o cambiara su implícita disidencia por el plato de lentejas que podría proporcionarle la apología de un orden establecido. Entre la marginación y la absorción por las instituciones del poder oscila, según sistemas y latitudes, la suerte del escritor contemporáneo. Por aquí se le tolera, haciendo como que se ignora su testimonio de la imperfección del mundo, y por allá se le cerca o se le expulsa, pretendiendo arrancarle el testimonio del advenimiento de un mundo perfecto.

Como del amor, podría decirse de las razones del arte, que sus razones son tales como la razón no conoce. Dos escritores que han escrito excepcionalmente en nuestra lengua lo dicen casi con las mismas palabras: "Las opiniones políticas son superficiales... la literatura debe tener la libertad de la imaginación, la libertad de los sueños. He tratado de que mis opiniones no intervengan jamás en lo que escribo; casi preferiría que no se supiera cuáles son. Si a mí un cuento o un poema me salen bien, me salen de algo más profundo que de mis opiniones políticas, que posiblemente son erróneas y están dictadas por las circunstancias" (Borges); "En el momento de la creación aflora a la conciencia la parte más secreta de nosotros mismos... La poesía vive en las capas más profundas del ser, en tanto que las ideologías y todo lo que llamamos ideas y opiniones constituye los estratos más superficiales de la conciencia" (Paz). Otro de los nuestros, Alfonso Reyes, lo había dicho a su manera: de todas las formas de conocimiento es la más honda la literatura porque lo que muestra es la esencia misma de la vida.

Sólo resultados precarios y deleznales pueden esperarse de cualquier intento de encaminar la creación, de regirla o de coartarla con fines utilitarios. La vinculación de la escritura, en sus orígenes, con los fines de preservación y transmisión de los ordenamientos del poder parece seguir pesando sobre el escritor de nuestro tiempo al que se le atribuye muchas veces una función clerical de "escriba" o consolidador de sistemas. Nadie desconoce cómo los controles sólo sirven para abortar, antes de que se manifieste, el entusiasmo creador. Pero el utilitarismo didáctico es igualmente inoperante cuando se manifiesta con el signo contrario: cuando se pretende que esa crítica implícita a la realidad que es la literatura se trivialice para servir, explícitamente, a propósitos de denuncia o de propaganda. No es el contenido ideológico lo que hace de toda literatura, sin excepción, un discurso de protesta. Ninguna obra auténtica es la celebración de un orden sino el ofrecimiento de algo que la realidad no da, la satisfacción de una promesa que sólo es formulable en el espa-

cio de lo imaginario: su condición única es la libertad. Por eso sólo con la libertad puede comprometerse legítimamente el escritor. Y la libertad, signo que rige a la literatura como a todas las expresiones del arte, es más propia del juego que de la virtud.

¿Cómo negar que al escritor le gustaría mejorar al mundo? ¿Cómo suponer que podría dejar de soñar con un tiempo en el que la poesía se hubiera derramado de los textos para tejer la textura de la vida? Pero los propósitos de instalar a la imaginación en el poder cuidando, a la vez, de dejarla circular libremente por todas las arterias de la sociedad han fracasado hasta ahora. Yo me pregunto si lo real podrá llegar a satisfacer, en algún futuro, esas demandas que los hombres han tenido que colmar siempre con lo imaginario. Mientras tanto, el escritor mejora al mundo, sí, pero en tanto que revela lo que no estaba a la vista, en tanto que reconcilia lo que la vida confunde en la dispersión de su caos, en tanto que ofrece el texto que es obra de su imaginación como un reducto de libertad.

He ahí, pues, lo que determina el único compromiso que su peculiar función le permite asumir al escritor: el compromiso de la libertad. Un compromiso que lo obliga a decir lo que tiene que decir de la mejor manera posible. Un compromiso que lo obliga a no admitir otra vigilancia sobre sus textos que la que él mismo es capaz de ejercer: la vigilancia de la sinceridad, de la autenticidad y de la fidelidad a su visión. Libre de escuchar las voces que lo habitan, el escritor dirá lo que tenga que decir acerca del amor, el tiempo, la muerte, la opresión, el dolor y aquel impulso que, con el signo del amor, persiste en negar al dolor, la opresión y todos los demás rostros que, marcados por el tiempo —es decir, por la historia— asume la muerte.

Las fronteras entre civilización y barbarie son frágiles. No podemos prescindir de la libertad porque tantas veces haya sido mistificada. Tampoco podemos desplazarla a un futuro mítico, de cuyo advenimiento no tenemos ninguna certidumbre. Nuestro siglo ha conocido esperanzas decepcionadas, paraísos a los que se les ha puesto barrotes, sueños de libertad con pan y con justicia en los que alguno de los términos resulta siempre escamoteado. Un escritor sincero tiene que defender la libertad de creación, que jamás será un dudoso privilegio sino la garantía que tiene toda la sociedad de conservar saludables sus pulmones y de no dejarse invadir por la selva. El juego del escritor concierne a todos. La verdad de la literatura siempre ha sido y será sospechosa para grandes y pequeños inquisidores: es subversiva porque siempre está en rebeldía contra lo real. Cuando la creación languidece un tufo de enfermedad y encierro ha empezado a invadir, seguramente, el ámbito social que acaba por adquirir ese aire patético de los paseos de presos, en fila, alrededor de un patio cuadrado cuyos muros tocan el cielo. El instinto de muerte, que siempre ha obrado en la historia, no había conocido jamás la atroz desmesura que la perfeccionada tecnología del progreso le ha desatado en nuestra época. Auschwitz, Hiroshima, Vietnam y El Salvador y todos los sitios de tortura, las cárceles y los cementerios anónimos de América y también el Gulag ensombrecen la esperanza de la derrota final de los fúnebres jinetes por el joven dios jubiloso que ya en 1930 ponía en duda, con tanta lucidez, un viejo médico judío nacido en Viena. Sin embargo, algo se gana para la vida cada vez que, en alguna parte, un hombre o una mujer, frente a una página vacía, se dispone a no mentir sobre lo que ha aprendido de la vida y de la muerte. Ese es el verdadero compromiso: el silencioso, secreto heroísmo al que obliga el oficio de escribir.

Leopoldo Solís

LOS ALIMENTOS EN AMERICA LATINA

I. AMERICA LATINA Y LA ALIMENTACION

A. El problema de la escasez de alimentos ha llamado la atención de los gobiernos de todos los países del mundo; América Latina no ha sido la excepción.

En general, esta región es autosuficiente desde el punto de vista alimentario, pues el superávit comercial de alimentos se incrementó de 4.8 millones de toneladas métricas en 1970 a 16.2 en 1978. Sin embargo, en el renglón específico de los cereales la situación es diferente; en 1970 América Latina produjo 71.4 millones de toneladas métricas, y en 1978 84.0 millones, que representaron un incremento de 17.6%, mientras la población, durante el mismo periodo, aumentó en 24.3%. En el caso de México la situación es similar, como se observa en el siguiente cuadro.

Cuadro 1
Crecimiento relativo de población y de alimentos en 1978
1970 = 100

	<i>Población</i>	<i>Alimentos*</i>	<i>Cereales</i>
Mundial	16.3	7.8	30.2
América Latina	24.3	28.2	17.7
México	30.1	36.5	20.0

* Incluye frutas, legumbres, carnes y lácteos.

Fuente: Anuario FAO de Producción 172, 1975, 1978.

Lo anterior trajo como consecuencia no sólo que América Latina viera disminuir su participación en el total de las exportaciones de cereales, sino incluso que llegara a convertirse en importadora de tales productos.

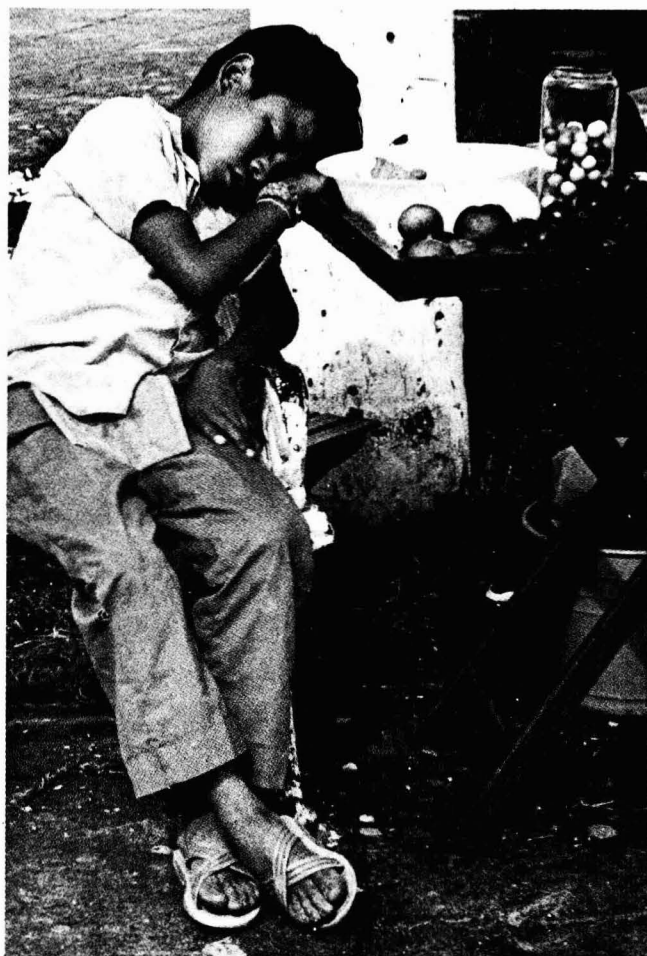
Cuadro 2
Comercio Exterior de Cereales
1970 = 100

	<i>Exportación</i>		<i>Importación</i>	
	1975	1978	1975	1978
Mundial	44.0	66.7	41.9	67.4
América Latina	- 12.8	16.1	85.7	131.7
México	- 58.9	- 20.4	356.3	231.9

Fuente: Anuario FAO de Comercio Exterior.

La situación es paradójica, pues las condiciones climáticas y naturales de América Latina deberían hacer de la agricultura un sector de alto crecimiento.

Por otro lado, en contraste con los resultados del cultivo de cereales, en la producción de otros alimentos (frutas, le-



Fotografías de Paulina Lavista

gumbres, carnes y lácteos) América Latina presenta incrementos mayores que el de su población. (Cuadro 1)

Sin embargo, la mala distribución del ingreso que caracteriza a América Latina dificulta el acceso de los sectores pobres de la población al consumo de estos alimentos. Al mismo tiempo, lógicamente aumenta su demanda de aquéllos que su capacidad de compra les permite consumir, lo que implica graves déficit nutricionales, que difícilmente se resolverán por la simple actuación de las fuerzas del mercado.

En efecto, si se analiza la información del cuadro 3, se observa la disparidad en el consumo de calorías y proteínas entre los grupos con diferente nivel de ingreso. De sobra se sabe que en muchos países latinoamericanos gran parte de la población (entre 35 y 55%) consume menos de 2000 calorías por día.

Cuadro 3

País	Consumo de calorías diario por estrato de ingreso			Consumo de proteínas diario por estrato de ingreso (g.)			Requerimientos mínimos	
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto	Calorías	Proteínas
Brasil	1 883	2 679	3 059	51.9	86.1	114.7	2 317	40.2
Costa Rica	1 991	2 633	4 112	47.2	69.6	122.9	2 310	41.3
El Salvador	1 345	2 128	3 695	30.0	50.1	101.4	2 288	40.7
Guatemala	1 326	2 362	4 234	30.7	56.9	129.7	2 306	41.1
Honduras	1 465	2 661	4 590	33.3	65.0	136.8	2 025	40.7
Nicaragua	1 767	2 704	3 931	46.6	72.5	111.9	2 280	10.4
Perú	1 930	2 275	2 218	56.2	70.6	72.0	2 304	41.4

Fuente: FAO, Perspectivas para el desarrollo y la integración de la agricultura en Centroamérica, Vol. II.

Pedro Tejo "Proyecto sobre medición y análisis de la distribución del ingreso en países de América Latina". Un método para estimar consumos mínimos de alimentos para los países de América Latina, CEPAL, Div. Estadísticas, Nov./76.



Si la situación y las tendencias persisten, de acuerdo a estimaciones de la FAO la mayoría de los países de América Latina pronto serán importadores de productos agrícolas, principalmente alimentos. Esto provocará fuertes presiones en sus balanzas de pagos, y la pobreza continuará siendo un problema de graves proporciones.

Ante la situación planteada, la hipótesis central de este trabajo es que, aplicando políticas y acciones adecuadas, América Latina puede resolver su problema alimentario. Entre las ventajas que esto conllevaría, hay que destacar el mejoramiento de la dieta de su población, el mantenerse como un proveedor de alimentos para el resto del mundo, el reducir el nivel de desempleo y el aliviar la pobreza en las zonas rurales.

Dichas políticas y acciones deberán estar encaminadas a lograr algunos de los objetivos del desarrollo denominado integral.* Entre los mismos, por su importancia mencionamos los siguientes: lograr un alto crecimiento económico,

aumentar el nivel del empleo, mejorar la distribución del ingreso y satisfacer las necesidades básicas.

B. A continuación se analizan algunas opciones por medio de las cuales se ha querido mejorar el nivel alimentario de los estratos bajos de la población. Para este fin en la primera parte se describen las fuentes de desarrollo agrícola y lo que la adopción de ciertas políticas en torno a esto ha propiciado; en ocasiones se toma a México como país representativo del área.

Posteriormente se explica cómo mediante la aplicación de otros mecanismos, particularmente en el sector comercio, puede lograrse una revitalización en el proceso de desarrollo económico. Para esto nos concentramos en el análisis específico del mercado de los productos agrícolas.

Por último, se propone una serie de medidas cuyo objetivo será que el proceso de distribución de mercancías se torne eficiente.

II. FUENTES DE DESARROLLO AGRICOLA

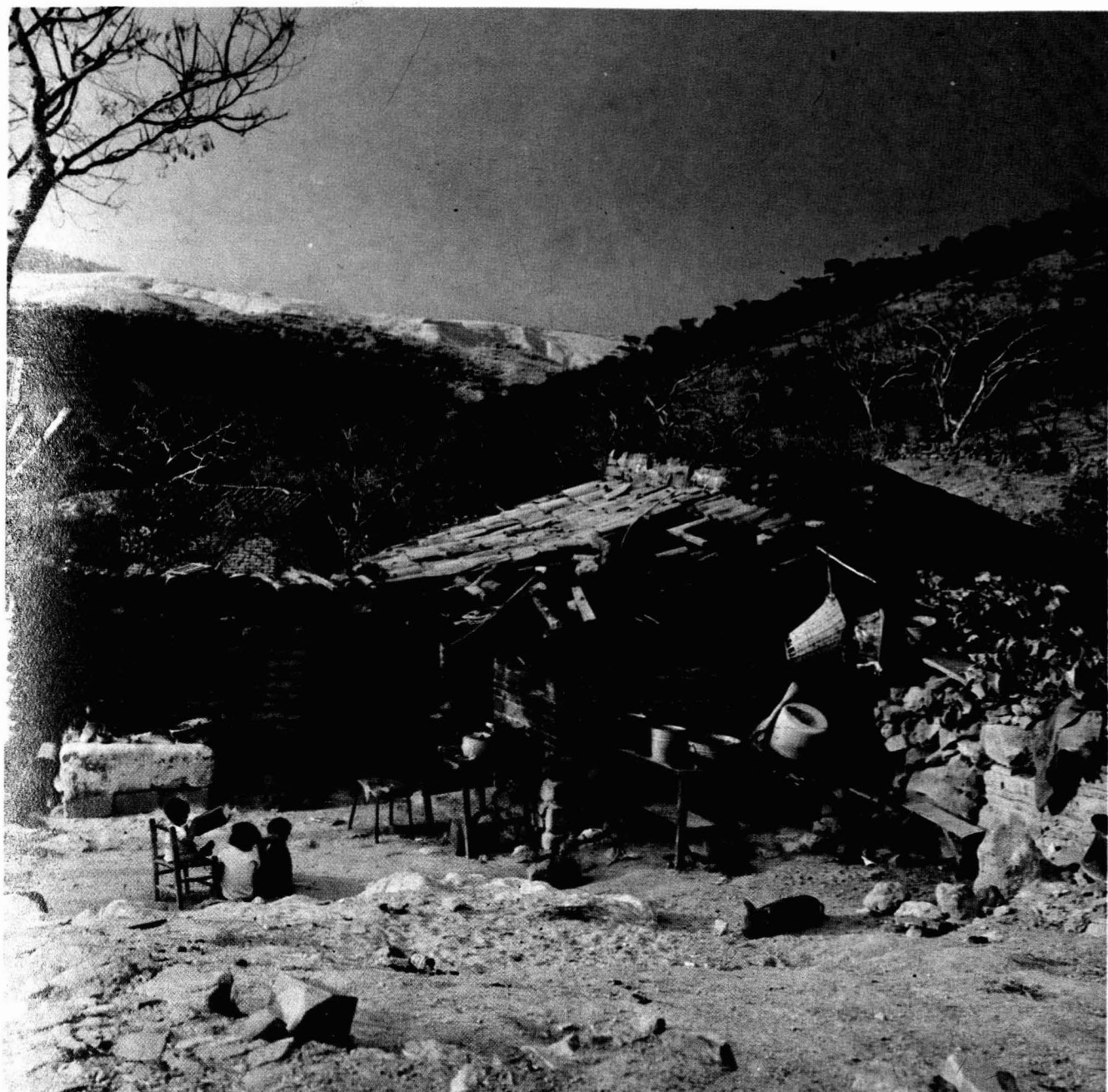
El potencial de crecimiento de los sectores agrícolas de América Latina, basado sobre todo en sus recursos naturales y en el dinámico sistema de investigación tecnológica que muchos gobiernos están instrumentando, puede coadyuvar al logro de los objetivos de desarrollo señalados.

El caso específico de México es un buen ejemplo, ya que en sólo unos cuantos años la producción agrícola del país se ha elevado sustancialmente. En 30 años (1940-1970) la producción de maíz se incrementó en más de 250%; la de trigo creció más de ocho veces en sólo 20 años (1950-1970), y la de sorgo, en apenas 15 años, aumentó de 30 mil a más de dos millones de toneladas.

La mayor parte de estos incrementos ha sido posible merced a nuevas técnicas de producción que aumentan la productividad de los recursos. Desafortunadamente, estas nuevas técnicas han sido adoptadas sobre todo por agricultores que controlan una cantidad de recursos relativamente grande, lo que ha concentrado el desarrollo tecnológico sólo en una parte del sector agrícola.

Así, en México, al igual que en casi todos los países de

* Para un tratamiento y definición de este concepto, véase Leopoldo Solís, *Alternativas para el desarrollo*, Joaquín Mortiz, México, 1980.



América Latina, el sector agrícola está dividido en dos grupos. Por un lado se encuentra un subsector llamado moderno, cuya producción se orienta al mercado, que utiliza técnicas de producción avanzadas y que puede ajustarse rápidamente a situaciones económicas cambiantes.

Por otro lado está el subsector tradicional, que utiliza técnicas productivas atrasadas, cuya situación es estática y donde la mayor parte de la producción se orienta al autoconsumo.

El crecimiento de la producción agrícola experimentado en algunos países latinoamericanos ha sido sustentado principalmente por el subsector moderno, ya que el cambio tecnológico fue inicialmente promovido para apoyar y desarrollar la agricultura comercial. Lo anterior ha traído como consecuencia el empeoramiento de la mala distribución del ingreso. Esto se refleja no sólo inter e intrasectorialmente, sino también desde un punto de vista geográfico, como lo de-

muestra el hecho de que en México la pobreza extrema se concentre en comunidades rurales con menos de diez mil habitantes, lo cual confirma que la dispersión rural y el estancamiento agrícola, junto con su contraparte, la concentración urbana, representan problemas centrales en la distribución del ingreso.

Todo lo anterior es un indicio de que las fuentes de desarrollo agrícola estén incompletas, lo que ocasiona que las políticas instrumentadas no alcancen totalmente los objetivos que persiguen.

El análisis del desarrollo agrícola centra su atención en el uso y en el mejoramiento de los factores de la producción, como la tierra, el capital y la mano de obra, cuyas diversas combinaciones definen una determinada tecnología de producción. Existen modelos de desarrollo agrícola que sugieren la creación y la difusión de técnicas de producción que ahorren los insumos cuya oferta es relativamente inelástica y

utilicen los que son relativamente abundantes.*

En cuanto a la demanda, sus desplazamientos complementan las explicaciones sobre el proceso del desarrollo agrícola, ya que generan incentivos para incrementar la oferta de productos agrícolas.

Lo anterior plantea un análisis parcial del crecimiento del sector agrícola, pues excluye otros componentes altamente significantes, como el nivel de eficiencia del sistema comercial de los bienes agrícolas.

El sector terciario de una economía, particularmente el sector comercio, puede asumir un papel muy activo en el proceso de desarrollo, estimulándolo o retardándolo, según sea la prioridad que se le asigne en los planes de política económica.*

En la actualidad el sistema comercial de América Latina no ha contribuido tan vigorosamente como podría al desarrollo económico y ha sido relativamente olvidado en los programas de desarrollo.

Un sistema de comercialización eficiente es de vital importancia para países en vías de desarrollo, porque apoya el crecimiento de la producción agrícola y puede desempeñar un papel central en el mejoramiento de la distribución del ingreso y en la satisfacción de las necesidades básicas. Por esto el sector comercial debe aparecer a la cabeza en el proceso del desarrollo económico, pues a través del mismo es posible influir en la oferta y la demanda de alimentos para acelerar el crecimiento económico.

A medida que la demanda se incrementa, se estimulan los precios de los bienes agrícolas, así como el crecimiento del sector y de todas las actividades relacionadas con el mismo; sin embargo, si el sistema de comercialización es ineficiente, se transmitirán señales económicas equivocadas a los sectores correspondientes, lo cual dificultará la inversión.

Entre las características de un sistema de comercialización ineficiente tenemos las prácticas monopólicas del mercado agrícola, la gran magnitud y redundancia de la cadena de distribución, la inestabilidad de los precios, el congestionamiento en el sistema de transporte y los altos costos de operación.

Por otra parte, ampliar las perspectivas tecnológicas de producción y mejorar la disponibilidad de insumos con el fin de incrementar la producción agrícola no es suficiente. Si los efectos de tales medidas en el ingreso del sector agrícola son limitados, debido a los grandes márgenes de comercialización y a las pérdidas físicas de elevadas proporciones, el beneficio para la economía será reducido.

El buen funcionamiento de los mercados agrícolas es relevante, en tanto que éstos constituyen un componente importante para impulsar y promover el desarrollo agrícola y la disponibilidad de alimentos. Existe un sinnúmero de problemas en el proceso de comercialización que pueden frenar el desarrollo económico de un país. Para ejemplificar, a continuación nos ocuparemos de la problemática de los mercados de granos y otros bienes alimenticios no perecederos, y después de los mercados de frutas y verduras.

Granos y otros bienes alimenticios no perecederos

Una característica importante del mercado de granos en los países en vías de desarrollo, es que existe un gran número de empresas para comercializarlos, instituciones generalmente del sector público, que persiguen un gran número de objetivos, muchos de los cuales llegan a ser contradictorios entre sí.

Entre los objetivos que con mayor frecuencia se mencionan tenemos: mejorar el poder de negociación de los productores agrícolas en los mercados internos e internacionales; mejorar la organización y las prácticas comerciales; estabilizar precios e ingresos; obtener recursos para la investigación, la promoción y los servicios de extensión; mantener reservas adecuadas de bienes básicos; proveer con alimentos de bajo precio a los consumidores urbanos, etc.

Desafortunadamente algunos estudios han mostrado la escasa influencia, o incluso los efectos negativos, de las políticas de precios tendientes a incrementar la producción y el ingreso rural. En años recientes, las políticas agrícolas de precios han hecho hincapié en incrementar la producción y el bienestar de la población, lo que ha originado que las instituciones dedicadas a comercializar estos productos actúen con cierta tendencia a favorecer a la población urbana, ya que mantener bajo el precio de los alimentos, considerados éstos como un bien salario, supuestamente alivia la pobreza, mejora el nivel de nutrición de la población, reduce el ritmo de inflación y, sobre todo, permite un mayor desarrollo de la industria, al mantener relativamente bajos los costos de la mano de obra.*

Cuando se ha buscado estabilizar los precios, con el propósito de beneficiar la producción, no se ha obtenido todo el beneficio esperado, pues dicha estabilización de precios es beneficiosa en la medida en que los productores perciban y reciban los cambios en el precio, mismos que deberán ser transmitidos por el sistema de comercialización de los productos agrícolas. Si a lo anterior agregamos el hecho, generalmente aceptado, de que en el largo plazo la política de precios de garantía no ha logrado seguir la tendencia al alza de los cambios de precios, podemos concluir que las mencionadas políticas no han tenido el éxito esperado. Sin embargo, cabe mencionar que las instituciones de comercialización han tratado de mejorar los canales de comercialización, los sistemas de información y el proceso de planeación comercial.

¿Son eficientes los mercados de granos y cereales? Tal es la pregunta relevante que surge en estos momentos.

Al respecto existe diversidad de opiniones que no permiten apresurarse a dar una respuesta tajante. García* por ejemplo, en sus estudios sobre el mercado de maíz en Veracruz, concluye "...a pesar de imperfecciones o alejamientos del sistema competitivo, el sistema de mercado está trabajando más o menos en forma efectiva"; sin embargo, Vera** duda de la anterior aseveración y afirma que el mercado no puede ser eficiente cuando se tienen costos de operación tan altos como los de CONASUPO, institución encargada de

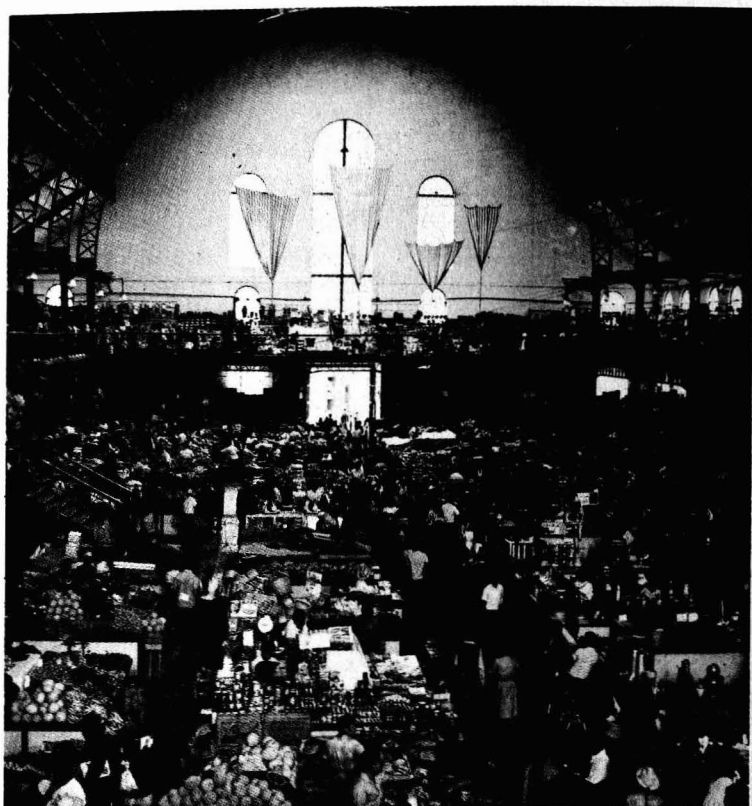
* Ver por ejemplo Yujiro Hayami y Vernon W. Ruttan, *Agricultural Development: an International Perspective*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1970.

* Para una explicación más amplia de la aportación del sector comercio al proceso de desarrollo, ver Leopoldo Solís y Aurelio Montemayor, "Modernización comercial y desarrollo económico", *Comercio y Desarrollo*, noviembre, 1977.

* Para un análisis detallado, ver E. Jones Blalock, *Food Subsidies as Policy Instrument in Developing Countries: Problems and Issues*, marzo, 1981. Mimeo-grafiado.

* P. García, *Market Linkages of Small Farms: A Study of the Maize Market in Northern Veracruz*, tesis doctoral, Cornell University, 1978. Mencionado por Oscar Vera, *An Appraisal of Price Policy for Selected Agricultural Commodities in México*, tesis de maestría, University of York, 1980.

** Op. cit.



instrumentar la política de precios de garantía en México.

El autor especifica que durante el periodo 1973-1975, las ventas de CONASUPO se duplicaron, mientras que sus costos de operación se triplicaron, hasta alcanzar 34.5% del valor de las ventas de 1975. El autor continúa: "el subsidio a CONASUPO, proveniente del Gobierno Federal, representó un 72.2% de los ingresos de esta empresa, en 1975 ...y el beneficiario obvio de esta situación (la expansión en las operaciones), parece haber sido la propia CONASUPO, a través de su aparato burocrático."* Posteriormente el autor añade, "en general la proporción promedio de efectividad para los tres bienes estudiados (maíz, trigo y frijol), fue de 0.256 que puede ser vista como la transferencia promedio para los productores y consumidores por cada peso de subsidio a CONASUPO. Esto es, en promedio, solamente una cuarta parte de tal subsidio llegó en términos reales a los beneficiarios pretendidos" "...Los programas (de CONASUPO) no pueden ser justificados en términos económicos".

Finalmente, Vera concluye "...su principal objetivo de política (de CONASUPO), parece haber sido el evitar la escasez de alimentos y canalizar un subsidio para el consumidor urbano".**

Ante tal situación se transcribe el comentario de Schuh,* en el sentido de que muchas de las políticas para transferir ingresos de un sector a otro, a través de intervenciones en el mercado de productos, mediante políticas de precios —que suelen tener efectos muy pasajeros— deben ser sustituidas por un sistema de impuestos efectivos que movilice recursos más directamente.

* Ibid, 203.

** Ibid, 216.

* Edward Schuh, *Approaches to "Basic Needs" and to "Equity" that Distort Incentives in Agriculture*, p. 323, en libro editado por T. Schultz, *Distortions of Agricultural Incentives*, Indiana University Press, Bloomington, 1978.

El mercado de frutas y verduras

Si la eficiencia de la política de precios y de otras intervenciones directas en la comercialización para granos y cereales, se pone en tela de juicio al considerar sus altos costos, la comercialización de perecederos, principalmente de frutas y verduras, está aún más limitada. En primer lugar, por obstáculos institucionales pero, sobre todo, por reacciones vertiginosas del mercado que una empresa gubernamental, a menos que sea altamente eficiente, difícilmente podrá solucionar.

En este caso, la necesidad de intervenir en el mercado es mayor aun que en el mercado de granos, principalmente por la inestabilidad de los precios, que implica la transferencia de ingresos de los pequeños y medianos agricultores a otros grupos de la economía.

Al analizar a través del tiempo el precio rural de los cultivos de perecederos se descubre que presentan un patrón de "U".* Al inicio de la cosecha, cuando sólo unos cuantos productores tienen disponible el producto, los intermediarios están dispuestos a pagar precios altos. En este momento se dice que existe un mercado de los vendedores.

A medida que otros productores se introducen con su cosecha madura, el precio cae —algunas veces llega a desplomarse— predominando las características de un mercado controlado por los compradores. Si por alguna razón existe un incremento importante en la producción, el precio puede bajar a tal nivel que el productor no recupere ni los costos de producción. Ante tal situación el producto se deja en el campo sin cosecharlo.

Finalmente, al término del ciclo de la producción, cuando

* R. Anson, *Overview of a developing country's fruit and vegetable production and domestic market system: the case of the role and prospects of the Mexican small farmer*. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, noviembre, 1977.

sólo están cosechando algunos productores, la relación se invierte y nuevamente retorna al mercado de los vendedores. Esta situación es perjudicial para el productor. Sus ingresos están condicionados por un proceso de incertidumbre que limita la programación de sus inversiones, la adopción de cambios tecnológicos y, sobre todo, no permite una planeación adecuada de la producción. Así pues, la inestabilidad de los precios es una característica relevante del mercado de los perecederos que merece especial atención.

En el caso específico de México, a pesar de que la producción proviene de diferentes lugares, y se cosecha en diversas épocas del año, la situación no difiere mucho de lo señalado, en cuanto al nivel medio de precios al que la mayoría de los productores venden sus cosechas.

Según Schram, quien encontró estrecha relación entre las fluctuaciones de los precios y el riesgo de la comercialización, lo impredecible de los precios se debe a que casi todo producto puede ser cosechado en cualquier época del año. Y así "muchos productores potenciales entrarán o abandonarán el mercado considerando bases más o menos válidas, dependiendo de su experiencia exitosa o fracaso y en las expectativas sobre los precios".*

A pesar del supuesto implícito de Schram sobre la casi perfecta movilidad de los recursos productivos, es evidente que la escasa coordinación en el envío de la producción provoca la inestabilidad en los precios. Dicha inestabilidad plantea una pregunta: ¿por qué el arbitraje normal del mercado no suaviza las fluctuaciones de los precios?

Teóricamente, en un mercado de competencia perfecta los precios reflejan la información disponible y, como Alchian ha expresado, "...la información completa eliminará la oportunidad de arbitraje redituable, ya que la gente ofrecerá precios mayores cuando éstos son demasiado bajos y ofrecerá precios menores cuando éstos son altos" y así "...los precios no podrán diferir entre sí por una cantidad mayor que los costos de transporte o el equivalente a sustituir el bien en el consumo entre un momento y otro".*

Veamos pues, que los límites para el arbitraje están determinados, para el ciclo del mismo precio, por el costo de transferencia. Así, si los precios se mueven dentro de un margen donde la parte ascendente sea menor que el costo de obtener rápidamente la cosecha, el precio no fluctuará lo suficiente para que aparezca el arbitraje temporal. En otras palabras, si los costos de transacción son altos limitan las oportunidades redituables de arbitraje, por lo que podrá coexistir un uso eficiente de la información del mercado y una variabilidad grande en los precios.

Lo anterior se ajusta al mercado de los perecederos, donde los precios están determinados por las cantidades aleatorias ofrecidas en un periodo muy corto —un día, una semana—. Así pues, el patrón de "U" es notable sólo en periodos que abarquen todo el ciclo del cultivo —dentro de este último se aprecia una fuerte volatilidad de cotizaciones de precios y de condiciones de mercado.

La pregunta ahora es, ¿por qué son tan altos los costos de transacción?

Baligh y Richartz* aseguran que a medida que existe un

número mayor de intermediarios —mayoristas principalmente— la varianza de los ingresos de cada uno de ellos se incrementa. Por lo tanto resulta beneficioso para cada uno tener capacidad de servicio comercial en exceso y así aprovechar los posibles excedentes de demanda que puedan presentarse.

El exceso de capacidad de servicio comercial mencionado implica inventario de grandes volúmenes y altos costos de operación. Además, dada la incertidumbre que afrontan estos comerciantes, sus márgenes de comercialización serán altos, lo que originará una disminución en el ingreso real tanto de los productores como de los consumidores.

III. MODERNIZACION COMERCIAL Y DESARROLLO ECONOMICO

A continuación se describen algunas características del sector comercial y se analizan ciertas posibilidades de cambio para establecer un mercado de alimentos eficiente.

A medida que avanza el proceso de desarrollo económico de un país, el ingreso per cápita se incrementa. Esto ocasiona diversos cambios en la estructura económica, tales como la disminución de la importancia del sector agrícola y el robustecimiento del industrial; la mano de obra tiende a especializarse y comienzan a adoptarse tecnologías más modernas.

Asimismo, el proceso de migración rural-urbano se acentúa, y crece el tamaño de las ciudades. Con esto también se eleva el gasto de los consumidores en servicios de comercialización, tales como transporte de los bienes, almacenaje, empaque, envasado y normalización del producto. De esta manera el sistema de comercialización cobra relevancia, actuando como coordinador entre las actividades estrictamente productivas y las de consumo.

Entre los indicadores usuales de modernización comercial tenemos: la proporción de autoservicio, el tamaño de los establecimientos comerciales, las ventas por metro cuadrado de espacio de ventas, y el grado de integración vertical y horizontal de la actividad comercial.

En la medida en que en un país mejoren estos factores, se reducirá el costo de las transacciones, se lograrán economías de escala, y podrán internalizarse ciertas externalidades que harán las operaciones comerciales redituables desde un punto de vista social.

El potencial del sector comercio para promover y acelerar el proceso de desarrollo económico es sustancial. Un sistema de comercialización moderno y eficiente permite, entre otras cosas, mejorar el uso del transporte, minimizar el tamaño de los inventarios, reducir el costo de manipulación de las mercancías, generar demandas derivadas, abrir fuentes de empleo de gran importancia y abatir los costos al disminuir las mermas físicas.

Todo lo anterior, aclara por qué los cambios cuantitativos y cualitativos en el capital y en la mano de obra, al nivel de la producción, no son los únicos resortes del desarrollo agrícola. También debe considerarse el sistema de comercialización, pues si éste es eficiente contribuirá mejor al abasto de bienes al consumidor final.

Además, la mayor eficiencia en la comercialización de los alimentos provocará cambios relativos en la distribución del ingreso, ya que las familias de menores recursos gastan en estos productos un alto porcentaje de sus ingresos. De manera que, si mediante una mayor eficiencia se logra frenar el alza de los precios, los mayores beneficios serán para la po-

* A. G. Schram, "Input and Marketing Constraints in Irrigation Planning: Mexico", *Land Economics*, Vol. 55. No. 4, 1979.

* A. Alchian, "Information, Price and Martingales", *Swedish Journal of Economics*, 1974, p. 109.

* Helmy Baligh y Leon Richartz, *Vertical market structures*, Boston: Allyn and Bacon, Inc., 1967, mencionado por Bucklin, Louis P., *Problems in the evolution of urban wholesale markets in developing countries*. 1979. Mimeografiado.



blación perteneciente a dicho estrato. Estas personas podrán comprar más alimentos y mejorar su dieta; también podrán adquirir otros bienes, lo cual finalmente originará incrementos en el nivel de empleo.*

Los mercados de alimentos

a) Mayoristas

Los sistemas de comercialización de alimentos al mayoreo tienen una importancia crítica para el desarrollo. Como están vinculados estrechamente con el sector productivo agrícola, el crecimiento de este último depende en gran parte del buen funcionamiento de tales sistemas. Sin embargo, a largo plazo la importancia de los mercados mayoristas no debe sobreestimarse; la experiencia de la mayoría de los países demuestra que cuando aumenta el nivel del ingreso per cápita se eleva el porcentaje de operaciones al mayoreo. Más tarde, cuando las cadenas comerciales se integran verticalmente a lo largo de los diferentes puntos del canal de comercialización, aparece una tendencia a reducir la participación de los mercados centrales, pues las cadenas señaladas obtienen sus abastos directamente de las asociaciones de productores.

* En una investigación realizada en América Latina se observa que en Recife, Brasil; Cali, Colombia y La Paz, Bolivia, 50% de las familias gastan más de 60% de su ingreso en alimentos. Ver K. Harrison, D. Henly, H. Riley, Shaffer, *Improving Food Marketing Systems in Developing Countries Experiences from Latin America*, Latin American Studies Center, Michigan State University, p. 16.

b) Detallistas

Cualquier política encaminada a incrementar el abasto de productos para satisfacer mejor las necesidades básicas, debe considerar la estructura y las características del sistema de ventas al menudeo. A este nivel es posible evaluar mejor la eficiencia del sistema comercial en su conjunto, ya que representa el punto final de la cadena y sus costos de distribución están correlacionados positivamente con los costos al mayoreo.

La estructura distributiva del mercado mexicano nos indica que las personas de menores ingresos adquieren sus alimentos en los mercados públicos, donde los márgenes de comercio son más elevados.* Cuando aumentan los ingresos familiares, la participación de los mercados públicos en el total de gastos por concepto de alimentos aumenta primero, y disminuye posteriormente; la participación de los supermercados aumenta con los ingresos, y la de las tiendas de barrio disminuye.

Según el estudio de Harrison *et al.*, en Bogotá, donde el sistema tradicional de distribución de alimentos es la estructura predominante, los establecimientos de autoservicio sólo participan en 15% del total de las ventas al menudeo. En Cali la participación de las tiendas de autoservicio y de especialidades es de 24% y en Recife, Brasil, de 22%. Sin embargo, en lugares de mayores ingresos, como en las ciudades

* La operación de los mercados públicos en México generalmente es subsidiada.

principales de Brasil —Río de Janeiro y São Paulo— los supermercados y los establecimientos de autoservicio participan con 30% o más de las ventas de alimentos.

Hay además ciertas características de consumo que afectan a las ventas al menudeo. Por ejemplo, el bajo nivel de ingreso de la mayoría de la población, y la carencia de facilidades de transporte, obliga a gran parte de la misma a la adquisición de alimentos en pequeñas cantidades, cuyos precios se incrementan con altos márgenes de comercialización. La falta de refrigeración hace que las compras sean más frecuentes y de menor volumen que las de consumidores con mayores ingresos, en tanto que la demanda de productos elaborados o alimentos empacados continúa siendo débil. El hecho de que pocos consumidores tengan vehículos accesibles les impide acudir a los grandes almacenes o a las tiendas de descuento.

Todo lo anterior frena el desarrollo de las cadenas de almacenes de autoservicio, se aprecia la creación de establecimientos que operan en muy pequeña escala, que brindan servicios comerciales inadecuados.

En el caso de los pequeños minoristas, su operación reducida les impide aprovechar las compras y las ventas en volúmenes mayores, necesarios para obtener las ventajas de las economías de escala. Así, las compras son escasas y el costo de transporte por unidad es alto, mientras que la variedad de productos es pequeña.

Si consideramos toda esta información, más el hecho ya demostrado de que los mercados públicos y las tiendas de barrio tienen márgenes de comercio mayores, podemos observar que los estratos de población con mayores ingresos compran alimentos más baratos, en tanto que los de bajos ingresos los compran más caros. En el otro extremo de la cadena de distribución, se puede afirmar que los productores más pobres se enfrentan a las peores condiciones del mercado, en tanto que los más eficientes pueden escoger el momento de entrar y obtener el mejor partido de un mercado inestable. Todavía más, pueden dirigir sus mercancías a los mercados externos que, algunas veces, sirven de estabilizadores de los precios internos. En otras palabras, las deficiencias del sistema de comercialización sesgan la distribución del ingreso en contra de los productores y consumidores más pobres.

IV. PROBLEMÁTICA GENERAL DE LA COMERCIALIZACIÓN DE ALIMENTOS

El caso de México puede servir como ejemplo de la situación en Latinoamérica.

a) Nivel rural

Algunos de los problemas de la comercialización de alimentos en México se deben a la fragmentación de la propiedad agrícola, que impone una escala de operaciones pequeña. Asimismo, la dispersión geográfica de la producción incrementa el costo del acopio e introducción de productos al mercado y, sobre todo, reduce el poder de negociación del productor.

b) Nivel urbano

Los centros urbanos presentan problemas similares a los de las zonas rurales. Existen mayoristas que operan a escala reducida; son pocos los que cuentan con una escala de opera-

ciones considerable. Asimismo, la concentración de información que existe a nivel de mayoreo permite que cierto número de intermediarios acaparen los mayores beneficios, en detrimento de los productores y del consumidor.

La presencia del mercado al mayoreo en el corazón de la ciudad de México crea congestión de tráfico, obstaculiza la planeación urbana y dificulta el mejor aprovechamiento de la tierra. Desde el punto de vista económico, el incremento del número de transacciones se enfrenta a la limitación del espacio, que propicia la falta de competencia y la existencia de cuasi rentas, así como de tendencias oligopólicas.

En el sector urbano, la escala de comercio es bastante modesta y, por consiguiente, es necesario trabajar en la comercialización con márgenes brutos elevados. Desde luego hay algunos comerciantes cuya escala de operaciones es considerable y que sacan ventaja de la ineficiencia de los pequeños productores.

Además de las distorsiones que parecen surgir de la estructura doble de la producción y de las características de la demanda, existen muchas irregularidades típicas de la actividad comercial no coordinada. Se manifiestan en forma de costos sociales elevados, y dan como resultado una participación desigual en los beneficios de las actividades de distribución.

V. COMENTARIOS FINALES Y ACCIONES POR IMPULSAR

El sector comercial de México y de la mayor parte de América Latina no ha asumido un papel activo en el desarrollo económico, ya que sólo se ha ajustado a lo ocurrido en otros sectores. Hace falta investigar cómo puede utilizarse su potencial para promover el desarrollo.

La modernización comercial tiene que ser gradual y proceder con una selección cuidadosa de las técnicas disponibles. La imposición de los métodos comerciales "más modernos", como las cadenas de autoservicio múltiples o voluntarias, puede fracasar o beneficiar sólo a los grupos de altos ingresos. Eso fue lo que sucedió en Venezuela con varias tiendas de autoservicio. En México, los grupos de ingresos medios son los que más se benefician de las tiendas al menudeo de CONASUPO, que no abastecen a los de verdaderos menores ingresos.

En América Latina la pobreza del campo es el principal problema que hace falta resolver, en parte mediante la modernización comercial. Esto implica que en las zonas rurales sea preciso mejorar no sólo la tecnología agrícola sino también el mercado de insumos y productos correspondientes.

Bajo las condiciones prevalecientes, los mercados minoristas y los mercados mayoristas deberán ser objeto de una mejora institucional.

Las políticas que pueden sugerirse son:

- Efectuar investigaciones y evaluaciones de los sistemas comerciales y de las políticas económicas dirigidas al sector comercio.
- Construir una infraestructura comercial que reduzca la intermediación innecesaria y organizar centros de abastos y mercados de origen en los sitios de producción.
- Establecer sistemas de normalización, clasificación, empaque y almacenamiento.
- Mejorar el sistema de información del mercado.
- Alcanzar un mejor nivel de coordinación e integración entre los agentes comerciales.

- En el área rural promover formas de organización para aumentar la productividad y cambiar las relaciones con los intermediarios.
- Capacitar la mano de obra.
- Finalmente, promover la creación de fondos financieros

destinados, por una parte, a mejorar la competitividad de los establecimientos comerciales medianos y pequeños, y por la otra, a promover la modernización de los diferentes establecimientos.

COMERCIO DE PRDUCTOS AGRICOLAS Y ALIMENTARIOS. PAISES SELECCIONADOS DE LA AMERICA LATINA Y EL CARIBE (1973-1978)

	Latino- américa	%	Argén- tina	%	Brasil	%	Colombia	%	México	%	Venezue- la	%	Otros	%
Exportaciones														
1973	12,505.3	100	2,457.1	19.7	4,180.6	33.4	816.6	6.5	991.2	7.9	41.1	.3	4,018.7	32.2
1974	15,817.3	100	2,859.2	18.1	4,869.3	30.9	951.2	6.0	1,060.7	6.7	75.0	.5	6,001.9	38.0
1975	16,750.6	100	2,175.5	13.0	4,875.3	29.1	1,096.7	6.6	976.6	5.8	64.5	.4	7,562.0	45.1
1976	19,092.4	100	2,845.2	14.9	6,112.1	32.0	1,323.3	6.9	1,334.3	7.0	58.1	.3	7,419.4	39.0
1977	23,591.1	100	4,173.7	17.7	7,566.7	32.1	1,914.8	8.1	1,417.9	6.0	108.5	.5	8,409.5	35.6
1978	24,412.5	100	4,690.9	19.2	6,557.9	26.9	2,536.2	10.1	1,503.8	6.2	122.1	.5	9,001.6	37.1
Importaciones														
1973	4,170.	100	251.4	6.0	770.0	18.5	154.4	3.7	543.7	13.0	387.8	9.3	2,063.1	49.6
1974	6,467.0	100	100242.9	3.8	1,133.5	17.5	222.7	3.4	1,091.2	16.9	536.6	8.3	3,240.1	50.1
1975	6,091.5	100	238.6	3.9	887.9	14.6	151.9	2.5	925.5	15.2	718.8	11.8	3,168.8	52.0
1976	6,230.0	100	191.0	3.1	1,155.0	18.5	217.7	3.5	563.3	9.0	892.1	14.3	3,210.9	51.6
1977	6,665.3	100	263.6	4.0	942.3	14.1	261.0	3.9	827.9	12.4	1,234.9	18.5	3,135.6	47.1
1978	8,201.4	100	242.0	3.0	1,563.7	19.1	294.0	3.6	1,121.9	13.7	1,336.6	16.3	3,643.2	44.3
Saldo														
1973	8,334.9		2,215.7		3,410.6		662.2		447.5		-346.7		1,955.6	
1974	9,350.3		2,616.3		3,735.8		728.5		-30.5		-461.6		2,761.8	
1975	10,659.1		1,936.9		3,987.4		944.8		51.1		-654.3		4,393.2	
1976	12,862.4		2,654.2		4,957.1		1,105.6		771.0		-834.0		4,208.5	
1977	16,926.4		3,910.1		6,624.4		1,680.8		590.0		1,126.4		5,273.9	
1978	16,211.1		4,448.9		4,994.2		855.4		382.1		-1,214.5		5,358.4	
Tasa de creci- miento de las exportaciones														
1973-1974		26.5		16.4		16.5		16.5		7.0		82.5		49.6
1974-1975		5.9		-23.9		0.1		15.3		-7.9		-14.0		26.0
1975-1976		13.9		30.8		25.4		20.7		36.7		-9.9		-1.9
1976-1977		23.6		46.7		23.8		44.7		6.2		86.8		13.3
1977-1978		3.5		12.4		-13.3		32.4		6.0		12.5		7.0
Tasa de creci- miento de las importaciones														
1973-1974		55.0		-3.4		47.2		44.2		100.7		38.3		57.0
1974-1975		-5.8		-1.8		-21.7		-31.8		-15.2		34.0		-2.2
1975-1976		2.3		-20.0		30.0		43.3		-39.1		24.1		1.3
1976-1977		7.0		38.0		-18.4		19.9		47.0		38.4		-1.7
1977-1978		23.0		-8.2		66.0		12.6		35.5		8.2		16.2

Organización de Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura (F.A.O.)
Anuario de Comercio 1978, Vol. 32, 1979.

BIBLIOGRAFIA

- Alchian, A., "Information, Price and Martingales", *Swedish Journal of Economics*, 1974.
- Anson, R., "Overview of a Developing Country's Fruit and Vegetable Production and Domestic Market System: The case of the Role and Prospects of the Mexican Small Farmer", Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, noviembre, 1977.
- Blalock, E. Jones, "Food Subsidies as Policy Instrument in Developing Countries: Problems and Issues", marzo 1981. Mimeografiado.
- Bucklin, Louis P., "Problems in the Evolution of Urban Wholesale, Markets in Developing Countries", 1979. Mimeografiado.
- FAO. *Anuario de Producción*
- García, P., "Market Linkages of Small Farms: A Study of the Maize Market in Northern Veracruz". Tesis Doctoral, Cornell University, 1978.
- Harrison, K., Henly, D., Riley, H., Shaffer, J., "Improving Food Mar-

- keting Systems in Developing Countries: Experiences from Latin America", Research Report No. 6, Latin American Studies Center, Michigan State University.
- Hayami, Yujiro y Ruttan, Vernon W., *Agricultural Development: An International Perspective*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1970.
- Schram, A. G., "Input and Marketing Constraints in Irrigation Planning: Mexico", *Land Economics*, Vol. 55, No. 4, 1979.
- Schuh, Edward, "Approaches to 'Basic Needs' and to 'Equity' that Distort Incentives in Agriculture", en: Schultz, T., (ed.), *Distortions of Agricultural Incentives*, Indiana University Press, Bloomington, 1978.
- Solis, Leopoldo, *Alternativas para el desarrollo*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1980.
- Solis, Leopoldo y Aurelio Montemayor, "Modernización Comercial y Desarrollo Económico", *Revista Comercio y Desarrollo*, México, noviembre 1977.
- Vera, Oscar, "An Appraisal of Price Policy for Selected Agriculture Commodities in Mexico", Tesis de Maestría, University of York, 1980.

Isabel Turrent

PASADO Y PRESENTE DE AMÉRICA LATINA

ENTREVISTA A TULIO HALPERIN DONGHI

A Tulio Halperin Donghi se le conoce, especialmente, por *Argentina en el callejón* (1964) y por *Historia contemporánea de América Latina* (Alianza Editorial, 1969). Uno y otro título definen los intereses del autor: el primero, al revisar un pedazo fundamental de la historia política de Argentina, y el segundo al reconstruir el curso de los acontecimientos que llevan desde el pasado de la América colonial del siglo XVII al presente de unos países que se esfuerzan por encontrar su identidad. En estos momentos, Halperin Donghi se encuentra entre nosotros, dictando un curso en la Universidad Nacional Autónoma de México; esa oportunidad fue aprovechada por la *Revista de la Universidad* para conversar con él sobre temas actuales de América Latina.

—Usted trabaja actualmente sobre diversos intelectuales latinoamericanos y su relación con el poder. Si pudiera hablarse de generaciones intelectuales en los distintos países de América Latina o en el conjunto de ellos, ¿cree usted pertenecer a una generación particular de pensadores argentinos? ¿Podría hablarnos de su formación, las lecturas y los principales autores que lo marcaron?

—No creo que mi experiencia personal de formación sea típica de los estudiantes argentinos de mi generación; la Argentina ha sido siempre un país de vida cultural muy poco institucionalizada, lo que dificulta la creación de un clima cultural integrado. En mi caso, debo mi primerísima formación a la lectura de Croce y del Dilthey que nos proponía el Fondo de Cultura, más historiografía del siglo XIX europea y latinoamericana. Mis estímulos los debí sobre todo a José Luis Romero y a Claudio Sánchez Albornoz, pero la etapa decisiva de mi formación creo que fue con Braudel, con quien de veras aprendí no sólo el trabajo artesanal de historiador, sino una cierta noción de la jerarquía de problemas y preguntas en el campo histórico, que subraya la importancia de la base material de la vida en sociedad.

—Usted ha dedicado gran parte de sus estudios históricos al continente latinoamericano. De su *Historia de Latinoamérica* y otros textos parece desprenderse que usted forma parte de ese grupo de historiadores que cree que América Latina es más “una” que “múltiple”. De ser así, ¿piensa que los rasgos comunes en el continente permiten y favorecen el estudio comparativo de América Latina? ¿Cree usted que los países del continente han atravesado por las mismas etapas históricas?

—Yo descubrí, pienso que como todos, a América Latina como unidad desde que la tuve que ver desde afuera. No sé si creo de veras que América Latina es más una que múltiple;



en mi historia de América Latina traté de individualizar los elementos comunes, que son algo más que una comunidad de problemas en cuanto a área periférica, e incluyen también una experiencia colonial común, y todavía muchas otras. En cuanto a la contemporaneidad de etapas históricas, ella está asegurada en un aspecto por la aparición de ciertos fenómenos externos que afectan a toda América Latina, pero la intensidad del impacto de estos es, desde luego, muy variable. Eso se refleja todavía en la historia intelectual, donde novedades como el romanticismo (literario e ideológico) alcanzan gravitación muy distinta según regiones. Creo que precisamente porque América Latina es a la vez unidad y diversidad, el examen comparativo es particularmente esclarecedor: ofrece a la vez una historia de afinidades y una de diferencias.

—Dentro de esos exámenes comparativos aplicados a Latinoamérica, se ha discutido mucho la vigencia de teorías como la dependencia o el desarrollismo. ¿Cree usted que tengan o conserven validez para explicar la historia de América Latina?

—Por lo que yo puedo entender, el problema de la teoría de la dependencia es que no va mucho más allá de proclamar que la dependencia existe; en cuanto a los mecanismos a través de los cuales esa dependencia se establece y perpetúa, lo que esa supuesta teoría tiene que decir es muy poco satisfactorio. El desarrollismo, por su parte, se reconoce sobre todo en un razonamiento por analogía: que el futuro latinoamericano seguirá en sus grandes líneas el rumbo tomado en el pasado por las naciones industrializadas. Nada parece sugerir que este pronóstico sea válido.

—Usted ha estudiado con un gran detenimiento la historia de la Argentina en el siglo XIX: su desarrollo político-económico, la formación de élites dirigentes y la aparición de intelectuales de diversas tendencias. Frente al enigma en que se ha convertido la historia moderna de la Argentina —la evolución de crisis en crisis de un país con un enorme potencial económico— ¿cree que la clave de la crisis económica y política que ha vivi-

do ese país desde los treinta se encuentra en el siglo XIX?

—La respuesta es muy breve: no creo que la clave de la eterna crisis argentina, que se abre en 1930, se encuentre en un pasado más remoto que el medio siglo anterior a la apertura de esa crisis. La opinión opuesta ha contribuido a lanzar a los historiadores argentinos a esfuerzos inútiles y propuestas de interpretación más perjudiciales que inútiles cuando se trata de entender a la Argentina de la etapa 1910-1970.

—¿Cómo explicaría entonces la instauración y permanencia de regímenes militares en la Argentina, y en general, si pudiera usted extender su respuesta, en el llamado cono sur?

—Creo que hay una explicación diría que continental y que tiene que ver con la institucionalización creciente de las fuerzas armadas, propiciada y aún financiada —en medida variable según los países— por la política norteamericana desde 1960. Esta nueva institucionalización, al revés de la ensayada a fines del siglo XIX, que debía aislar a los militares de la política (aunque ésta estuviese a menudo dirigida por un caudillo de origen militar), transforma a las fuerzas armadas en agente político organizado corporativamente. En el cono sur —Chile, Uruguay y Argentina—, creo que la situación se agudiza porque la prosperidad alcanzada durante el apogeo de la economía exportadora y en las primeras etapas de la siguiente, llevó a un desarrollo socio-político excepcionalmente maduro, muy difícil de mantener sin fuertes conflictos cuando, en un contexto económico menos favorable, faltó la base económica para sostenerlo. Eso explica un proyecto como el chileno, que declara la intención de expulsar de la arena política a sectores sociales (como los obreros sindicalizados) que en el medio siglo anterior habían ganado importancia creciente dentro de ella.

—Volviendo a la Argentina, ¿cómo explica la ausencia de diversas opciones políticas viables, de organizaciones de corte del Partido Radical?

—El Partido Radical es una opción política en la Argentina de hoy, aunque la favorecida mayoritariamente es, desde luego, el peronismo. Este tiene la peculiaridad de ser —en un país sólo semindustrializado— un partido más claramente mayoritario que el Labour inglés; y dentro del cual los sindicatos industriales gozan de una hegemonía aún mayor que en el Labour (sobre todo desde la desaparición de Perón, que ofrecía un contrapeso muy eficaz). Esto lleva a un avance político por crisis sucesivas, que a mi juicio está lejos de haber agotado sus posibilidades, sobre todo porque la tentativa del actual régimen de crear una alternativa socio económica y política ha enfrentado un fracaso total.

—Quisiera pasar ahora al tema de los acontecimientos recientes en América Central. Los países de esta región habían sido hasta hace poco una zona gris dentro de América Latina. Sin embargo, dos de ellos han cobrado una enorme importancia en la historia del continente y se han vuelto centro de la atención mundial. ¿Cómo interpreta usted los cambios recientes en Nicaragua y en El Salvador?

—Los cambios en Nicaragua y El Salvador configuran la lle-

gada al punto crítico de procesos muy distintos entre sí. Nicaragua —como la República Dominicana y en medida menor la Cuba prerrevolucionaria— era una sociedad remodelada a partir de la ocupación norteamericana y su herencia (una hegemonía militar con escasos lazos con grupos locales tradicionalmente dominantes, que hace posible el afianzamiento de un grupo advenedizo rival de aquellos). Eso explica la amplitud social del frente antisomocista, que diferencia radicalmente el proceso nicaragüense del salvadoreño. El Salvador desarrolla precozmente y al máximo su economía exportadora, realizando en los hechos lo que en la mayor parte de Hispanoamérica (aún, por ejemplo, en el México porfiriano) quedó en buena medida en el papel: el acorralamiento y, en el límite, la liquidación de la economía campesina tradicional. La consecuencia fue una tensión social potencial que no podía sino intensificarse bajo el estímulo de dos procesos paralelos: ese avance constante del sector exportador y el de un crecimiento demográfico que terminó por hacerse explosivo. Por eso, El Salvador tuvo ya a comienzos de la década del treinta un episodio de represión brutal y masiva de la protesta campesina, como lo fue la matanza de 1932. Hoy asistimos ahí a una lucha frontal entre las clases propietarias y los agentes movilizados de las que no lo son.

—Nicaragua y El Salvador han traído también al foro un tema dejado de lado desde la caída de Salvador Allende: el de la penetración soviética en América Latina. Las opiniones sobre el tema han tendido a polarizarse: algunos autores manejan la tesis de que América Latina ocupa una prioridad muy secundaria en la política de la URSS y de que no puede hablarse de participación soviética cuando Cuba interviene en la política del continente, ya que Castro ha conservado una libertad de maniobra considerable frente a Moscú. Otros autores, por el contrario, niegan esa libertad cubana y piensan además que hay una penetración creciente de la Unión Soviética en Latinoamérica. ¿Cuál sería su opinión?

—No sé la respuesta a esta pregunta, en el sentido de que no sé —y no creo que nadie sepa— qué ocurre de veras entre Cuba y la Unión Soviética. En términos generales, sólo cabe observar que, aún si se quiere considerar a Cuba un satélite, los satélites suelen tener más margen de iniciativa de lo que podría esperarse en abstracto —y Estados Unidos tuvo ya ocasión de aprenderlo con sus supuestos títeres vietnamitas. Una hipótesis de buen sentido es que la URSS, dentro de su estrategia mundial, ha asignado al régimen cubano un papel que a éste le resulta espontáneamente grato desempeñar. Es también evidente que la URSS está lejos de utilizar a Cuba como el único vehículo de su política latinoamericana, puesto que a la vez se esfuerza por estrechar vínculos diplomáticos y comerciales normales con países tan disímiles como México, Argentina y, ahora, Brasil. Un problema distinto es si, cualquiera sea la entidad de la participación cubana —o soviética— en los conflictos de Centroamérica, ella da la clave de la intensidad creciente de esos conflictos. Aquí parece que se impone una respuesta negativa, sobre todo a partir de la comparación con lo que Cuba logró en la segunda mitad de la década de los sesenta mediante apoyos mucho más activos a movimientos continentales (en aquel momento, por cierto, en abierta alternativa a las políticas favorecidas por los movimientos comunistas más cercanos a la Unión Soviética) y aquí debe recordarse qué trágicos resultados tuvieron esos esfuerzos.

María Luisa Mendoza

LAS PIEDECASAS

"y una ventana a gritos luminosos"

José Gorostiza

CUARTO HOGAR

Pupé y Venevene esperan a la prima Leona jugando en el jardín. Desde la banquetta, vestidas de blanco, son un puro bullicio feliz de gritos e inquietudes por la llegada de quien sabía hablar 'como en novela' de asuntos varios, todos con un eterno 'espanto' presente, el ánima, el aparecido, con nombre propio para diferenciarlo, deambulador, penitente en suntuosas rancherías o habitaciones regias, y cuya historia iba a concluir invariable en besuquesos y matrimonio entre el muchacho aristócrata y la muchacha en garras. Las chicas desesperan, se entretienen, hasta que trepan en el poyo de la reja para distinguir mejor el tranvía con la invitada y el mozo que la acompaña, que la trae de la colonia Santa María la Ribera hasta la Roma, a pasar el fin de semana. Leona, en la cola del trepidante coche atrabancado de alborotos, campanas, alambres, chillidos, golpeteos, las mira; (¡Leo, Leo!) brincontean enloquecidas, y Leona, detenida de los tubos cromados ahoga el obtuso deseo de bajar corriendo sin esperar a que el tren de los triquitraques se inmovilice y de un tranco llegar a ellas. Desde los cristales de la puerta distingue primero las manchas verdes enredaderas derrumbadas hacia la banquetta, el portón de rejas cerrado con cadena y candado —no los ve, los sabe— la escalinata creciendo de arriba para abajo abanicada, la terraza, y las madejas saltarinas que son las primas, pasando rápidamente de un vidrio a otro hasta que las alas se pliegan atajadas y descende el escalón y la niña se lanza a los días que empiezan siempre con el fragor subterráneo de los fierros mecánicos estrujándose para el frenamiento del tranvía La Rosa.

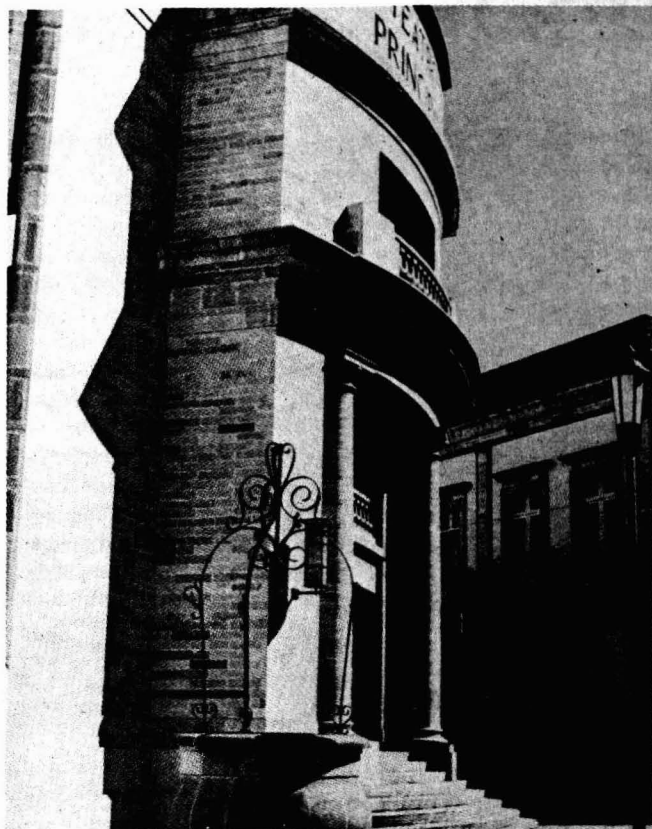
Leo pone el pie en el puente levadizo que se desdobra y siente el suave meneo de la huella cubierta con hule cuadriculado, al recibir su peso, como el muelle del cuenco de las manos de un caballerango, el impulso inicial del columpio, la hamaca al quedarse quieta. Conducida por el hombre Leo atraviesa la calle ondeando la faldita del vestido de terciopelo para los domingos. Las Oscura abren la puerta de hierro para la recepción y el escándalo ante Leo que nunca entiende bien el amor dado y visible. Abraza a las parientes tratando de asumirlas y se hinca para hacer lo mismo con Dimes y Diretes, que son perras con nombres de perros antepasados. Las animalitas se orinan paradas en sus dos patas almohadonosas.

Tres niñas y dos perras suben hasta la terraza a la parafernalia que saben será con la tía Amor quien ya aparece a la

frescura de la mañana desde la galería, toda alta y clara, de pachones brazos tibios colgantes desde las axilas hasta el codo, arcas y edredones alemanes, plumas blancas en fracciones como cojines amarrados por aquí y por allá. Amor, soberbia, guardadora de maravillas infantiles, alba en su piel, en sus ropas de adentro y de afuera, siempre orlada de organdíes planchados o gasas frágiles y sitiada con fajas y portabustos de manta, resortes y agujetas, hechos en casa; Amor que tuvo los cabellos amarillos acairelados y hoy son mata aternurante de hilos blancos ondulados y detenidos por peinetas. Trae perlas minúsculas en las orejas y el cuello, pulseras de hueso en la muñeca. Es la primavera bañada, el espliego en el calor, hace pensar en un telón de selva domada, inglesa, civil; contradice, grandota, su femineidad casi pueril; parecería Amor un libro abierto y lo niega su estar de pasados mágicos que no hacen juego tampoco en la disciplinada educación severa que luce y otorga obligatoriamente a sus sobrinas-hijas Pupé y Venevene, llegadas al seno potente de Amor al quedarse sin madre allá en Celaya y con el papá teniendo que vivir un trote sabroso de gran viudo. Es Amor la delicadeza en la estatura de amazona teutona que debería cantar sobre peñas de escenografía óperas wagnerianas y no la musitación de rezos católicos con la tremolante melodía igual al hacer las cuentas del gasto o comprobar las tareas matemáticas de sus hijas, la Pupé y la Vene. La tía Amor y sus besos de golondrina aleteando la piel, y el vuelo de sus yemas en la frente con la devoción de las mujeres no preñadas. Era venda, sábana, chal, mantilla, era el marcador de un libro con letras góticas, era el resplandor de la chimenea, era el vapor del té caliente, era en verdad la 'petit phrase' de la sonata de Vanteuil, el olan de una falda, la debilidad de la convalecencia, el transporte de un pétalo que se desprende. A Amor la buscarán las niñas toda la vida. Fue el principio del sábado, y cuando los hielos se topan dentro del vaso de agua de limón; Amor está con sus hijas y su sobrina, más allá de la elegancia impalpable de ella sola, como nadie.

A veces suceden por la tarde fiestas en las que hay carreras de muchachos por los pasillos de los sótanos de la casa de las Oscura, venas bifurcadas que van a dar a plazoletas, a inmensos salones, a umbrosas esquinas con leña hacinada o el rollo de un colchón o el lavabo con aguamanil, palangana y jarra desportillados, un paragüero, la escalera curva de la biblioteca, el buró de cajones y tapa de marmol en uno de los cuales hay, aún, la bacinilla decorada. La infancia se expande en los fondos de la casa, en los cuartos y pasillos copiados, calcados de la planta principal; grita la tarde entera y se sublima en las mesas construidas con burros y tablas de madera cubiertas con manteles de papel crepé enchinado; juguetes de celuloide, ratones de chocolate, canastitas de porcelana colgados del techo con listones multicolores de mo-

Fragmento de una novela de próxima aparición en Joaquín Mortiz.



ños amarrados a alcayatas. La merienda de cumpleaños.

De diario las comidas eran lo mejor, estrictas y presididas por el tío Severino, con vituallas tan de rigor exquisitas como insustituibles los modales en la mesa, señales de buena o mala circunstancia en las jóvenes, ya de grandes, frente a masticadores descuidados o portantes indecentes de palillos entre los dientes, olvidadizos de la servilleta tendida en las rodillas, del pan a la boca en trozos, del codo aburrido que opina, los cubiertos manchados sobre el mantel, maniáticos de hacer bolas de miga, o los que transgreden narrables el comportamiento. El saber más: no se dice telera, sino pan encornado francés o cuerno de sal; no hay un salero sino dos, el uno simple con pimienta, y si en la casa de Leona o en las de sus primos de pueblo, o en la pristina, vaticana y antigua de sus tías las Gomitas la mantequilla estaba allí, en medio de la mesa, en platonos hondos con agua y hielo, y el asado no podía dejar de ser rebosante, apretadísimo, inmenso, salado, negro quemado en su afuera y rojo en el centro, tierno al partirlo, en casa de las Oscura los platos se cubrían apenas de comida en su tercera parte, de tal brevedad que uno ni cuenta se daba que la mantequilla era cuadrada e individual en un platito de juguete (en los domingos de las Gomitas la mantequilla se fraccionaba en canicas de estrías, como las de ágatha, y también eran un alborozo más irlas haciendo con unas tijeras de palo que las esculpía); que las servilletas, mantelones allá en la casa de Ele, aquí se doblaban en más pequeños alientos pañales: gorros de Papa, abanicos, rehiletes o flautas que daban pena desdoblarlas cuando allá, de donde Ele venía, era facilísimo sacarlas jalándolas nomás de sus haros de plata que tenían grabado Ele con letra curveada; que los cubiertos no se acostaban en el lomo de los perritos longaniza tan familiares hasta ser como quien dice invisibles y que sostenían cuchillos, cucharas, tenedor de mango, en espera del platillo siguiente, a excepción del

pescado o dulce, cambio obligado; aquí se colocaban los cubiertos de cierta forma críptica, clave secreta, para el mozo de guantes que se llevaba el instrumental profanado a las cavernas de la cocina; la ceremonia de masticar sucedía tan aprisa puesto que poco se masticaba, que en una muela el desconocido jitomate relleno de marisco frío, o los emperejilados y escénicos percebes nunca vistos que habían de sorberse, tocarles la fría textura de escamitas milimétricas, húmedas, de cocodrilo dibujado o dragón sin garras, con sus dos conchas tornasoladas, joyas de una gargantilla acaudalada, si posible fuera dejaran de ser fruto del mar, desconcertante, sultanesco. Ni qué decir de los postres acreditados en las pastelerías metropolitanas pero que en nada se acercaban a la idea de la jalea en su cazuela, el corte de estilete para el peronate, el membrillate, la cucharada copeteada con capulines en conserva chorreantes, los mangos, duraznos, peras, tejocotes; o el primor pegosteoso, que pesa y no debe jamás apelmazarse, empanizarse, que provoca la burbuja, baba y barbas y chorros compactos ahulados lameables: la cajeta: el mar café que se cocina en los traspacios en peroles inmensos de cobre sobre fuego lento, lumbre de leña, mucha leche de cabra y mucha azúcar y mucha larga tenaz indígena hacendaria invencible paciencia redonda para en-sortijar el asunto, cabrillearlo aunque pese cada vez más, hasta que en la vuelta y en la onda sea cajeta correosa que espejee y huela entera la casa y dure el tufo celestial cuarenta días y noches, como si hubiérase parido un hijo moreno de corta vida y mucha escandalera.

Leo conoce la cocina internacional así, en los parangones con su dieta criolla, mestiza, mexicana, festiva, aconsonantada a fechas especiales. Prueba dedos de vino en su vaso, en lugar de los chupitos de cerveza, de sidra, de pulque, y ni qué decir de las aguas de limón y chía, jamaica y horchata, los tepaches, y hasta las sodas que ya empezaban en el mercado.

El pasillo iluminado desde la culebra de un tragaluz, arranca en el teléfono Erikson y termina con el baño a la derecha, de tina a las volandas levitando en sus patas de fierro, dos lavamanos con jabones de glicerina, y el excusado de cajón en alto y cadena; y a la izquierda, enfrente, el cuarto de juegos evocado de sol en el futuro, con dos ventanas de oro a medio día y donde las niñas toman la merienda al atardecer, leen, estudian y oyen a Leo contar sus inventos. Pupé la mayor, Vene y Leo más chicas, Dimes y Diretes echadas, el 'espanto' en turno poniendo la carne de gallina y a continuación Pupé deserta invariable, porque la fantasía y la pérdida de tiempo le parecen un pecado, ofensa a Dios... Al principio Pupé aceptaba la trama sin impaciencia, el gusto por la palabra amor, el aire libre de los personajes dialogando en huertos o en la trepazón de montañas, el desliz en playas, el recorrido por palacios; pero el reino de clausuras, vampiros, tinieblas, nobles concupiscentes, empezaron a minar su apariencia de correligionaria cómplice. Los marqueses y príncipes de Leo podían transcurrir siempre y cuando no se les echaran encima a las institutrices, primas, arrimadas, fregonas, tahoneras, hilanderas; entonces Pupé optaba por desaparecer.

Pupé genio y figura, limitada sin acoso, juventud de quirófano, enfermera en jefe de la Cruz Roja, eficiente, cabal, magistral, paradigmática, raya, línea. Rezo y boqueo de moribundo lo suyo, sábana santa samaritana. Su vida habría de ser espejo multiplicante de hijos como los tuvo su abuela. Su madre si no muriera en el parto. Hijos negados a Vene y a Leo. Claustros cerrados. Oír y contar sin tener perdón de Dios.

DE LIBROS

A LA (MALA) HORA SEÑALADA

En la historia editorial de lengua española, *Crónica de una muerte anunciada*,¹ la reciente novela corta de Gabriel García Márquez, señala un hito difícilmente superable: por primera vez la edición original de un libro de un escritor hispanoamericano excede el millón de ejemplares, con coediciones simultáneas en España, México y Argentina. El caso de García Márquez supone todo un replanteamiento de las relaciones autor/público en nuestro continente, pues representa un rotundo desmentido de la socorrida teoría de que sólo una literatura "ideológicamente comprometida" puede competir con el público que se alimenta de la subliteratura masiva. No: cuando las "masas" dejan a Corín Tellado es por García Márquez, no por ningún otro escritor de expresión "popular". La gran literatura hispanoamericana —la que todos quieren leer— es la tildada de "burguesa" (como son sus lectores y también sus críticos), y los teóricos deben resignarse a eso.

Pero me interesa ahora considerar lo que es más importante: la obra misma, la visión específica que propone y su relación con los otros grandes libros del autor. Por lo menos un par de observaciones previas: la primera es que este libro es el de mayor interés estético que haya publicado García Márquez desde los célebres *Cien años de soledad* (1967) *El otoño del patriarca* (1975) —aunque esté a cierta distancia de ellos y hunda sus raíces en obras anteriores, como se verá. En realidad, es el primer libro "literario" del autor que aparece después del *Otoño*: en estos últimos seis años, las obras que salieron de sus manos, un poco como residuos de su propia fama arrancados por la codicia editorial, fueron muestras de su labor periodística de ayer (*Crónicas y reportajes*, 1976; el primer volumen de *Textos costeños*, 1981) o de sus reportajes políticos de hoy (*Operación Carlo-*

ta, 1977; *Periodismo militante*, 1978), aparte del material disperso en revistas y periódicos de todo el mundo. La segunda observación está en parte relacionada con la anterior: el notorio activismo político del autor y su tono radical lo habían llevado a hacer una declaración o promesa, hoy conocidísima, de que no publicaría una nueva novela mientras Pinochet gobernase Chile. Siempre es difícil saber cuándo las declaraciones de prensa de García Márquez son bromas o no, pero en este caso la broma provino de la realidad misma: demostrando que las dictaduras no se conmueven por libros más o libros menos, Pinochet dio muestras de indudable salud y entró en un periodo de presunta inmortalidad política, inventando una dinastía de sí mismo que lo llevará —el General no tiene por qué ser pesimista— hasta fines de siglo, si sus pronósticos son exactos. De lo que sí hay que alegrarse es que García Márquez hiciese caso omiso de la historia y desconociese su propio voto de silencio novelístico. Dadas estas circunstancias, era de presumir, sobre todo si se piensa en el título del nuevo libro, que la novela fuese también un acto político, tanto o más que el *Otoño*. La sorpresa es que no lo es, o que lo es sólo de una manera oblicua y muy sutil, y que el libro mire mucho más hacia atrás, hacia los personajes, ámbitos y obsesiones que constituían su visión antes de que ésta quedase definitivamente fijada en *Cien años*. La *Crónica* no tiene su impulso mágico, ni el arrebatado lírico del *Otoño*, pero tiene, como todo lo que ha escrito el García Márquez maduro, el sello de una mano maestra orientando el designio narrativo, moviendo con enorme naturalidad los personajes, disparando su arsenal de recursos prodigiosos o delirantes. El lector los conoce tan al dedillo como el autor, y de ese tácito acuerdo se deriva una fuente de goces casi ininterrumpidos.

Los mecanismos de la fatalidad

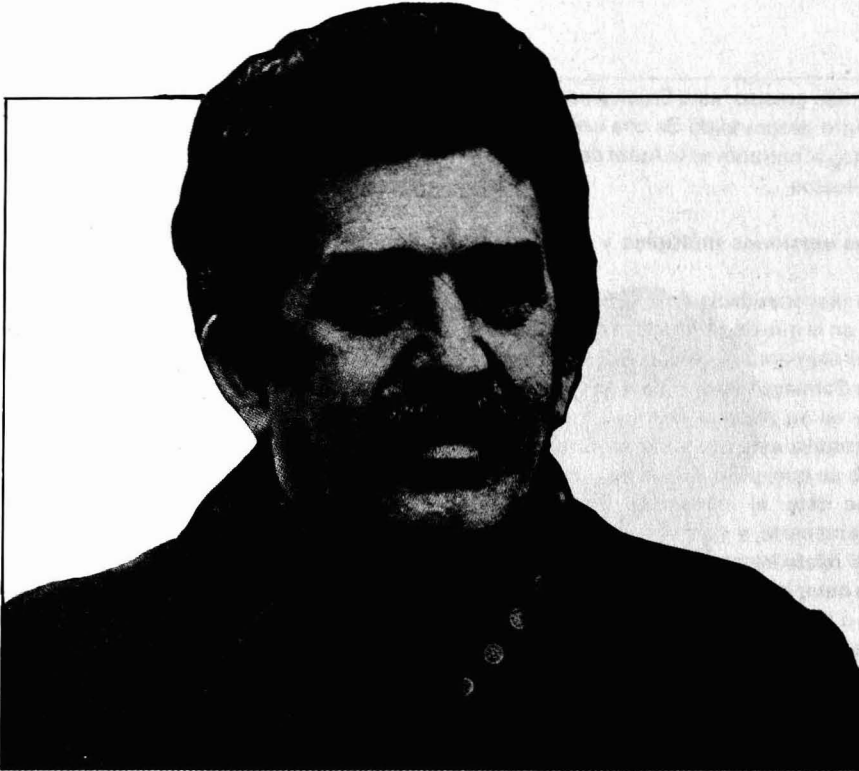
En 1968, en Caracas, García Márquez deleitó a un público todavía deslumbrado por la reciente aparición de *Cien años*, contando una historia de las suyas, para salir del aprieto de improvisar una "intervención" en una mesa redon-

da sobre, cuándo no, la novela hispanoamericana. La historia no ha sido (que yo sepa) escrita, pero tiene un sabor inconfundible; la abrevio así: en un pueblo agobiado por el calor y el aburrimiento, una mujer amanece con una premonición: "Algo muy grave va a pasar en el pueblo." El vaticinio empieza a circular; pronto se lo repite en el salón de billar, en la plaza pública, en los patios de las casas; en la carnicería una muchacha pide el doble de la carne que siempre compra, en previsión del acontecimiento. Hace calor como todos los días, pero la gente está segura de que nunca ha hecho tanto calor como hoy. Algunos, temerosos, comienzan a empaacar; la fuga de unos estimula la de otros, el exodo rápidamente se vuelve masivo. La mujer que hizo la predicción, comentando cómo se vacía el lugar, dice: "Dije que algo muy grave iba a pasar en el pueblo y me dijeron que estaba loca."²

Cito esta fábula porque contiene, al menos, tres de los ingredientes esenciales de la *Crónica*: el peso muerto del fatalismo, la intervención anónima de la colectividad y la inocente presencia popular. Con el rigor de las tragedias griegas, las cosas ocurren porque tienen que ocurrir y nadie puede impedirlo; la muerte o la desgracia son desgarradoras, pero son contempladas en cierta medida como un rito necesario: purificaciones de males que alguien, algún día, cometió y que, a ciegas, hay que purgar. La culpabilidad no precede a la pena: la sigue; si hay castigo, es que hay culpa, y así, a la inversa, se restaura la armonía del mundo. La culpa, además, es transmisible, lo que transforma la venganza en algo casi universal: cualquiera es la víctima potencial de cualquiera. Bajo la ominosa atmósfera de perennes cuentas pendientes, el tiempo de morir —y éste es justamente el título de un guión cinematográfico que García Márquez escribió en colaboración con Carlos Fuentes—³ puede ser una liberación: la que sigue a un vaticinio que se cumple y cierra el ciclo que va del pecado a la sanción. Si algo muy grave va a ocurrir en el pueblo, mejor es que ocurra cuanto antes.

La *Crónica* transcurre en ese mismo tiempo confinado y condenado en el que ocurren *La mala hora* y el *Otoño*. Pero mientras en el *Otoño* la muerte es un acontecimiento envuelto en un ba-

¹ Gabriel García Márquez: *Crónica de una muerte anunciada*. La oveja negra, Bogotá, 1981.



Gabriel García Márquez

roquismo acróico y fastuoso que lo desrealiza, en *La mala hora*, igual que en la *Crónica*, la muerte es pérfidamente específica y puntual, en verdad un hecho cronométrico y registrado con una precisión de informe policial. No estamos en Macondo, con sus eras míticas a la vez trágicas y mágicas que giran como un espectáculo permanente, sino en un lugar asimilable a "el pueblo", en el que circulaban los pasquines de *La mala hora* y sobrevivía heroicamente *El coronel no tiene quien le escriba*. Aquí el tiempo no es sino una larga espera sin remedio, aquí el tiempo no da vueltas en redondo sino que se extiende en un páramo de lenta corrupción y de apatía colectiva. Como dice un personaje de *La mala hora*: "Usted no sabe lo que es levantarse todas las mañanas con la seguridad de que lo matarán a uno, y que pasen diez años sin que lo maten." Lo dice en un diálogo con el juez Arcadio; cuando éste admite que prefiere no tratar de saberlo, el personaje agrega: "Haga todo lo que pueda por no saberlo nunca."⁴ El mismo juego de plena certeza y resignación fatal es el que impulsa la acción de la *Crónica*. La primera frase de la novela contiene, igual que en *Cien años*, el embrión de toda la historia como una cápsula de tiempo: "El día que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las

5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo" (p. 9). Ese detallismo objetivo de *Thriller* va muy bien con el carácter de "crónica" que el autor quiere dar al relato, pero sobre todo con la naturaleza básicamente real de los hechos: "esto ocurrió así", parece decirnos el narrador en primera persona —testigo inmediato y miembro de la misma colectividad protagonista—, recordándonos que la ficción se inspira en la realidad más verificable.

La obra historia

Justo el día en que la *Crónica* aparecía en Colombia, la curiosidad periodística descubrió, sin duda ilustrada por el propio García Márquez, la historia detrás de la historia: dos reporteros de una revista bogotana publicaron un extenso y detallado reportaje sobre los acontecimientos ocurridos en Sucre treinta años atrás; las líneas iniciales del reportaje son una buena síntesis de esos hechos:

"En el municipio de Sucre (departamento del mismo nombre), los mayores recuerdan todavía con horror la mañana lluviosa del 22 de enero de 1951 en que el joven sucreño Cayetano Gentile Chimento, de 22 años, estudiante de tercero de medicina en la Universidad Javeriana de

Bogotá y heredero de la mayor fortuna del pueblo, cayó abatido a machetazos, víctima inocente de un confuso lance de honor y sin saber a ciencia cierta por qué moría.

Cayetano fue muerto por Víctor y Joaquín Chica Salas, cuya hermana Margarita, casada el día anterior con Miguel Reyes Palencia y devuelta a su familia por el marido la misma noche de bodas, acusó a Cayetano de ser el autor de la desgracia que le había impedido llegar virgen al matrimonio."⁵

Pese al inevitable sensacionalismo, el reportaje es muy informativo y documentado, pues es el fruto de una investigación de los periodistas en el lugar mismo de los hechos. Incluye entrevistas a los testigos y sobrevivientes del drama, una minuciosa descripción del ambiente pueblerino con sus tensiones vecinales, una pequeña biografía de la víctima y de otros personajes, un recuento de los sucesos del día del crimen, varias fotografías de los protagonistas, un cuadro que identifica a los personajes de la novela y los compara con los reales, y hasta un plano de recorrido que hizo la víctima real, ya herida de muerte, tratando de alcanzar su casa, y del que hace Santiago Nasar, el héroe de García Márquez. Los cambios onomásticos y topográficos no alteran la esencia de los hechos: como buen periodista, el autor ha investigado y después —sólo después— ha imaginado, sin perderle la huella a los sucesos tal como quedaron fijados en los testimonios oficiales y la tradición oral.

Historia vieja, pues, lentamente elaborada y sedimentada en la imaginación popular, mil veces contada y recontada al calor del hogar, inconfundible y al mismo tiempo distinta en la versión de cada cual. El cronista no toma distancia frente a los hechos, sino que se implica en ellos de muchos modos. Se sabe que García Márquez vivió largos años en Sucre, donde su padre levantó una casa familiar y donde nacieron varios hijos. Allí vivieron también algunos de los que serían personajes del escritor, como la portentosa Mama Grande. Por un lado, la función del cronista es "profesional", pues habla con sus personajes "cuando volvía a este pueblo olvidado tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el es-

pejo roto de la memoria" (p. 13), imagen que se reitera más adelante: "antes de que hubiera decidido rescatarla a pedazos de la memoria ajena" (p. 59); por otro, señala repetidas veces su condición de lugareño y sus vínculos familiares y amistosos con los protagonistas: de los victimarios, Pedro y Pablo Vicario, nos dice que él "los conocía desde la escuela primaria" (p. 24); Margot, hermana del narrador, es convocada como testigo, porque estuvo con la víctima el día de su muerte y recuerda que lo encontró "de muy buen humor y con ánimos de seguir la fiesta" (p. 27); el cronista es también un protagonista, igual que Cristo (Cristóbal) Bedoya, que "había estado de parranda con Santiago Nasar y conmigo hasta un poco antes de las cuatro" (p. 28); Cristo Bedoya, Santiago el narrador y su hermano Luis Enrique "habíamos crecido juntos en la escuela y luego en la misma pandilla de vacaciones, y nadie podía creer que tuviéramos un secreto sin compartir, y menos un secreto tan grande" (pp. 57-58); Angela Vicario, la mujer que desata el drama, es prima del narrador (pp. 116, 117) y es visitada con frecuencia por "mi hermana la monja" (p. 115), etc. En el curso de su indagación, el narrador nos revela también ciertos datos personales que coinciden inequívocamente con los del autor mismo, lo que cierra más el margen entre la ficción y el referente real; confiesa, por ejemplo: "Muchos sabían que en la inconsciencia de la parranda le propuse a Mercedes Barcha que se casara conmigo, cuando apenas había terminado la escuela primaria, tal como ella misma me lo recordó cuando nos casamos catorce años después" (p. 60); se refiere también a "una época incierta en que trataba de entender algo de mí mismo vendiendo enciclopedias y libros de medicina por los pueblos de la Guajira" (p. 116); al final, Santiago va a morir ante los ojos de "mi tía Winefrida Márquez (que) estaba desescamando un sábalo en el patio de su casa" (p. 156). Y como además el relato está sembrado de alusiones a su mundo de ficción, especialmente el macondino (Riohacha, el galeón español, Francis Drake, el coronel Aureliano Buendía, la familia Cotes y los Iguarán, la tradición del "oficio del oro", etc.), el círculo autorreferencial forma una apretada malla de ecos y recuerdos que operan con un

sentido preciso: esta *Crónica* es un fragmento desprendido de una unidad más vasta, el narrador es el Autor de ese texto de textos.

Las versiones múltiples y equívocas

La mayor audacia de la *Crónica* consiste en la que de ser un relato cuyo principal elemento de suspenso —la muerte de Santiago Nasar— ha sido ya detonado en su primera línea; la maquinaria narrativa está montada sobre el principio de que, pese a estar en posesión de ese dato, el interés del lector puede mantenerse y que él seguirá prendido del relato hasta su desenlace. La *Crónica* cumple ese objetivo de manera astuta e impecable. Su básico esquema narrativo —una tenaz indagación de una verdad inalcanzable y una sistemática recolección de testimonios siempre recusables o tendenciosos— recuerda el de *Rashomon* del maestro Akutagawa; no hablo, claro está, de un influjo, sino de un parentesco en los procedimientos para sugerir el carácter fluido y discontinuo de la realidad. Cada testigo da una versión de ella, aportando sus propios matices y perspectivas al conjunto, pero el cuadro resultante dista mucho de ser unívoco: las piezas del rompecabezas no están completas. Al mismo tiempo que el estilo de la *Crónica* se distingue por una admirable pulcritud en el registro realista y en su reverberación poética, la ambigüedad del diseño total es notoria; al final, sabemos muchas cosas pero no los datos esenciales. ¿Es realmente inocente Santiago Nasar? ¿Disen los testigos la verdad cuando afirman que no avisaron a Santiago de la amenaza mortal que pesaba sobre él porque no la consideraban verosímil? Y, en caso contrario, ¿por qué lo eligieron como víctima? ¿Por qué lo dejaron morir con su indolencia? ¿Qué papel juega el obispo con su frustrada visita al pueblo? La novela se enriquece con esas luces y sombras que se filtran por los entresijos de una historia reconstruida por un manipulador de magias y sorpresas como es García Márquez.

La tarea expresa del narrador —tratar de "recomponer el espejo roto de la memoria"— aclara menos las verdaderas razones del crimen, que la naturaleza de las relaciones que anidan en el pueblo; la *Crónica* es una radiografía

de los odios ocultos y los sordos rencores que los dividen desde tiempo inmemorial y que se agudizan con ocasión del drama. Publicadas o no en "pasquines" como en *La mala hora*,⁶ esas pasiones inquietan las conciencias y están en la boca de todos, haciendo de cada uno un celoso e incómodo guardián de su honor: la vida en el pueblo excita la mutua desconfianza y hace de la amistad una forma de complicidad. La indagación del narrador revela que si hay algunos personajes que no estarían dispuestos a matar a Santiago, hay en cambio muchos que secretamente desean su muerte: su asesinato es el acto de un individuo pero es una suerte de venganza colectiva —anunciada, previsible y quizá tramada— que pone fin a un presunto agravio. La cocinera Victoria Guzmán confiesa, a través de su hija Divina Flor, que "no le había dicho nada a Santiago Nasar porque en el fondo de su alma quería que lo mataran" (p. 21). Hay una razón específica para ese odio: ella misma había sido seducida por el padre de Santiago "en la plenitud de su adolescencia" (p. 17). Como prolongando esa dependencia sexual, Santiago desea a Divina Flor, quien "se sabía destinada a la cama furtiva" del amor. Por eso, Victoria Guzmán —que el mismo día del crimen había impedido, cuchillo en mano, el ataque de Santiago contra su hija— puede decir respecto de él: "Era idéntico a su padre... Un mierda" (p. 17). Según la opinión general, a la que se suma hipócritamente el narrador, Santiago era "un gavián pollero" que andaba "cortándole el cogollo a cuanta doncella sin rumbo empezaba a despuntar por esos montes" (pp. 117-118).

Una clase odiada

Pero hay un problema más sustantivo, del que esta situación es sólo un reflejo: los Nasar representan una clase doblemente distinta, por el origen y el dinero; doblemente odiada, por lo tanto. En la primera descripción de Santiago se alude a esa conclusión:

"Había cumplido 21 años la última semana de enero, y era esbelto y pálido, y tenía los párpados árabes y los cabellos rizados de su padre... Hablaban en árabe entre ellos, pero no delante de Plácida Linero (la madre) para que no se sintiera excluida.

RESEÑAS

Nunca se les vio armados en el pueblo, y la única vez que trajeron sus halcones amestrados fue para hacer una demostración de altanería en un bazar de caridad" (pp. 14-15).

Aunque Santiago mismo es "alegre y pacífico, y de corazón fácil" (p. 15), arrastra la culpa de ser uno de los que llegaron al pueblo, se enriquecieron y se hicieron poderosos mientras las vidas de los demás languidecían. Ese poder es sobre todo económico, pero tiene también una sutil connotación política. La llegada del obispo es, en ese sentido, un motivo que cumple una función narrativa muy importante, no sólo porque crea una atmósfera de expectativa constantemente diferida y luego frustrada —lo que genera un simbolismo moral que parece inspirado en figuras homólogas de Graham Greene—, sino porque da una resonancia más sórdida a las tensiones que separan a los Nasar del pueblo. El día de su asesinato, Santiago "se había vestido de pontifical por si tenía ocasión de besarle el anillo al obispo" (p. 15), cuya visita pastoral es esperada por todos; pero el obispo pasa de largo y sólo es visto desde su embarcación. ¿Qué explica esa actitud? ¿Es que el obispo teme por su seguridad y presiente el clima de agitación que vive el pueblo? (Recuérdese que en las novelas de García Márquez, la iglesia es un decisivo brazo del poder: ejerce la censura y justifica la represión.) La predicción de Plácida Linero es exacta, y tal vez lo sea la causa que señala: "Ni siquiera se bajará del buque... Echará una bendición de compromiso, como siempre, y se irá por donde vino. Odia a este pueblo" (p. 15). Pero no podemos dar nada por seguro: como tantos otros en esta novela, el episodio queda envuelto en una bruma de suposiciones y datos ausentes. Tampoco hay que olvidar en la cuota de antecedentes políticos de los personajes que Bayardo San Román, el hombre con el cual Angela se casa, pertenece a una familia de raíz conservadora: su padre era "el general Petronio San Román, héroe de las guerras civiles del siglo anterior, y una de las glorias mayores del régimen conservador por haber puesto en fuga al coronel Aureliano Buendía en el desastre de Tucurín" (pp. 46-47).

Por otro lado, y comprensiblemente, Santiago es un buen partido para las jó-



venes del pueblo, lo que provoca una secreta guerra de celos y envidias entre ellas. Su novia es la rica Flora Miguel (otra descendiente de "turcos") y esa relación despierta la codicia de la propia hermana del narrador; la doble bendición del dinero y del amor le resulta, como a muchas, intolerable: "Me di cuenta de pronto de que no podía haber un partido mejor que él... Imagínate: bello, formal y con una fortuna propia a los 21 años" (pp. 28-29). Y cuando Flora se entera de la cuestión de honor de la que se acusa a Santiago, lo que teme es que lo casen a la fuerza con Angela (p. 146); irritada, le devuelve al novio un cofre con sus cartas de amor y le dice: "Aquí tienes... ¡Y ojalá te maten!" (p. 147). Más tarde, Angela, la única persona que sabe a ciencia cierta si Santiago es culpable o no, lo acusa de modo inapelable ante el narrador: "Ya no le des más vueltas, primo... Fue él" (p. 118), acusación que repite ante el juez con una simple frase cuya gravedad está atenuada por un gracioso eu-

femismo: "Fue mi autor" (p. 131). Decir que Angela no está vengando esa culpa, sino otra —la de ser pobre y él rico, la de no haber recibido la atención del galán con quien todas sueñan—, puede parecer exagerado, pero también es difícil desecharlo del todo, especialmente si se tiene en cuenta la relación entre ella y el marido agraviado, el memorable Bayardo San Román.

Bayardo es uno de esos personajes peregrinos y fabulosos en los que abunda la narrativa de García Márquez. Forastero, de maneras e indumentaria llamativa, increíblemente rico, sabelotodo, atlético y secretamente triste, Bayardo corresponde a ese patrón de figura masculina que se define por el propósito único e insensato. En este caso, su obsesión es el matrimonio con Angela. Se trata de una elección fatal en los dos sentidos de la palabra: se produce sin que se amen, sin que se conozcan bien siquiera, pero es inevitable; ella además "tenía un aire desamparado y una pobreza de espíritu que le aseguraban un porvenir incierto" (p. 45). Angela es meramente una presa de la fanfarronería machista de Bayardo. La cuestión de su virginidad es, por eso, crucial para él; y para ella una ocasión de burlar al estólido marido y ligarse eróticamente al inaccesible galán del pueblo. El drama que el frustrado matrimonio desata parece poner orden, de cierta extraña manera, en la oscura maraña de pasiones y enemistades que atan a los protagonistas. El narrador nos dice que para la mayoría de la gente la tragedia era vista como una catarsis: "Santiago Nasar había expiado la injuria, los hermanos Vicario habían probado su condición de hombres, y la hermana burlada estaba otra vez en posesión de su honor" (pp. 109-110). Con tono sibilino, alude también a la teoría que otros sostienen: la de que, en realidad, Angela estaba protegiendo a alguien que verdaderamente amaba y que "había escogido el nombre de Santiago Nasar porque nunca pensó que sus hermanos se atreverían contra él" (p. 118). Pero a nadie parece incomodarle el hecho de que alguien que podía ser inocente fuese asesinado: todos lo sabían, todos lo esperaban, todos dejaron que las circunstancias y el azar encontrasen la víctima propicia y a la hora señalada.

Que Angela es capaz de amar con

una pasión devastadora y contra sus propios prejuicios — lo que podría reforzar esta última teoría — se hace evidente en el fantástico romance que vive muchos años después de su frustrado matrimonio. El episodio constituye posiblemente el más bello pasaje del relato: tiene todo ese desborde tropicalista, surreal y nostálgico con el que el autor suele tratar los tiernos delirios del corazón humano. Lo imposible, lo maravilloso es que el gran amor de Angela resulta ser el mismísimo Bayardo, lo cual da al drama conyugal y a la muerte de Santiago una distorsión grotescamente juguetona — que borra las últimas posibilidades de acceder a la verdad. "Fue un golpe de gracia" (p. 120), explica ella. Esta ironía del destino podría probar que la cuestión de honor fue un instrumento fríamente utilizado por ella para eliminar a Santiago (por razones que sólo podemos sospechar) que, apenas produce el efecto buscado, deja de importar demasiado. Finalmente Bayardo, cediendo a un acoso sentimental de 17 años, considera que ella ha expiado suficientemente su ligereza y se presenta triunfal en la casa de Angela. Al final de esa escena hay un detalle patético: Bayardo "llevaba la maleta de la ropa para quedarse, y otra maleta igual con casi dos mil cartas que ella le había escrito. Estaban ordenadas por sus fechas, en paquetes cosidos con cintas de colores, y todas sin abrir" (p. 125). Este amor otoñal lleva todas las marcas del drama sangriento que precedió a su nacimiento: es su excrecencia, su fruto amargo.

La caja de sorpresas

La postrera aventura erótica de Angela y Bayardo es la mayor sorpresa de un libro que comienza violando las reglas del suspenso pero lo mantiene hasta la última línea usando otros procedimientos de diversión. La visita del obispo es una; otra, el modo circular y progresivo con el que el narrador va obteniendo las distintas versiones de los actores y testigos, y luego cotejándolas con los datos de su memoria. Desde los intersticios del *puzzle* el narrador trabaja incessantemente sobre la imaginación del lector otorgándole y negándole pistas. Pero lo que más contribuye a velar la objetividad de esa pesquisa es el repertorio característico de García Márquez:

los acercamientos y distanciamientos caprichosos con que hila el tiempo de los hechos y el de su reconstrucción; la presencia de los presagios y los sueños funestos que, aquí, sarcásticamente, no son interpretados del modo correcto; los sucesos o actividades simbólicas que se incorporan al nutrido mundo real de sus libros, tales como la lluvia, las mareas descomunales, el insomnio y los sueños, los juegos con los espejos y la identidad (los disfraces con los que Santiago viste a las mulatas, el asombroso parecido de los gemelos Vicario); los olores que se resisten a desaparecer pues son indicios "morales", etc. Estos elementos operan dentro de la realidad objetiva, extendiéndola, alterándola, saturándola con sus efectos milagrosos y, no pocas veces, fulminándola en una explosión de gracia, poesía y júbilo retórico. Por ejemplo, el lugar donde vive Angela el gran amor de su vida, era "una casa de material con un patio muy grande de vientos cruzados, cuyo único problema eran las noches de mareas altas, porque los retretes se desbordaban y los pescados amanecían dando saltos en los dormitorios" (p. 115). Leyendo esta novela, uno puede confirmar el exacto juicio de V. S. Pritchett incluido en un trabajo más bien trivial sobre el autor: "Almost everything is a surprise and the surprise is, in general, really an extension of our knowledge or feeling about life, and not simply a trick".⁷ A esa sensación de sabiduría profunda de las leyes que rigen el comportamiento de sus creaturas en un mundo irracional, contribuye la tierna sentenciosidad del estilo, que como dice J. G. Cobo Borda, tiene algo "de bolero clásico y proverbio bíblico".⁸ La madre de las hermanas Vicario les dice: "Muchachas... no se peinen de noche porque se retrasan los navegantes" (p. 44). Y, recordando las adolescentes parrandas sexuales en casa de María Alejandrina Cervantes, anota que ella fue quien les enseñó que "ningún lugar de la vida es más triste que una cama vacía" (p. 67). García Márquez es un raro ejemplo de coincidencia cabal entre la sensibilidad profunda y la imaginación verbal.

En algunos pasajes de la *Crónica* el lector podrá tener la impresión de que estos deslumbramientos laterales no alcanzan, a pesar de su seducción, a encubrir el hecho de que el desarrollo argumental del relato promete constante-

mente algo que no llega, o que nos llega del modo que se espera. Se juega al máximo con las expectativas, pero con la maliciosa intención de no satisfacerlas: la acuciosidad del narrador no hace sino oscurecer con sospechas y conjeturas propias y ajenas la verdadera naturaleza de Santiago; así, el objeto central de su investigación termina siendo precisamente el más misterioso de la novela. Pero lo que parece un defecto puede ser también una virtud: que el juego del gato y el ratón que el narrador sostiene con el lector lo deje a éste con la miel en los labios, prueba la inmensa astucia narrativa del autor, que tras haberlo burlado en cada una de sus páginas lo burla también en la última. La trampa que ha concebido es tentadora e implacable; observar que es una novela que no tiene la densidad de las mayores, no significa dejar de reconocer que está escrita por alguien que es siempre un maestro, en lo pequeño y en lo grande.

José Miguel Oviedo

Notas

1. En adelante cito en el texto por la edición de *La Oveja Negra*-Diana.
2. Una versión magnetofónica del relato apareció en "Los novelistas y sus críticos", *Papeles*, Caracas, no. 5, noviembre-diciembre 1967-enero 1968, pp. 70-103.
3. "Tiempo de morir", *Revista de Bellas Artes*, no. 9, 1966, pp. 21-59. Carlos Fuentes colaboró con García Márquez en la adaptación y diálogos del guión; la película fue dirigida por Arturo Ripstein en 1965. La historia narra, con imágenes que recuerdan a los *westerns*, la venganza de los hijos de un hombre contra Juan Sáyo, el presunto victimario. Julián, uno de los vengadores, dice de Juan lo que se podría decir de Santiago Nasar: "Al fin le llegó su hora. Todo lo que viva de aquí en adelante será para vida prestada" (p. 30). Y más adelante: "No habrá paz mientras estés vivo, Juan Sáyo. Es un asunto de honor" (p. 33).
4. *La mala hora* (México: Era, 1966), p. 169.
5. "García Márquez lo vio morir" (reportaje por Julio Roca y Camilo Calderón), *Al Día*, Bogotá, no. 1, abril 28, 1981, pp. 51-60, 108-109.
6. Una de las testigos entrevistadas para el citado reportaje recuerda que la cuestión del honor sexual de la novia fue denunciado en un "pasquín": "Y eso que al novio le habían metido un pasquín, una carta, que aquí le decimos pasquín, en donde le advertían que ella... no estaba en su estado" (p. 58).
7. V. S. Pritchett, *The Myth Makers* (New York: Vintage Books, 1981), p. 168.
8. J. C. Cobo Borda, "El fin de una ausencia", *Quimera*, Madrid, no. 7, mayo 1981, p. 50.

EL CAMINO DEL EXCESO

En una colección de relatos escritos a fines de la década del sesenta, relatos de sus treinta años de edad, Mauricio Wacquez pone como epígrafe un verso célebre de William Blake: "El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría". El epígrafe también habría podido servir para la última novela de Wacquez, *Frente a un hombre armado*, que lleva el subtítulo de "Cacerías de 1848".

La idea de exceso, sin embargo, no se relaciona en absoluto con la estructura novelesca y con el lenguaje que utiliza Wacquez. Nacido en 1939 en Colchagua, hijo de un francés experto en vinos y emigrado a comienzos de siglo. Wacquez da la impresión curiosa de combinar el realismo de la tradición narrativa chilena, incluso de la novela regionalista, con la medida y el tono reflexivo de la novela francesa del siglo XVIII. Los narradores anteriores a la generación de Wacquez somos todos, en alguna medida o por lo menos hasta cierta etapa de nuestro trabajo, epígonos de la novela europea del siglo XIX, incluyendo las ramificaciones americanas representadas por un Blest Gana o un Machado de Assis.

La generación de los que ahora tienen alrededor de cuarenta años marcó una ruptura en este aspecto. En algunos casos, fue una ruptura inspirada en autores norteamericanos posteriores a Faulkner y Hemingway, tales como Jack Kerouak. En el caso de Wacquez, sospecho que se trató de una ruptura más consciente y en cierto modo más ambiciosa, que se alimenta de un espectro literario más amplio.

He hablado del siglo XVIII, del siglo de la Ilustración, y compruebo que, *Frente a un hombre armado* reúne elementos de la parábola moral o filosófica, con otros que pertenecen, y en esto no guarda medida ni recato de ninguna especie, a la novela libertina.

Este chileno radicado en Barcelona, miembro de la que podría llamarse "generación del sesenta", no sólo ha husmeado el tono elegante de Scott Fitzgerald o el vitalismo muscular de Kerouak, sino que también conoce a fondo al Marqués de Sade, y tiene, por añadi-

dura, una formación filosófica que le permite comprender los dilemas ideológicos del mundo moderno. El resultado literario es bastante desconcertante, de una audacia erótica desusada en nuestras latitudes (sin el "destape" español es difícil que el libro se hubiera podido publicar en nuestra lengua), y de una fuerza de lenguaje, un ritmo y una pasión verbal, poco frecuentes en la novela castellana.

En una entrevista hecha en Barcelona, Mauricio Wacquez sostiene que el subtítulo de su novela, "Cacerías de 1848", alude a esos subtítulos de las novelas de comienzos del XIX que eran muy del gusto de Stendhal y de Balzac. Es posible que Wacquez sea un cronista que se toma las libertades propias de un sucesor de la "nueva novela" francesa y del *boom* latinoamericano. El protagonista de su libro atraviesa épocas diferentes: vive sucesos del reinado de Luis Felipe, de los años cuarenta en Colchagua y de la ciudad de Burdeos al final de la segunda guerra mundial. En este aspecto, *Frente a un hombre armado* pretende ser un "pastiche", una crónica de Stendhal en versión de 1981. De esta manera, la novela participaría de tres géneros: la parábola moral o filosófica, la novela libertina y la crónica novelada.

Lo interesante es que Mauricio Wacquez, al apuntar en esas direcciones tan dispares, consiguió componer un texto extremadamente ceñido y coherente desde el punto de vista estético. Hizo una historia de familia que parece pasada por el tamiz de un sueño. Los antepasados de Burdeos, las fotografías familiares, las cacerías, las conmociones revolucionarias, la guerra, la orgía, el recuerdo del modo de hablar de una nodriza de Colchagua, todo se ensambla en un texto que toca situaciones extremas: el sexo como agonía y dominación, el asesinato y la muerte. La homosexualidad aparece aquí como una de las expresiones claves de la dialéctica del poder: humillación, sometimiento, destrucción y autodestrucción. En alguna medida, la pasión del autor se rebela contra la inutilidad del placer sexual puro. "Debe haber algo más —escribe el narrador—, por lo menos algo distinto, que desencadene todo un sistema de caprichos que a su vez sugieran la extravagante posibilidad de no morir."

La novela de Wacquez corresponde

a ese "sistema de caprichos", pero en lugar de sugerir, deniega aquella posibilidad extravagante. Es una obra que ya está lejos de la seguridad narrativa de generaciones anteriores, lejos del realismo mágico de un Asturias o un García Márquez, o del relato fantástico practicado por Borges o Bioy Casares. Uno desearía que el autor no se deje arrastrar por la tentación del magma verbal, en que algunos escritores de su edad, sobre todo en Francia, han naufragado. Hasta aquí incorpora el "exceso" intelectual y erótico a un mundo novelesco de un equilibrio bien logrado, que no recurre nunca, para citar un ejemplo, a los neologismos o a la incoherencia. Wacquez probablemente pensaría que introduzco aquí una reserva conservadora, y quizá tenga razón, pero en lo que pienso, al decir esto, es en su posibilidad de seguir escribiendo novelas. *Frente a un hombre armado*, es un libro "radical", en el sentido estricto de la palabra; por eso pone la posibilidad misma de la novela en tela de juicio, y por eso su resultado es extremadamente inquietante.

Jorge Edwards

UNA CONTRAESCRITURA EN BUSCA DEL CANTO

En una progresión cronológicamente regresiva, este undécimo libro de Enrique Fierro, *Las oscuras versiones*, retoma seis de sus publicaciones anteriores junto a un conjunto de poemas aún inéditos y más recientes, *Díaz con perro* (1969-1973), que encabezan el volumen. Llama la atención, como primera de las interrogantes que plantea el libro, la insistencia en la indicación de las fechas de composición de los diferentes capítulos que lo conforman, porque nada es más ajeno a estas "versiones" que la tentación confesional, la inclinación a la expresión de determinados "estados del alma" o el reflejo inmediato de una interioridad. Más bien se trata de un itinerario de la escritura, una evolución en el esfuerzo de expresión, así como la creación de un orden orgánico que funda distancias y establece jerarquías.

▲ Enrique Fierro: *Las oscuras versiones*. UNAM, México, 1980.

▲ Mauricio Wacquez: *Frente a un hombre armado*. Bruguera, Barcelona, 1980.

¿Un universo lingüístico?

Este itinerario se inicia con los poemas mejor logrados del libro como resultado de una intensa experimentación e indagación con y por el lenguaje, para internarse, luego, en las zonas de esa búsqueda donde el uso de los paréntesis, las mayúsculas, la fragmentación de las palabras, la renuncia sistemática a las convenciones y a los patrones métricos, a casi toda la retórica, a toda construcción previsible y, a veces, hasta a la sintaxis, parece cuestionar implacablemente la validez de la escritura misma. Poesía que se cierra sobre sí misma, erizada de alusiones enigmáticas o cifradas, de sutiles ironías o de referencias culturales que convierten, muchas veces, su lectura en un riguroso desciframiento.

A través de la ruptura de las expectativas generadas por los diferentes códigos que intervienen en la poesía (fundamentalmente los de la lengua y del género) se produce una desconexión entre la lengua cotidiana, la lengua que permite la comunicación, la lengua con sus reglas y sus hábitos y el ejercicio de reconocimiento de los textos presentados. Muchas veces estas "versiones" se convierten, entonces, en la preparación del texto, es decir en pretextos. Aún no verdaderos textos portadores de significación positiva sino la elaboración previa, el trabajo anterior a todo resultado, pero que es necesario presentar de todos modos porque ese trabajo no es solitario, no es el de la escritura solamente sino, sobre todo, el de la lectura. Es por esta razón, también, que el protagonista verdadero es el lenguaje, en la ausencia del yo y de un mundo de referencias tranquilizadoras, el lenguaje se desconecta del universo natural y de la historia así como de la experiencia personal. Poesía que elude entonces toda denotación directa, escritura hecha de elisión constante del referente, donde cada palabra es una variable a partir del contexto, una función, un juego de posiciones, donde lo que importa no es tal o cual significado sino los posibles sentidos. Multiplicación de la alusividad que puede desembocar, sin embargo, en un puro vacío (uno de los poemas de *Trabajo y cambio* tiene por título un paréntesis vacío) y en la angustia del vacío: la imposibilidad final del decir, la anulación de la palabra,



Enrique Fierro

el silencio; un silencio dinámico, sin embargo, hecho de tensiones, de restos de significado, de indicadores que anuncian que hubo o habrá sentido. Pero también en la creación de un espacio liberado, propicio, que posibilita una conexión con el lenguaje y con el mundo, que nos replantee el enigma allí donde la costumbre había fingido respuestas. Entonces la palabra será "oscura versión" de lo real, un intento de interpretación, una traducción, una forma provisoria del texto.

El libro como totalidad

"Work in progress", / en verdad, / la tuya" dice el yo lírico al final del primer capítulo del libro (*Díaz con perro*), refiriéndose a un tú individualizado, pero, también, como introducción autorreferida, que abre las secciones siguientes del libro, es decir la recapitulación de gran parte de la producción de los años anteriores. No se trata de una revisión, ni de un retroceso, sino de una recontextualización de aquellos poemas que ahora no sólo adquieren nuevo sentido, sino que contribuyen a situar los primeros. Así, los poemas finales (*Impedimenta*) completan este itinerario y el libro parece culminar en un retorno al origen aunque el recorrido no es vano y el reencuentro con esas composiciones nos remite después del esfuerzo de la lectura y relecturas a una poesía más reconocible, más transitable, es decir más cargada de significación. Aquí la concentración se logra por una cons-

trucción barroca de la frase, al estilo de Góngora y con la debida ironía moderna, o un humor burlón como en *Si la música fuera el alimento del amor*: "Comentaristas oficiosos... vivientes de diez mil cabos perdidos / que no podrán atar... quisiera verlos discurrir / o correr / si les llegara cerca / ... de los oídos la noticia / — ¿transferencia metafórica? — de que la música es / el alimento del amor", pero particularmente por la calidad metafórica de algunos textos: "Chorrea luz las copas de los árboles / que convierten las imágenes virtuales en reales... Van hacia la vida las cuatro escrituras sangrantes de otoño..."

Entre el mero signo y el grito, el poema

Pero es en algunos de los poemas de *Díaz con perro* (que son cronológicamente los últimos) donde encontramos mayor riqueza expresiva y aliento poético, con un tono que recuerda a Vallejo en *Qué se le va a hacer*:

Quando se demora
una larga sobremesa
después del más cordial de los almuerzos
y las palabras van y vienen
de mano en mano
hasta caer en medio de la dicha
entra por la puerta
y desde la calle — como
en una novela de Arlt —
todo lo que imaginarse pueda
y te dice que la verdad es lo contrario

cuyo título, tan opuesto a su obra anterior, se orienta hacia una poesía que busca reconectarse con un nivel de lengua más cotidiano, que no desdeña lo coloquial, con sus modismos, sus giros y su ritmo, sin perder fuerza ni riqueza. De este modo surge una sintaxis y un estilo que fluye sin dificultad aparente pero que revela su complejidad y su solidez de construcción al primer intento de análisis. Así, en el poema citado, la perfecta correspondencia entre la sintaxis, el contenido y algunos patrones métricos y rítmicos, son la clave de su eficacia poética. La ruptura del ritmo, hacia la mitad de la composición, cuando la verdad de la calle irrumpe ("entra por la puerta") en medio de la sobremesa y desmiente esa dicha aparente, es también una ruptura semántica que

marca una oposición entre ese "adentro" y el "afuera" arrollador, entre esa apacible dicha doméstica y la verdad que es "lo contrario". A su vez esta estructura se apoya en una simetría sintáctica: el poema es una sola oración compuesta que contrapone la primera parte encabezada por un modificador temporal ("cuando"), subordinada a una segunda parte que inicia el verbo "entra". Métricamente, además, ambos términos están en posición inicial de verso. En este poema, como vemos, las inversiones y postergaciones que revelan una compleja construcción no sólo no oscurecen el sentido o la eficacia expresiva sino que intervienen de manera decisiva en su elaboración y manifestación.

Más compleja aun es la composición en *Poema*.

De las palabras señaladas
para dar cuenta de la tarde
que pasará sin dejar rastro
una
que es la escandalosa
última música del día
abre la puerta de un teclado
que no conviene a la nostalgia:

todos estamos en desnuda
¿nada más
podríamos oír?
Un grito
dice verdades a los altos
escriturales maleficios
en los que el signo se disuelve

que construye su discurso sobre la palabra única que "se disuelve", "el grito" final que "dice verdades a los altos / escriturales maleficios". Una palabra "escandalosa", no sólo la del intelecto, por lo tanto, sino el grito, la exclamación, en el límite del lenguaje articulado, cuando la emoción desborda la expresión y las reglas de la expresión, "grito" ante el cual "el signo se disuelve". Esa palabra que "abre la puerta de un teclado / que no conviene a la nostalgia", surge como llave del recuerdo, de la memoria y de la "música del día" (y el "teclado", como metáfora de los virtuales recuerdos de dolorosa evocación). El poema es entonces esa palabra y esa "última música del día" que abre un espacio para la recuperación por el recuerdo o para la formulación de "verdades". Los planos metafóricos se multi-

plican sin dejar de ser convergentes, las alusiones sugieren continuos enriquecimientos y el sentido se vuelve misterioso, huido e inabarcable pero concreto, presente y ausente, ejerciendo su poder de atracción del mismo modo que la realidad, "la tarde / que pasará sin dejar rastro" salvo la palabra. Palabra que debe desaparecer como mero signo para convertirse en grito, única forma de vencer las trampas de la fría escritura, de la escritura como juego: "Un grito / dice verdades a los altos / escriturales maleficios / en los que el signo se disuelve".

Pero, justamente, la poesía de Enrique Fierro se aleja diametralmente de la poesía-grito, la poesía como expresión inmediata de emociones. En su obra las emociones sufren una compleja elaboración, una reescritura que controla toda efusión y cierra cada vez más las posibilidades interpretativas, borra sus huellas y multiplica las claves. Poesía cifrada, en el límite de lo indescifrable, obligada a ser, muchas veces, un ejercicio o un campo de experimentación con el lenguaje, sometida a una rigurosa y sistemática renuncia a todo lirismo fácil, esa escritura de Enrique Fierro encuentra de pronto la formulación de su centro y conjura el peligro palabra a palabra alcanzando por una concentrada intensidad y contenida emoción el salto hacia la verdadera, la plena poesía.

Roger Mirza

DE ACTUALIDADES

TOQUE DE QUEDA EN CARACAS

Baja el avión, entre montaña y mar, en las pistas de Maiquetía. Paisaje de alrededores de Acapulco, por la proximidad entre la sierra y el océano. Tierra roja en las laderas, como la de Cuba. Catia la Mar y La Guaira son sólo dos nombres que dejamos atrás, como el Caribe, para tomar el rumbo de Caracas: más sierra y túneles, inmensos túneles que horadan la serranía. El tránsito es flui-



Jorge Edwards

do, contra todo lo previsto. Cerca ya de Caracas, cuarenta minutos después, los cerros empiezan a llenarse de casuchas y de pobreza: un poco más allá, en el valle cercado, las grandes torres de una ciudad moderna. Entrada agobiante, lentísima, por calles populosas, entre comercios pequeños y gente que hormiguea. Gente de trópico caribeño, con una variante: el tinte de la piel sugiere mestizajes remotos, ya casi desvanecidos. Un tránsito que no transita. ¿Será toda la ciudad esta especie de Chilpancingo abigarrado, desquiciado por una invasión inesperada de vehículos y de gente? Frente al palacio blanco de Miraflores el chofer de taxi, aprovechando el bloqueo, empieza a hablar. Enfrente hay otro palacio, que hizo Pérez Jiménez, pero "ahora" ya no quieren usarlo. Yo insisto en preguntar por el entierro de Rómulo Betancourt pero las simpatías del taxista se van mostrando más obvias en la medida en que el congestionamiento del tránsito va suscitando irritación. Andamos a vuelta de rueda o nos detenemos del todo entre edificios feos y algunas casitas viejas de uno o dos pisos, con rejas, cornisas de yeso y tejas que podrían encontrarse en Villahermosa o en La Habana. Habrá que resignarse a oír la apología del "hombre fuerte", de su afán de sembrar la ciudad de autopistas y bloques multifamiliares y del dinero que entonces fluía. Subimos ya, entre jardines, hacia San Bernardino. El Hotel Avila que fue, hace veinte años, el mejor de la ciudad tiene

RESEÑAS

ahora el privilegio de evadir, al menos, el vértigo frenético de abajo.

Vértigo que empezaremos a añorar pronto, sin embargo. La información del chofer ha sido exacta: habrá *toque de queda* por veinticuatro horas. No se trata de un estado de sitio ni de suspensión de garantías constitucionales: sólo así, al parecer, los indisciplinados caraqueños permanecerán en sus casas para recibir a los empleados del Censo. Los asistentes al Segundo Congreso de Escritores de Lengua Española que se nos han anticipado no se sorprenden demasiado ante medida tan extremosa: Caracas es el desorden, dicen, que se manifestaría también en tan súbito y extravagante alarde de orden y disciplina. La ciudad vacía será un remanso. Sólo que no gozaremos de su paz sino de la obligada compañía de nuestros pares durante toda una jornada. Algunos, entre risas un tanto nerviosas, evocan ya *El ángel exterminador* y sugieren recursos para matar el tiempo en vez de liquidarnos mutuamente. Los enemigos urden toda clase de ardid para evitarse y los amigos empiezan a resignarse a la perspectiva de dejar de serlo tras una intimidad tan forzosa y prolongada. Uno que otro habla, sin demasiado entusiasmo, de encerrarse a escribir en su habitación. Mi claustrofobia se exacerbaba ante la perspectiva de semejante encierro en un hotel desconocido dentro de una ciudad desconocida y pienso en la novela que podría escribir si no hubiera escrito otra sobre la que no escribirá nunca un personaje que mira el mar desde el mirador de un hotel de Acapulco. Aquí el mar es sólo una nostalgia y nos rodea la noche con su espeso oleaje de bambúes, nísperos, tulipanes africanos, palmeras, almendros y el rumor creciente de innumerables sapos, cigarras y grillos. Guardias armados vigilan, a las puertas del hotel, el cumplimiento del toque de queda. Extraña primera noche en Caracas, la ciudad más caótica (dicen) del continente americano.

La iniciativa de mi amigo, el crítico Francisco Rivera, alivia generosamente las angustias de un estado de sitio que no lo es pero tampoco deja de serlo. Provisto de un salvoconducto que le permite circular por la ciudad fantasma llega antes del mediodía con cauda de cámaras y técnicos de TV. Grabará algunos programas para una proyectada



serie de entrevistas a escritores. En el corredor-comedor, con muebles de mimbre blanco y techo de cañas bravas, están ya Severo Sarduy, Manuel Puig, Jorge Edwards y José Agustín Goytisolo. Nadie sabe dónde está el director que, a pesar del impecable vacío de las calles, tardará dos o tres horas en asomarse al salón donde una maquillista acaba de apropiarse de mí para tratar de convertirme en Julieta Campos. Severo da vueltas, conversa, nos hace morir de risa y se acerca compasivo para asegurarme que sus poderes me protegen. Mi renuencia a convertirme en mi otro yo es tan notoria como la disposición de Sarduy a asumir todas las máscaras: mi conversación con Francisco Rivera, con un lento talante de tropicalidad lánguida, será implacablemente desplazada por el ritmo de baile febril que S.S. le imprime a sus *performances*. ¿Cómo competir con alguien que se prodiga, como espectáculo, con tan voluble y festiva efervescencia y con semejante maestría? "Yo seduzco, me dirá Severo, tú convences", procurando curarme heridas narcisistas mientras nos vamos todos a comer los restos de un buffet que el hotel, reduciendo el servicio al mínimo por las lides del censo, ha servido a mediodía. Lluve. Un turista extraviado de su contexto nada en la piscina. Empieza a instalarse el vaho bochornoso que a veces

puede seguir al aguacero mientras, en el lobby y en el bar, se tejen y destejen afinidades electivas. Ya parece antediluviano el incidente de la noche anterior: alguien habría hecho llevar a su habitación media docena de botellas de Beaujolais cargándolas a la cuenta de Lisandro Otero. Los rostros se van volviendo más y más identificables y cada cual se consuela como puede, pseudo-comprobando que, a pesar de los designios imprevisibles que todo escritor se siente tentado a atribuirle a sus editores, hay quien lo lee y hasta lo entiende más allá de tal o cual frontera. Una mujer joven pasea a un bebé rollizo que es hijo de Roa Bastos. Roa Bastos, en algún rincón, se mimetiza con el tucán que, desde la selva de seda desvaída que tapiza las paredes del bar, vigila el momento adecuado para trasladarnos a sus dominios. En otro rincón, un hombre apacible de gris oscuro se protege, con espejuelos negros, de la penumbra: es Roberto Juárez. El bar del Avila se presta a la elegancia cuidadosamente *delabrée* de Carlos Barral, a sus largos cabellos blancos, su gorra de pana negra, sus cadenas de plata, su innecesario bastón, sus ojos maliciosos y la simpatía de su mujer, risueña y rubicunda. Y deja que Jorge Edwards cultive su estilo, despreocupadamente *blasé*, de diplomático inglés aficionado a visitar, en vacaciones, las colonias. Amable

pero distraído. Savater se empeña en cargar a cuestas un dilema, entre soledad y solidaridad, que discutirá luego en alguna mesa del Congreso. Va y viene Camila O'Gorman, entre Enrique Molina y su mujer, soñando que el poeta es la sombra de su sueño. Mientras, el lobby se va volviendo impenetrable: es la fronda de ceibas, jocotes, jeniseños y jícaros, marejadas e islas que anda plantando sin cesar, en la mejor tradición nicaragüense, Pablo Antonio Cuadra. Juana Rosa Pita, cerca, insiste en recordarnos a otro Cuadra, Angel, encarcelado en Cuba mientras Cintio Vitier y Fina reclaman la custodia del recuerdo de Lezama. Fernando Ferreira de Loanda pasea un album negro donde recoge textos y firmas para su nieta Fernanda: ahí está Bella Jozef para volver inteligibles, en su excelente español, las dulces y afrutadas terminaciones del intrincado español del poeta.

En la Casa de Bello, sede del Congreso, las adhesiones o rechazos se manifiestan con la asistencia o inasistencia a tal o cual ponencia, con apretones de manos o miradas evasivas, reconocimiento de cercanías o insistencia en volver infranqueables las distancias, libros que se intercambian o se reservan, conversaciones cuajadas al vuelo y otras que se posponen al infinito. Los venezolanos, casi todos ausentes. Unos —Sucre, Liscano— porque no están en el país. Otro, Rafael Cadenas, poco pródigo de sí en el trato personal, asombroso en la dádiva del poema, se acerca cautelosamente al patio de la Casa de Bello, procurando resguardarse un espacio a salvo de la intemperie invasora, de las imposturas, de las elocuencias. Eugenio Montejo, excelente poeta de una generación que todavía no cumple los cuarenta, aparece también por ahí, dispuesto a la conversación estimulante y alérgico a las sesiones interminables. Los más jóvenes ofrecen con entusiasmo una revista, *La gaveta literaria*, y sus primeros libros. Emilio Briceño, Gustavo Guerrero se cuentan entre esos nombres que empiezan a hacerse. Lo mejor de un congreso se da, sin duda, fuera de las sesiones y depende de la disposición al descubrimiento y de no presuponer que sólo ciertos nombres importan.

A la ciudad nos escapamos casi furtivamente, para disfrutar las delicias de una tasca española, de un modesto res-

torán chino o de la cocina italiana (algo predestinaba a Venezuela, desde el nombre, a la influencia italiana). Bastan algunas horas para vencer la resistencia inicial que uno le opone a Caracas por todo lo que ha escuchado de su desorden y aun de su violencia. No cuesta demasiado trabajo empezar a llamar "libertad" a lo que al principio llamamos "caos". Irresponsable, gastándose en el dispendio un poco frenético de una modernidad que sigue pareciendo postiza y que huele a petróleo, la ciudad ha logrado salvar algo de tanta contaminación. Aparentemente olvidada de sus orígenes, se deja trabajar otra vez, dócilmente, por la naturaleza a la que pretendió desplazar. El verdor se apropia del asfalto, se trepa por los muros y se derrama de los balcones, prolifera en medio de los grandes centros comerciales y segrega cierto sopor húmedo que reclama la siesta y la molicie de antaño. Encerrada por múltiples cerros en un valle, puede ser abarcada desde cualquier altura de un solo golpe de vista: pasos a desnivel, ejes, autopistas, torres que quieren rascar el cielo, automóviles inmovilizados, jardines en unas laderas, pobreza y ranchos en las laderas de enfrente, un museo de arte moderno, legendarias colecciones privadas de pintura y jets igualmente privados que viajan a las islas los fines de semana: el rostro dorado del petróleo y su rostro sucio. Todo eso es Caracas. Y también la cordialidad de su gente nunca del todo desplazada por la franqueza un tanto áspera que tan propia es también del Caribe. Y el remanso de una que otra isla rescatada por la altura, o el verdor, de la pesadilla de los autos y de las pistas. Me he traído conmigo, de Caracas, una de esas islas que acaso empieza a llamarse Caracas en mi memoria y ya recubre con sus tejas anaranjadas y sus helechos y sus pisos de barro y su jardín envolvente cualquier otra imagen menos hospitalaria de la ciudad. Bolívar durmió en la quinta Anaúco una última noche en 1827. De seguro por allí anda todavía ciertas madrugada caracoleando en su corcel, tan Romántico en su heroísmo libertario como el jardín seductor en su fronda desmesurada y secreta. ¿Por qué no habría de llamarse todo eso, también, Caracas?

Julieta Campos

DE ARTES PLASTICAS

EL ARTE ACTUAL, ESA INCERTIDUMBRE

Cuando se pretende escribir una reseña panorámica, la elección de las muestras de las que se va a hablar, siempre conlleva un margen de arbitrariedad. Arbitrariedad implícita, desde el comienzo, en la mirada del observador.

¿Cómo completar un panorama si pensamos que, mensualmente, en nuestro medio, se inauguran una gran cantidad de exposiciones que responden a todos los niveles de calidad imaginables? ¿cómo realizar un recorrido atento por todas las galerías, oficiales y privadas, desde las más exigentes en la selección de sus pintores hasta las que aglutinan obras como si fueran un bazar y así y todo, por allí, escondidos, pueden encontrarse algunos cuadros que merecen ser señalados?. En los últimos años —al compás de una tendencia generalizada en otros países— la ciudad de México vive un crecimiento del mercado del arte y una confusión de valores estéticos, por los cuales decae la capacidad discriminatoria. Al mismo tiempo, los pintores de talento que surgen encuentran dificultades para perfilarse en el fárrago que generan los repetidores y los contestatarios inocuos. En un solo ámbito, el de la Zona Rosa por ejemplo, conviven galerías que intentan conservar ciertos criterios de calidad, junto a otras cuyo signo rector es la improvisación. El Estado apoya con notable impulso la actividad artística —sobre todo en los últimos tiempos— tratando de viabilizar una política lo más democrática posible. Dicha política, no obstante, da posibilidad, a veces, a artistas cuya obra no alcanza la solidez y el rigor necesarios para justificar su inserción en el medio.

Parece difícil, en suma, diferenciar criterios y tomar los hilos de los autores jóvenes que buscan abrir caminos. En esa maraña de exposiciones con y sin suceso que se inauguran y se clausuran en una especie de rumoreo permanente, esbozar un panorama en una tarea poco menos que imposible. Sólo cabe,

entonces, escoger unas pocas exhibiciones recientes y hacer algunas breves referencias sobre ellas.

La materia y su *habla*

Galería Ponce, por ejemplo, continuando con su estrategia de presentar a autores extranjeros, tuvo a Antoni Tapies; de él hubo obra gráfica y pinturas. Una muestra de Tapies conduce al espectador a recobrar en su memoria, visiones generales de la obra del gran maestro catalán: aparecen los tonos sepías, los café oscuros, el negro o el rojo aislados, líneas rectas que componen cuadrados o rectángulos, signos extraídos de la escritura, trazos, brochazos, apretujamientos densos y deliberadamente caóticos de pintura. Y, junto a ello, yendo más hacia atrás, la primera mirada al mundo compositivo de Joan Miró.

A propósito: en el capítulo dedicado a Miró de su libro *La práctica del arte*, Tapies recuerda que "para muchos de aquellos jóvenes de nuestro país, de la primera mitad de los años 40 (...) el impacto clandestino de la obra de Joan Miró, como también la de Picasso, fue una contribución importantísima a una toma de conciencia que no se reducía, claro está, a los problemas de estética, sino que se extendía a la vida toda, como es de esperar en los efectos que provoca todo creador". Y más adelante el pintor agrega que "los dos grandes maestros, en aquellas penumbras de nuestra post-guerra y de la guerra mundial, se convirtieron rápidamente en el eslabón que más firmemente nos redescubría y nos unía a los aires luminosos de tantas cosas de los años anteriores, que parecían querer ahogarse por toda Europa".

En un mundo fragmentado por la contienda, en efecto, donde la destrucción se convertía en el signo principal de la sociedad, volver a la representación ilusoria, a un correlato armónico de lo figurado con las situaciones del mundo real, no podía ser más que una ilusión (valga la redundancia) ingenua y ciega. A la revivencia de la pintura académica (de un academicismo anacrónico y folklórico más bien) que impulsaban las instituciones culturales de la dictadura franquista, Miró respondía con su tenaz y reclusa práctica de un arte distinto. Y Picasso, desde el exilio, desintegraba a la figura humana propo-

niendo una nueva concepción de la misma; por su parte, el "Guernica", en los azarosos años de la guerra civil, se elevó como el cenit de la protesta y de las nuevas ideas en torno a la estructuración de la obra de arte.

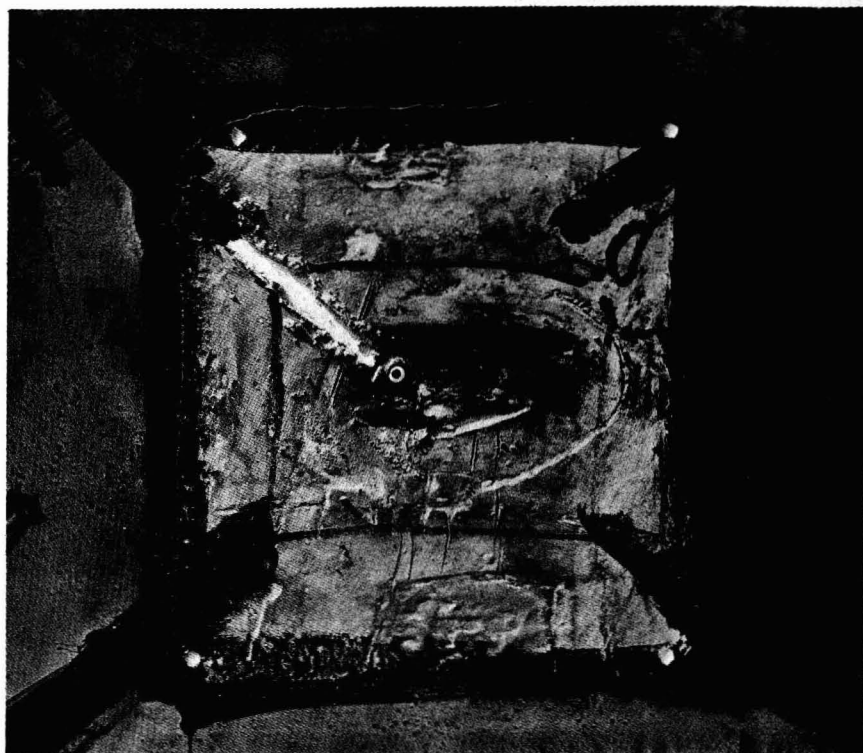
En lo que a su propio proceso se refiere, y como ya venía haciéndolo con intermitencias desde finales de los años 20, Miró anula la bidimensionalidad aún visible en trabajos como "La Masía" (1921-22), "Tierra labrada" (1923-24) e "Interior holandés" (1928). Cuando desaparece la perspectiva y con ella la fijación de ambientes, naturales o de interiores, en el espacio de la tela, la superficie plana se reduce a un vacío, a una nada en la que renacen las formas como si se tratara de un nuevo origen del universo plástico en el seno del cuadro. Miró vuelve a engendrar y a constituir las formas: entonces están sus amplias y dinámicas líneas redondas, así como sus manchas grandes perfectamente delimitadas del plano de fondo, creando personajes de una especie humana y una fauna muy especial, que al tiempo que niegan la reproducción verosímil —a imagen y semejanza del mundo exterior— resultan texturas distintas que no pueden vivir más que en los lienzos pintados por el artista. Pero éste recupera las redondeces del cuerpo humano y las líneas volátiles que pueden sugerir a un pájaro o a un pez. La forma, insistimos, aún abstractizada, así como el color, siguen estando en sus estructuras.

Algunos dibujos que hizo Tapies en los comienzos de su producción manifiestan la influencia de Miró. También hay algo de Klee en ellos. Posteriormente Tapies elabora su propio lenguaje en el que da un paso más hacia la exclusión de lo constructivo en el cuadro: de la forma marcando zonas, realizando volúmenes, distinciones del espacio de fondo, sólo queda su principio, vale decir el trazo, la línea que se corta, el gesto que preanuncia la forma pero no la concreta. Las líneas que recorren amplias zonas de la tela son rectas y muy escasas. En efecto, el pintor reduce en extremo el esquema compositivo; reduce, igualmente, la variación cromática. Cuando algún signo abstracto —una cruz, por ejemplo— se llena de un rojo intenso, actúa como un punto donde la mirada del observador se intensifica para irradiarse hacia toda la superficie de la tela. Superficie que no funciona

como apoyo de nada sino que existe, más bien, como materia que se significa a sí misma. En ella, en la materia puesta y vuelta a poner sobre la tela suceden todas sus intermitencias (las de la materia): los trazos, los sutiles matices de color, los empastes, la grafía desordenada que se detiene o alcanza movimientos nerviosos, esa huella mínima de las formas que aparece y desaparece, son los puntos de suspensión y de apertura o desplazamiento, mediante los cuales la materia *habla*. Esta última, en suma, es el sujeto único del cuadro que posee su propia tensión; y sus altibajos, su ritmo, las variaciones de su ritmo dependen de los accidentes e irregularidades que la habitan. El desafío, para los observadores de la época en que Tapies consumó estas estructuras, así como para algunos aún ahora, es ver la capacidad de autosignificación de la materia confrontándola con su personal mundo de tensiones y fantasmas.

Volviendo a "La práctica del arte", y a propósito de lo que decíamos, hay un lugar del libro en el que Tapies se rebela contra la idea un tanto clisé de ver en sus obras muros, puertas o ventanas y, sin negar la factibilidad de esa interpretación, pide que tales elementos "sean tomados fundamentalmente como una organización artística". Por otro lado, el artista catalán incorpora elementos tales como signos matemáticos o letras, que tradicionalmente no formaban parte de la organización interna del cuadro (esta práctica, ya muy usada en la actualidad era muy reciente para que se ejerciera con frecuencia durante los años 50 y 60). Vale decir, el cuadro no se elabora limitándose sólo a las líneas, colores, volúmenes y a la pintura misma. Tal utilización de rasgos ajenos a la obra de arte no era, sin embargo, nueva; como se sabe, mucho tiempo antes Picasso —y aquí aparece nuevamente la gran figura rectora del maestro español— había mezclado el collage con papel de diario en algunas de sus composiciones.

La introducción de esos componentes, su operatividad como signos intrínsecos a la obra, es una manera de des-sacralizar a esta última, de ponerla en juego no sólo como vehículo estético para la expresión del universo íntimo del autor, sino sobre todo como un objeto concreto. Objeto concreto capaz de ser confrontado e imbricado con otros



objetos y con unidades pertenecientes a otros códigos. ¿Sorprende aún que Tapies —en actitud similar a Rauschenberg y muchos otros— haya ejecutado una pintura sobre un cartón de embalaje?

Formas contemporáneas sobre anti-guos muros

Tres exposiciones individuales en la Academia de San Carlos: "Rostros" de José Castro Leñero; "Tensiones" de Alberto Castro Leñero y un conjunto de grabados que integrarán un album de Carlos García Estrada.

Alberto y José Castro, junto a sus hermanos Francisco y Miguel, pertenecen a las nuevas generaciones de pintores mexicanos. Ambos tienen a la figura humana como núcleo de sus obras. No obstante, sus puntos de partida, sus referencias artísticas y sus esquemas compositivos son diferentes.

Alberto Castro se inscribe en la amplia franja de artistas que transforman a la figura imprimiéndole un carácter corrosivo y monstruoso. ¿Qué es lo corrosivo en el tratamiento plástico del cuerpo? Es la línea que deforma los contornos del mismo, que convierte a un brazo, las piernas, la cara, en protuberancias o prolongaciones exasperadas, gracias a las cuales la anatomía adquiere

una apariencia casi animal. Y es la pincelada, los conglomerados de trazos de colores irreales (respecto del color normal de la piel) lo que da a la figura un aspecto visceral, como si se abrieran para descubrir los órganos, la crudeza interna y oculta de la carne.

En ese sentido, Castro Leñero juega con los contrastes, o sea: dibuja, muy a menudo, con absoluta verosimilitud los miembros inferiores y sumerge en una mancha caótica, hecha en base a trazos muy gestuales, al resto del cuerpo. La reiteración de las piernas como la parte más visible y central, está relacionada con la intención de someter a las figuras a un movimiento constante (que se verifica a veces en un automóvil y pautas afines); de ahí que algunas de ellas parece que caminaran y otras multiplican sus extremidades con el mismo sentido.

Movimiento e inmovilidad alternan, no obstante, en estos lienzos: un catre, por ejemplo, muestra el dibujo de un personaje masculino que impresiona como si fuera una sombra. En efecto, son sombras y manchas humanas circundadas por una tonalidad gris oscura, de bajas combinaciones tonales, que de alguna manera sugieren una atmósfera urbana.

Con observaciones atentas a la obra

de algunos autores contemporáneos —Francis Bacon, Larry Rivers, por ejemplo— Alberto Castro consigue un discurso propio en el que combina el trabajo pictórico con signos gráficos muy bien conjugados en la estructura de cada cuadro.

La base en que se apoyan los trabajos de José Castro Leñero son los medios masivos de comunicación. El autor busca sus temas en esos medios —revistas, carteles, films— y los traslada a la tela mediante imágenes que se proyectan perfilando sus contornos sobre la misma. El segundo paso es el dibujo siguiendo a la imagen y una tercera instancia en la elaboración es la lenta, laboriosa, casi artesanal tarea de llenar con pintura a las figuras u objetos antes delineados. Es en este tercer momento del proceso donde reside el tratamiento plástico, que esfuma o intensifica ciertos caracteres; y es ahí donde se canaliza la carga significativa de la obra.

Los procedimientos son variados: una cabeza, por ejemplo, puede presentar una maraña de brochazos o manchas densas de color con un resultado muy gestual; asimismo, un personaje sentado o en el interior de un automóvil es atravesado por franjas paralelas que crean cierta apariencia óptica. Hay rostros —José Castro los trabajó durante un tiempo componiendo una serie— cuya expresividad emana de violentos y complejos apretujamientos de empaste, que tienden a desintegrar la imagen. Ese proceso disolutorio conlleva la intención de poner en tela de juicio la pasiva y tranquilizadora captación de lo real que puede realizar la cámara. Significa, al mismo tiempo, mostrar lo que la realidad oculta desde el plano de la obra y —fuera de una manifestación literaria del problema— a través del tratamiento plástico.

Hay, sin embargo, una pregunta que flota en el aire: ¿de qué lado del arte mismo —tal como se le entiende tradicionalmente— se coloca José Castro y los artistas que emprenden análogas técnicas, cuando utilizan como sustentación una imagen proyectada o copiada de una fotografía? ¿de qué lado cuando antes que inventar sus íconos los recogen de prácticas que no se incluyen, o no se incluyeron hasta ahora, en el espacio de la plástica? Se trata, sin duda, de toda una corriente actual que transita una zona intermedia, que busca abrir fronteras y anular límites,

hablarle al arte y retornar a él después de haber saltado su cerco y desde un discurso que en principio está fuera del arte. Y la inclusión de pautas de la sociedad moderna como signos del lenguaje artístico conlleva el objetivo de un cuestionamiento de esas pautas.

Pretende, además, encontrar un intersticio, un punto de diálogo entre el público masivo y la actividad de los artistas.

Que se cumplan o no esos objetivos depende no sólo de un acto de voluntad o de preocupaciones honestas; depende, más bien, de una compleja práctica colectiva y de la inserción reflexiva —reflexión incluso en el plano de las formas— y profunda que los artistas puedan hacer en ella. Depende, insistimos, de su posibilidad de inserción y de diferenciación, si pensamos que el espectro del arte es relacionable y autónomo a un tiempo, respecto de los procesos sociales. De lo contrario, lejos de erigirse como cuestionamientos integrales y fuertes, las obras resultan débiles testimonios de aquello que se pretende denunciar. Y los regímenes cristalizados sólo permiten aproximaciones afectivas y superficiales a la problemática social. Eso fue lo que le sucedió al pop. Veremos qué de curso siguen estas nuevas manifestaciones.

Carlos García Estrada posee una digna trayectoria en la realización y enseñanza del grabado. Las obras que presentó en la Academia de San Carlos —en su mayoría de formato pequeño y circular— responden a una extremada síntesis. De apariencia gestual, las mínimas líneas que intentan elaborar una refinada grafía tienen algún eco de la pintura oriental y leves reminiscencias vegetales. Recuerdan, en efecto, tan tenuemente como la elegancia y abstracción de su trazo, un recorte en la rama desnuda de un árbol. Pero a pesar de estas asociaciones, los trabajos del artista forman parte de toda una corriente del arte contemporáneo que antes que construir desconstruye a la obra, le quita planos, colores, volúmenes, estructura, en suma. Dentro de esa actitud Carlos García ejecuta su trabajo. De acuerdo a ella, la línea marcadora —elemento principal del grabado— no es vehículo para la plasmación de formas sino que se muestra en sí, antes de constituir las, se muestra en su principio y su esencia.

Por otra parte, el formato redondo y

pequeño del grabado remite a las antiguas miniaturas que contenían retratos o paisajes muy detallistas. La ausencia de éstos, su reemplazo por el mero raci-mo de trazos aparece como una parodia o —como dijera Jorge Alberto Manrique en el prólogo al álbum en el que se reproducen estos trabajos— un esbozo de operación metapictórica.

Lelia Driben

DE MÚSICA

LA UPIC DE XENAKIS

Hace algunas semanas, la Compañía Musical de Repertorio Nuevo que dirige Julio Estrada realizó una breve temporada de conciertos y actividades; quizá lo más interesante de ese despliegue fue la presentación de la UPIC, realizada en forma audiovisual por el compositor Jean Claude Eloy.

Bajo un acrónimo tan aparentemente

te sencillo como UPIC se oculta un nombre tan formidable como el concepto que representa: Unidad Poliagógica e Informática del Centro de Estudios en Matemáticas y Automática Musicales. La UPIC fue creada por Iannis Xenakis, quien la ha ido perfeccionando a lo largo de los años a través de una continua experimentación, y hoy en día representa una de las opciones más interesantes y con mayores posibilidades en el campo de la música electroacústica, no sólo por lo que significa para la música en sí misma sino también por lo que puede aportar en el campo del *feedback* entre la música y otras disciplinas. Procuraré, pues, sintetizar en este corto espacio la prolífica descripción que de la UPIC hiciera Jean Claude Eloy en la Sala Covarrubias.

El funcionamiento de la UPIC está basado fundamentalmente en el hecho de que todo sonido puede ser representado espacialmente por un lugar geométrico (una curva, por ejemplo) que contiene información gráfica suficiente para definir las características de dicho sonido. A primera vista, la UPIC parece un restirador de arquitecto, y de hecho lo es: un restirador para dibujar música. Además de la superficie de dibujo, la UPIC tiene una pluma electrónica por medio de la cual se traza la curva o serie de curvas que han de ser convertidas en sonidos. Sobre la superficie del restirador, una serie de controles ayudan al compositor en turno a definir otras variables del sonido, tales como ataque y caída, duración, intensidad, etc. Una pantalla de televisión adicional sirve para reproducir gráficamente los dibujos realizados sobre la superficie de trabajo, y una computadora calcula el sonido correspondiente a cada punto del dibujo. Finalmente, un sintetizador produce el sonido correspondiente, sonido que es retransmitido al compositor por medio de un sistema de amplificación, a manera de referencia. Como elementos colaterales, la computadora archiva sonidos e instrucciones para su uso posterior. La UPIC cuenta también con un sistema de fotocopiado para preservar los dibujos trazados sobre la mesa y un sistema de grabación por medio del cual se copian en cinta magnetofónica los sonidos producidos por la computadora. Resumido de una manera muy sencilla, se trata simplemente de esto: un compositor se sienta ante la UPIC a dibujar, y en poco tiempo puede

SALUDO A VUELTA

Con su número 60, correspondiente al mes de noviembre, la revista *Vuelta* cumplió cinco años de vida que son ejemplares en más de un sentido. Primero, porque es una publicación independiente que ha encontrado el apoyo de un público independiente, lo que entre nosotros es mucho decir. Después, porque a lo largo de esa trayectoria la revista ha sabido mantener una posición crítica frente a los problemas nacionales e internacionales. Y, por fin, porque en sus páginas se ha reunido lo mejor, y también lo más representativo, del pensamiento y la literatura en lengua española —y de otras lenguas. Desde aquí agradecemos a *Vuelta* su tarea y le deseamos una larga permanencia.



Iannis Xenakis

oír su dibujo vía el sistema de amplificación.

Es claro, aún a partir de una descripción tan condensada del funcionamiento de la UPIC, que este nuevo instrumento musical (si se me permite llamarle así) abre enormes posibilidades en el campo de la creación musical. Por ejemplo, existe la interesante cuestión de que, si cualquier sonido puede ser representado gráficamente, luego cualquier representación gráfica puede ser convertida en sonido. Si tal fuera el caso, quizá no esté lejos el día en que existan versiones sonoras de obras gráficas y pictóricas. Por otra parte, quizá podría utilizarse la UPIC (o un instrumento análogo) en labores de investigación musicológica; por ejemplo, transcribir a su forma gráfica una obra o un grupo de obras de compositores que sean objeto de algún estudio particular, para tratar de hallar elementos recurrentes, o congruentes, o paralelos en la música a partir de la representación gráfica. Quizá con el tiempo, y a partir del trabajo interdisciplinario entre música, geometría, matemática, electrónica y arte gráfico, la UPIC llegue a ser un instrumento capital en el quehacer musical contemporáneo.

Por lo pronto, uno de los aspectos más interesantes de la UPIC es el sentido de participación social que Iannis Xenakis ha querido darle. Se trata, dicho de una manera muy simple, de la

teoría de Xenakis en el sentido de que cualquier individuo tiene la posibilidad de crear música, al margen del entrenamiento académico y de la experiencia profesional. Es decir que a través de la UPIC pueden componer música niños, adultos, técnicos, actores, bailarines, y de hecho todo aquel que tenga la posibilidad de tomar la pluma electrónica en sus manos y trazar líneas sobre la UPIC. A este respecto, después de su exposición teórica sobre la UPIC, Jean Claude Eloy ofreció una interesantísima serie de ejemplos musicales producidos a través de la UPIC que, además de confirmar las teorías de Xenakis sobre la posibilidad universal de la composición, permitieron hacer algunas observaciones sobre las diversas aproximaciones posibles al trabajo con la UPIC. De las ocho obras cuyas grabaciones presentó Eloy, cinco fueron hechas por compositores profesionales, y en ellas destaca principalmente (sobre todo en las obras del propio Eloy, de Xenakis y de Francois Bernard Mache) la búsqueda de formas congruentes dentro de un ámbito sonoro muy complejo. Por otra parte, en su obra *Eua-On*, Julio Estrada aparece más preocupado por la acumulación de elementos sonoros y por la densidad acústica del todo. Desde el punto de vista de la materia sonora, lo más interesante de este grupo de obras fue *Solar*, de Pierre Bernard, que, a pesar de su nombre, nada tiene que ver

con sonoridades del tipo de efectos baratos de films de ciencia ficción. De hecho, Bernard ha capturado en esta obra un sentido de amplitud y espacio que suelen eludir muchos compositores del medio electrónico.

El segundo grupo de obras hechas a través de la UPIC, y presentadas por Jean Claude Eloy, sirvió para hacer una primera aproximación a las teorías músico-sociales de Iannis Xenakis. En primer lugar, se escuchó un montaje de trabajos realizados en la UPIC por un grupo de alumnos de una escuela primaria en París. El resultado, escuchado y evaluado a posteriori, no es para extrañar a nadie; pero no deja de ser curioso confirmar que esta obra hecha por los niños es la más desinhibida, la más fresca de todo el programa, y es también aquella en la que se siente el trabajo con el sonido por el placer del sonido mismo.

La segunda obra hecha por no profesionales fue una serie de dibujos realizados por un grupo de ciegos de una escuela de Burdeos. Para permitirles el acceso a la UPIC, Xenakis y sus colaboradores idearon una transposición al sistema Braille de los elementos básicos de trabajo del sistema. El resultado es un universo sonoro sobrecogedor, cargado y denso, lleno de choques y contrastes enormes y que, finalmente, conjura imágenes de ira, de desolación y de lucha. La tercera obra presentada en esta categoría perteneció a los trabajos hechos por un grupo de bailarines de la Opera del Norte de Lille. Tampoco resultó sorprendente, aunque sí muy interesante, el hecho de que esta música fue la única de todo el programa en la que fue posible detectar patrones rítmicos recurrentes y, más importante aún, el único trabajo en el que estuvo presente la preocupación por la memoria en la música.

Ante todo esto, lo que queda finalmente es una enorme curiosidad por la UPIC, y la convicción (ojalá que acertada) de que en un futuro cercano este instrumento que nació originalmente en el seno de la música será empleado en otras áreas de la actividad creadora, e incluso será un elemento fundamental en el campo de la investigación científica, en las regiones de la fisiología, la psicología, y algunas otras por ahora impredecibles.

Juan Arturo Brennan



DISTRIBUIDORA DE LIBROS DE LA UNAM



MEXICO FRENTE AL MAR. Carlos Bosch-Gimpera	500.00
LA INVESTIGACION LINGUISTICA EN MEXICO (1970-1980) Claudia Parodi	150.00
EL RITO COTIDIANO. Margarita Villaseñor	40.00
LA HORA Y EL RESTO. Herman Bellinghausen	60.00
LA ESCRITURA BLANCA. Antonio Marimón	60.00
BREVISIMA ANTOLOGIA. Eugenio de Andrade	50.00
FRAGMENTOS DEL UNIVERSO. (1975-1977) Miguel Espejo	45.00
APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ. Ruben Salazar Mallén	120.00
OBRAS III. APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA NUEVA VIZCAYA. Atanasio G. Saravia	275.00
TEORIAS SOBRE LA JUSTICIA EN LOS DIALOGOS DE PLATON. Eduardo García Máynez	120.00
ANTOLOGIA DE BENITO JUAREZ. Jorge L. Tamayo B.E.U. # 99	70.00

LIBRERIAS UNAM:
INSURGENTES SUR 299. PALACIO DE MINERIA.
ZONA COMERCIAL C.U.

RADIO CANCUN 1060 KHZ

530 600 700 800 900 1000 1100 1200 1400 1600



24 horas diarias de radiodifusión diferente

naturaleza

publica en su último número:

albert v. baez

ciencia para la educación del futuro

ricardo lópez wilchis

los reptiles y el agua

manuel i. guerrero

la esperanza en el mar

de venta en algunas librerías.

ejemplar: \$ 45.00

suscripción anual: \$ 230.00

mayor información en comercio y administración 26,
apartado postal 69-607 méxico 21, d. f.

copilco-universidad, d. f.
tels 548 84 35 y 548 84 75



Imprenta Moderno, S. A.



REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO